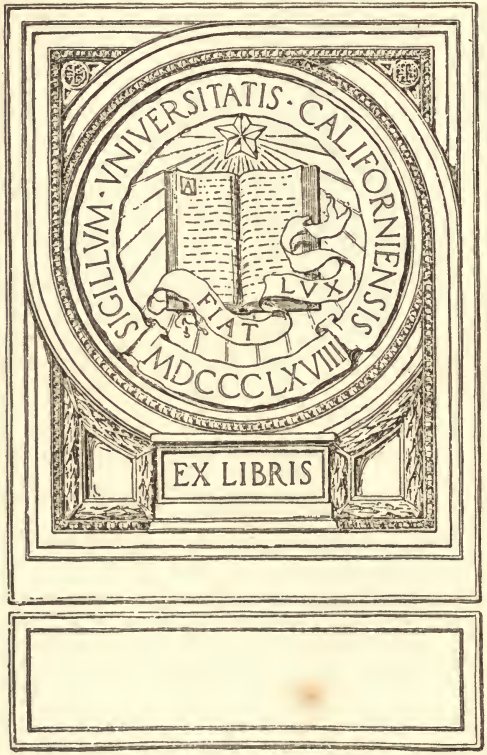
UC-NRLF
$B 307 714


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

NOTAS AMERICANAS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Teorías acerca del origen de la sociedad. (Folleto.) Valencia, 1902.

El socialismo católico. (Folleto.) Valencia, 1902.

Agustín Sales: Apuntes bio-bibliográficos. Madrid, Imp. de Fortanet, 1908.

La guerra de la Independencia y el guerrillero Romeu. Madrid, 1908.

Bases del Derecho inmobiliario en la legislación comparada. Madrid, 1911. Librería de Victoriano Suárez.

EN PRENSA

Las fuerzas sociales de América. (Observaciones sociológicas de América del Norte.)

L. García Guijarro

LIBRARY OF CALIFORNIA

Notas americanas

Madrid, 1913

UNIV. OF CALIFORNIA

E168
G33

ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito
::: que marca la ley :::

IMPRENTA DE FORTANET

DEDICATORIA

Á los buenos amigos del GRADUATE'S CLUB DE NEW HAVEN, CONNECTICUT (Estados Unidos), que tan provechosa y agradable compañía me proporcionaron durante mi estancia en tierras americanas.

447700

He aquí, amable lector, unos rasgos ó pinceladas de la vida americana, trazados en un viaje por las inmensas tierras de la Unión, que retratan algunos de los gestos morales de ese pueblo que tan portentosa preponderancia tiene en el concierto mundial. En el balance de buenas y malas cualidades son aquéllas las que salen vencedoras; merced á las mismas, la República se ha consolidado y se ha hecho grande, dominando en todos los actos, desde la educación del niño, la iniciación del comerciante ó la gestión política, un esfuerzo supremo de voluntad, una decidida fe en los destinos de su pueblo, que les hace salvar y vencer los obstáculos y contrariedades que se oponen en su camino.

Desperdigados por revistas y periódicos, estos artículos vienen hoy á formar, reunidos, un solo volumen. La trabazón material responde á la cohesión espiritual. Infinitos más pudieran trazarse sobre las condiciones y aspectos de ese pueblo, tanto más sorprendente cuanto más se trata y conoce. Es preciso llegar á percatarnos de la gran fuerza moral y social de esa colectividad; que nos demos cuenta de que en los Estados Unidos no sólo hay agiotistas y jingoes, *sino también grandes pensadores y moralistas; y que, ante todo y sobre todo, mirando siempre al porvenir de la patria, han consagrado*

todos sus esfuerzos al engrandecimiento del factor más importante de formación de almas: á la escuela.

No quise en estas páginas hacer un estudio razonado de instituciones y estados sociales. Son hojas de ruta, tomadas á vuelapluma á medida que esos aspectos de la vida yanqui se me ofrecían con más intensidad. Mis observaciones van desprovistas del fárrago indigesto de opiniones, notas y estadísticas que desentonarían, dada la índole de este cuadro. En obra más seria que preparo, en Las fuerzas sociales de América del Norte, *todo fenómeno social habrá de ir depurado por la más fina crítica. Además, en* NOTAS AMERICANAS *sólo me circunscribo á los Estados del Este, y si alguna vez generalizo y de esas mis observaciones saco una conclusión general, es por la gran fuerza representativa que la Nueva Inglaterra tiene para todos los otros Estados de la Unión americana.*

Tres propósitos presidieron mi voluntad al dar á la estampa estas páginas: rendir un tributo de agradecimiento hacia aquel país tan hospitalario; dedicarle mis impresiones para que vayan á agregarse á la escasa literatura castellana sobre los Estados Unidos, que contrasta con la profusión de estudios que franceses y alemanes han hecho; ofrecer á los españoles los rasgos principales de aquel pueblo, hace poco desconocido y hasta algunas veces odiado, siguiendo prejuicios que circunstancialmente tendrían una disculpa, pero que deben desecharse por falta de fundamento. Estos fueron los móviles principales de

El Autor.

COSMÓPOLIS

. . . . . .

... El expreso que poco ha avanzaba velozmente y dando rugidos de fiera se lanzaba hacia el Havre, camina ahora á lo largo del muelle con lenta marcha, envidioso del Titán de los mares que fuertemente amarrado aguarda su llegada. Detiénese junto á la borda del buque; los viajeros pasan á la inmensa colmena llenando sus celdillas, y todos instalados, el barco sale majestuoso y tranquilo, creyéndose dueño del mar, que quizás, pocas horas después, lo convertirá en su juguete.

¿Habéis reparado alguna vez en la diferencia que ofrece el viajero de un gran convoy y el de un trasatlántico?

Los mismos pasajeros del uno trasbordan al otro; sin embargo, en el tren apenas se conocieron unos á otros. A lo sumo cambiaron algunas frases los que ocupaban el mismo departamento, y al poco tiempo del viaje, unos dormitan, otros matan las horas leyendo, quién pegado al cristal de la ventanilla parece contemplar el paisa-

je. Pero esos mismos individuos se convierten en comunicativos y decidores cuando se ven reunidos en uno de esos colosos de los mares que constantemente cruzan el Atlántico. Allí tienen sus tertulias buscando el modo de hacer menos pesados los seis ú ocho días de travesía.

Sin embargo, ¡cuán extraña se hace la vida de á bordo cuando se intenta reflexionar sobre ella! Los caracteres más opuestos y tendencias más diversas allí se juntan, y por esa especie de solidaridad que da la convivencia se avienen y respetan. Un principio absoluto se practica: no indagar quién es, ni á qué va á los Estados Unidos el individuo con quien se habla.

Después de todo, ¿acaso habíamos de saber la verdad de sus labios? Sólo hay un medio de selección: la identidad de idioma.

Él forma los grupos, atrae los individuos de la misma nacionalidad y oficia de presentante al ser oído por quien le conoce. Él hace que en esas cosmópolis flotantes que la civilización del siglo xx nos presenta, la selección se realice, y que á la confusión y el recelo de las primeras horas de travesía suceda la confianza y el buen humor.

Paseábame yo sobre cubierta por entre los diversos grupos de italianos, franceses, alemanes y rusos, cuando leyendo la lista de los pasajeros vi algunos apellidos españoles de descendencia vasca. No me costó mucho trabajo reconocerlos; los tipos sanos y robustos de la gente de Vizcaya y las características boinas los delataron en seguida. Allá me fuí á interrogarles, pero...

todo fué inútil. A mis preguntas contestaban con caras asustadizas y estólida sonrisa, diciendo sólo *euscalduna, euscalduna;* y como yo de vasco no sé más que el *aurrera* y el *nescacha polita*, vocabulario obligado de todos los que han recorrido la tierra vasca, no pude entenderme con ellos. Al fin, llegó el que capitaneaba el grupo, y con él pude hablar. Conocía el castellano porque había *servido al rey* en Zaragoza. Él fué quien me dijo que iban á Nevada y California, donde se colocarían como mayordomos y pastores en los ranchos.

En esa especie de Babel he vivido nueve días de tormenta que un fuerte viento del NO. nos traía. Luego la barrera del Long Island puso el barco á cubierto, y á poco llegábamos á Nueva York, anclando frente á la estatua de la Libertad, en espera de la visita sanitaria y de emigración. Pero esto bien merece capítulo aparte...

Nueva York, 1909.

LA EMIGRACIÓN EN LOS ESTADOS UNIDOS

I

EL EMIGRANTE

... Después de visitar el trasatlántico y recorrer todos los departamentos de primera y segunda clase, quejábame al segundo comisario de la diferencia de comodidades entre una y otra. Eso no es nada, me decía; ya daremos una vuelta por la tercera, y entonces sí que se creerá usted con derecho á protestar. No bien hubo dicho eso, cuando oímos á un marinero que iba persiguiendo á dos ó tres pasajeros, y con gritos y ademanes descompuestos los amedrentaba y reducía á bajar por una escalera. He ahí nuestros hombres, díjome el segundo: esos son *terceras* que quisieron salir sobre cubierta á respirar la brisa, y que los marineros se entretienen en cazar y obligan á ir á su sitio... Bajando una empinada escalera, nos encontramos en el departamento dedicado á esa clase de pasajeros.

Un acre é inmundo olor hace insoportable la atmós-

fera de aquellos ergástulos, donde se hacinan seres humanos como si fueran borregos en vagón; los miserables, adosados á la borda, se agolpan y se esfuerzan por sacar la cabeza para respirar el aire puro, y en los rincones vense, en verdadera promiscuidad, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, medio desnudos y llenos de harapos que buscan en el sueño el olvido de aquellas inclemencias. ¿Dónde está la humanidad, la caridad, dónde? pregunté á mi *cicerone*, y encogiéndose de hombros: ¿qué quiere usted?, me dijo, por cincuenta pesetas no se pueden exigir muchas comodidades; además, ellos están acostumbrados á todo y es de presumir que peor estarían en sus casas. Salí de aquella zahurda clamando contra la humana justicia que tan desigualmente trata á los hombres, y haciendo comentarios con mi interlocutor, me invitó á pasar al *fumoir*, donde continuamos haciendo tiempo hasta la hora de la comida . . . . . .

. . . . . .

Nosotros sí que podíamos hacer la sociología, retratando el alma humana, porque ahí, y sólo ahí, se ve libre de las mixturas que la opulencia da. Casi todos los que hemos visto son italianos, rusos y judíos, es decir, lo peor de la clase. No sabe usted la diferencia que hay entre los emigrantes de ahora y los de hace diez años. Aquellos eran gente trabajadora, fácil de dirigir y que con seguridad constituía en los Estados Unidos un elemento de ciudadanía. Irlanda, Inglaterra, Alemania, Finlandia, Suiza y el Norte de Italia daba todo el contingente. El emigrante sabía leer y escribir,

conocía un oficio é iba allende el Atlántico con una colocación segura que le reportaba tres ó cuatro veces el jornal que en su patria ganaba. Al cabo de algunos años tenía ahorrado un capitalito que le servía para sufragar el pasaje á su familia y establecerse así definitivamente en la tierra que con tanta gratitud pagaba sus sudores. Para ellos *América* era una palabra sagrada, sinónima de *dinero* y *libertad,* y los salarios, «el plato de miel que atrae á las moscas extranjeras» (1).

Pero ahora, la desastrosa situación económica de la mayor parte de los Estados del Sudeste de Europa, hace que los naturales de esos países busquen en América el pan necesario para la vida. La ingrata Calabria, con sus terrenos volcánicos y estériles, y Sicilia, de ardoroso clima, proporcionan un contingente enorme de emigrantes. Muchos vienen con impulsos de trabajo y economía; pero cuántos y cuántos tomaron el lema de *libertad* como *asilo* ó *refugio* donde ocultarse á las persecuciones de la justicia. La Maffia, la Mano Negra, la Camorra, todas esas asociaciones secretas del Sur de Italia, llevaron sus afiliados á América, contaminando de esa gangrena las ciudades más importantes. En éstas se tramaban crímenes y venganzas, y á tal punto llegó su osadía, que el gobierno americano montó un servicio especial de Policía para esa gente, que de vez en cuando paga con su tributo de sangre—recientemente el asesinato de Petrosino—su loable celo.

---

(1) Roberto Watchorn, comisario de inmigración del puerto de Nueva York.

Los otros son judíos de Rusia. Esos miserables parias, siempre vejados y perseguidos, no hallaban tranquilidad y reposo en su país. Por algún tiempo pareció mejorar su condición; pero el atentado de 1881 que costó la vida al czar, levantó la indignación popular contra esa raza maldita, y el pueblo ruso emprendió una persecución sin cuartel contra los que su imaginación y muchas leyendas hacían responsables de sus desdichas. Se les obligó á habitar ciertas provincias; aún más, se les relegó á ciertos barrios en las poblaciones, y esos *ghettos*, viveros de odios inextinguibles, constituyeron la guarida de nihilistas y criminales. ¿Y cómo no había de acontecer eso si se les trataba sin consideración humana? La población judía de Tschernigor creció en diez y ocho meses de cinco á veinte mil habitantes. Ese hacinamiento era insoportable; las frecuentes persecuciones y la resistencia á comerciar con ellos, les hizo ver en América el único refugio donde poder desenvolver su espíritu mercantil, y allá fueron formando verdaderas legiones y constituyéndose en barrios tan homogéneos, que se puede decir que su única ley es el Talmud. Pero con ellos fueron muchos portadores de la levadura anarquista, que tan gran incremento había de tomar hasta obligar al enérgico Roosevelt á tomar medidas rigurosas contra «los enemigos de la Humanidad, cuyas doctrinas pueden reputarse más nocivas que la literatura inmoral...» y á privarles, por ley de 9 de Abril de 1908, la entrada y el secuestro de sus escritos en los Estados de la Unión.

Los Estados europeos favorecieron en otro tiempo la

emigración como único medio de echarse de encima la escoria social, y á Estados Unidos iban los reincidentes, enfermos y pordioseros. América era «el colector de todas las desdichas de los otros países». A eso ha puesto coto el gobierno americano con leyes reguladoras como la última de 1907, que impone ciertas trabas á la emigración, y á pesar de ello son muchos los *undesirables* ó no deseados, que burlando la ley se establecen en los Estados Unidos.

Por miles llegan diariamente á Nueva York, y el gobierno, para hacer la selección, no ha tenido más remedio que poner una barrera en Ellis-Island, donde el emigrante es examinado por funcionarios especiales.

El grumete aparece blandiendo una descomunal campana, y mi interlocutor interrumpe la interesante conversación.

II

ELLIS-ISLAND

... El hermoso puerto de Nueva York se presenta á la vista. En el fondo, como vagas sombras, se destacan las siluetas de las *sky-scrapers* ó «escaladoras de nubes», casas con atrevidas torres que llegan al cielo, y á un lado y otro, la industrial Brooklyn, y las verdes riberas de Staten Island y Nueva Jersey, forman la decoración llena de luz y de vida que sirve de marco á la estatua de la Libertad. El trasatlántico entra pausada-

mente en esa especie de rada, y si el pasajero tiene la suerte de llegar al alba, el anterior panorama adquiere una idealidad encantadora. El día avanza, y con él, parece que la población se despierta desperezándose y exhalando un vaho suave, comienzo de vida. Por fin, el vapor se detiene y echa las anclas como para permitir á los viajeros el deleite del panorama.

La cubierta está animadísima; hasta los viajeros á quienes no se vió durante la travesía están allí, curados por encanto, y todos ansiando llegar á aquella tierra de promisión, mucho más deseada, después de ocho ó nueve días de mar. Un vaporcillo blanco aparece en el fondo, y con gran rapidez nos alcanza y aborda. Como mascarón de proa lleva el águila dorada y el estandarte estrellado que arbola en alto mástil, indica que las autoridades americanas van en él. Es la estación sanitaria «La Cuarentena», que debe cerciorarse de si algún enfermo infeccioso va á bordo. Dada la libre entrada, el trasatlántico avanza de nuevo hasta el dique de desembarque, en donde los oficiales del servicio de inmigración, proceden al examen de los pasajeros de todas las clases.

Pero hasta en este país tan democrático hay diferencias, y mientras los pasajeros de primera desembarcan con sólo prestar palabra de honor de reunir todos los requisitos exigidos por las leyes, los de segunda desfilan, uno á uno, ante el médico, que certifica su salud, y el oficial, que les interroga sobre el punto de destino, dinero que poseen, nacionalidad, residencia y propósitos del emigrante. Sólo quedan en el buque los pasaje-

ros de tercera. A éstos se les hace trasbordar á unos pontones que los llevan á Ellis-Island. Esta es la estación de inmigración, el *tamiz* donde las autoridades americanas separan al bueno del mal ciudadano, al que consideran apto para llegar á súbdito de la república, del que ellas juzgan como una plaga. La de Nueva York es la más importante, por ser el puerto que recibe el mayor contingente de emigrantes. Sólo el año pasado admitió más de setecientos mil. Ellis-Island está formado por grandes pabellones, con todos los adelantos de la higiene, y allí el emigrante espera el permiso de entrada. Un oficial, en lo alto de una escalera, grita en cuatro ó cinco idiomas la orden de llevar en la mano la papeleta de sanidad. Por tandas van pasando ante los médicos, que fijan especial atención en las enfermedades de la piel y de la vista, y luego comparecen ante los inspectores de la inmigración, que obligan á enseñar los veinticinco dollares, cantidad imprescindible para que el pasajero pueda ir á tierra. Si no los tiene y puede garantizarlos por telégrafo, se piden en el acto, y si de ninguna manera puede procurárselos, pasa á una sala á engrosar el número de los expulsados. Si el interrogatorio á que luego se les somete da condiciones de admisibilidad al emigrante se les marca con tiza las iniciales O. K., y una R. si han de tomar el tren. Pero si no reunen las garantías suficientes, se les marca con las letras L. P. C. (liable to become a public charge), susceptible de convertirse en carga pública, y pasan con todos los rechazados á habitar los pabellones hasta su reembarque para Europa. Todos los gastos que su ma-

nutención ocasiona son de cuenta de las Compañías de navegación que los trajo, así como están obligadas á transportarlos gratuitamente hasta el puerto donde embarcaron.

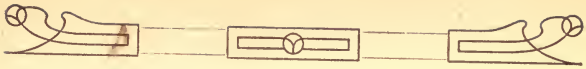
Algunos sociólogos que se ocupan en estas cuestiones, han tratado de suprimir lo que ellos llaman *tragedia de los excluídos* (Tragedy of the excluded) proponiendo el traslado de esas comisiones investigadoras á los principales puertos de Europa. De ese modo el individuo no sufriría la pena moral de verse excluído. Aunque puede juzgarse que no será mucha la delicadeza de sensibilidad de la mayor parte de los expulsados. Hace poco tiempo, cuentan los anales de inmigración, se presentó ante el Consejo de inspección un individuo que por su cara de degenerado había infundido sospechas á los inspectores. Ante las preguntas que se le hicieron acabó por confesar que en su país había sufrido varias condenas, y que el gobierno le había pagado el pasaje. La Compañía que lo había traído debía transportarlo gratis, y cuando el inspector le preguntó si sentía ser excluído: *de ningún modo*—contestó,—*¿no ve usted que me dejé todos mis negocios en Alemania?* Por ese modelo puede juzgarse hasta donde la exclusión es un mal para ciertos individuos.

Los emigrantes aptos para entrar en los Estados Unidos pasan á un gran vestíbulo, en el que hay tres escaleras de separación: una, destinada á los que van á Nueva York; otra, para aquellos emigrantes á quienes esperan parientes ó amigos, y la tercera, para los que marchan á otro punto que no sea Nueva York. A éstos

se les conduce á la estación, donde se les da billete y un cestillo de provisiones.

Esas son las solas restricciones que el gobierno americano impone á los emigrantes. Lo que al principio fué una necesidad, dada la exigua población de la República, luego fué un mal por la índole de ciertos individuos, y de ahí las trabas que el gobierno cada vez ha ido aumentando para los emigrantes desde la ley de 1881 hasta la más reciente de 1907.

New-Haven, Abril 1909.



NUEVA YORK

I

Nueva York... ¿Habéis tratado alguna vez de pensar en lo que esta palabra evoca? Si toda capital es como un pequeño muestrario de las peculiaridades de los pueblos que representa, Nueva York debiera ser un calidoscopio policromado con las tintas que le dieran el puritanismo de la Nueva Inglaterra; el genio mercantil y truhanesco del *business man;* la negligente gracia del perezoso criollo de la Luisiana, y la imaginación ardiente y soñadora de los pueblos del lejano Oeste. Pero Nueva York, más que americana es europea; es la antesala de ese «plato de miel» que alboroza y cosquillea á los espíritus aventureros; el *clown* con la cara tatuada y la bocina en los labios, gritando á pulmón abierto: venid, venid á mí, desdichados del viejo mundo; yo os recojo, os amparo, os transformo y hago justicia á vuestros derechos. ¿No veis esa figurilla que un día nos hizo Bartholdi como ofrenda de Francia, y que es el anuncio

perpetuo de nuestra mercancía? Es la luz que no consiguen apagar las capuchinas de los oligarcas. Y un tropel de gentes acudió prestamente; incautas unas y con ánimos de trabajo; tratando de pasar subrepticiamente otras, puesto que en su conciencia escarabajeaba un pasado no muy limpio. Al entrar en este gran Guignol, fascinador y sugestivo como las rutilantes fachadas de los teatros de feria, con sus aflautados órganos y monigotes mecánicos, sufrieron una primera decepción; las pepitas de oro, las concesiones de terrenos ó los fabulosos jornales no se ganaban aquí; había que andar más allá, casi otro tanto como se había recorrido, y desalentados, preferían permanecer en la ciudad sumándose á sus compatriotas ya avecindados.

Esta miscelánea de razas y fortunas era el mejor campo de explotación rufianesca; el atildado *caballero de industria*, políglota y malabarista, que no gusta de escenas sangrientas y que cultiva la *high life;* el camorrista que, por el sanguinario placer de la refriega, en un quítame allá esas pajas, halla motivo de muerte; el inveterado emprendedor de imaginarios negocios; el astuto raterillo, que con el paquete de periódicos bajo el brazo, no desperdicia ocasión para ejercitar su tendencia cleptómana, sentaron sus reales en esta gran urbe. Nada ha podido que unos cuantos señores de cara oronda y rasurada y cierto aire conventual se empeñen en hacer la selección; generalmente el que viene espoleado por su pasado es *doctor* en el arte de burlar reglamentos y difícilmente se deja coger los dedos en la puerta del Board of Immigration. A esto se debe el que Nueva

York tenga lo mejor y lo peor de la escala social, y no á otras razones, sino á la retención de los emigrantes, es deudora del increíble desarrollo de su población, que ha centuplicado los cálculos de la más progresiva proporción genésica. A pesar de constituir como un islote aparte del vasto triángulo formado por el Estado de Nueva York y que completa sus puntos angulares con Búfalo, al Oeste, y las montañas Adirondack y el lago Champlain, al Nordeste y Este, la ciudad de Nueva York, campeando entre tanto arrecife como la bahía del Hudson ofrece, tendiendo al mar como largo tentáculo dominador la larga escollera del Long Island, acapara por sí sola más de la mitad de la población de todo un Estado que aventaja en superficie á cuatro de nuestras más grandes provincias reunidas. Albania, la capital de derecho, quedó relegada al papel de escenario político donde el gobernador y demás agentes de la Administración accionan según los resortes que ponen en juego en la gran ciudad los modernos «boss» Fúcares ó Samueles de la banca ó el comercio.

Apoyándonos en las estadísticas, puesto que los guarismos tienen la propiedad especial de expresar en poco espacio lo que con palabras es muy difícil dar á entender, se observa cómo el aumento de la población del Estado de Nueva York se debe casi exclusivamente al incremento de la ciudad del mismo nombre. En una centuria creció en habitantes con la siguiente rápida proporción:

AÑOS	Población del Estado de Nueva York.
1810	959.049
1820	1.372.111
1830	1.918.608
1840	2.428.921
1850	3.097.394
1860	3.880.735
1870	4.382.759
1880	5.082.871
1890	5.997.853
1900	7.208.894
1906	8.066.672

De estos ocho millones corresponden á la ciudad de Nueva York 4.422.685, que ocupan un área de 326 3/4 millas en los cinco distritos de Manhattan, Bronx, Brookliyn, Queens y Richmond, prorrateados en la forma que indica el siguiente cuadro:

DISTRITOS	Área.	Habitantes.
Manhattan	21,93	2.292.893
Bronx	40,65	327.553
Brooklyn	77,62	1.492.970
Queens	129,50	232.580
Richmond	57,19	76.688

Sin contar el grán número de habitantes hijos de padres extranjeros, que pueden calcularse en más de dos millones y medio, Nueva York tiene 1.270.080 habitantantes nacidos en el extranjero, que pueden distribuirse en las siguientes nacionalidades:

PAÍS DE ORIGEN	Habitantes.	Por 100 de la población total.
Alemania	322.343	25,4
Austria	71.427	5,6
Bohemia	15.055	1,2
Canadá (inglés)	19.399	1,5
Canadá (francés)	2.527	0,2
Dinamarca	5.621	0,4
Escocia	19.836	1,6
Francia	14.755	1,2
Gales	1.686	0,1
Holanda	2.608	0,2
Hungría	31.516	2,5
Inglaterra	68.836	5,4
Italia	145.433	11,5
Noruega	11.389	0,9
Polonia	31.873	3,0
Rusia	155.201	12,2
Suecia	28.320	2,2
Suiza	8.371	0,7
Otros países	37.784	3,0

Estos datos muestran elocuentemente cómo de esa anodina mezcla de nacionalidades podrían sacarse elementos bastantes para formar populosas ciudades alemanas, italianas, tchecas, magyares, rusas, etc., y dan una idea de la falta de cohesión que existe en ese grupo de población, el más cosmopolita de la tierrra, cuya única divisa es el egotista *chacun pour soi et Dieu pour tout le monde.*

En ese arlequín de patrias sobresale un pedazo por su especial colorido: *Chinatown*—la ciudad china—que los neoyorquinos llaman *el Bowery*, donde en una camada se reunen más de doce mil chinos, la ralea del Ce-

leste Imperio, asesinos de profesión y trantantes en carne blanca—en cuyo desgraciado negocio Nueva York es la primera capital del mundo—y cuya visita ofrece al curioso extranjero el mismo interés que *les tournées des grands ducs* en la capital del Sena.

II

LOS ESCALA-CIELOS

Roma sin su plaza de España y la continua batahola de turistas, Baedeker en ristre, y con el *¡oooh!* de estupefacción siempre en los labios; París sin su *Quartier Latin* y su *Place Clichy,* amalgama abirragada de *midinettes* ó *coussettes* y artistas con corbata á *lavalliére* y pantalones abotinados; estudiantes rebosando y derrochando humor y dinero, y pobres peones literarios, verdaderos *Búcherons* de bibliotecas y lecturas, soñando siempre en la colocación de un nuevo artículo. Londres sin su Charing Cross ó su Trafalgar Square, en donde los hombres como autómatas mecánicos pasan y pasan, una y mil veces, cual si obedecieran á complicado resorte; las deslumbrantes presentaciones de Covent Garden ó Alhambra con la *high life* de ambos sexos; ellos, impecables en elegancia y corrección, revestidos de esa seriedad antonomásticamente sajona; ellas, cubriendo las mórbidas redondeces del descote con su-

tiles cendales *pailletes d'or*, que dan á sus carnes cierta transparencia ambarina; todas esas poblaciones, en fin, sin esos tópicos esquemáticos que las estereotipizan, perderían su carácter distintivo. De la misma manera, un Nueva York sin los *sky-scrapers* dejaría de ser la ciudad de lo maravilloso para convertirse en una gran capital más ó menos similar á sus congéneres de Europa. El *sky-scraper* es el rasgo típico de la Nueva York de hoy. Todavía en mi imaginación conservo la huella de mi primera impresión. Nuestro trasatlántico caminaba con cachazudo andar de monstruo, sorteando los bajos que el estuario del Hudson presenta, y acercándose confiadamente del lado de Staten Island, como queriendo darnos campo para la perspectiva. Al otro lado, en el fondo, aparecía una masa informe, plomiza, envuelta en ese vaho de amanecer que hace ver las luces con iridiscencias de ojos lagrimosos.

En medio de esa inmensa mole, que humea cual descomunal hormiguero, se destacan gigantescos bullones, especie de ciclópeas estalagmitas que pretenden llegar hasta el cielo. Antójaseos, á medida que la distancia se acorta, que estáis en presencia de una necrópolis de titanes donde se levantaran colosos monolitos á manera de obeliscos, en los que el pacienzudo trabajo de la hormiga humana horadara y vaciara sus entrañas formando galerías y abriendo ventanales. Luego, llegáis al populoso barrio *down town*—villa baja—y entonces os halláis en presencia de un caserón, que pareciéraos extravagente de no estar custodiado por una porción de semejante estructura. Sólo en ese momento

comenzáis á daros exacta razón de lo que es ese enjambre humano; es una ciudad edificada por superposición de viviendas, en vez de extenderse en sentido horizontal ó de superficie. Despachos de negocios, almacenes, círculos, limpiabotas, cigarrerías, baños públicos, bancos, *garçonnières,* etc., hasta contener seis ó diez mil inquilinos estables; calculándose de cincuenta á cien mil individuos los que diariamente frecuentan esas grandes colmenas (1). Para el servicio de los diferentes pisos no hubiera bastado una escalera; aun suponiendo que hubiera dos, ascendentes y descendentes, el hueco que requiere el vuelo de las mismas ocupara gran parte del solar, amén de la resistencia física que supone el subir treinta ó cuarenta pisos. Por eso el ascensor es un apéndice indispensable al *sky-scraper;* los hay por docenas en cada casa (2) y de todas clases: hidráulicos y eléctricos, *ómnibus* ó que se detienen en cada piso; *rápidos*, cada cinco ó diez pisos, y *expresos*, que sólo paran dos ó tres veces en su ascensión hasta la trigésima ó cuadragésima habitación. Naturalmente, esa vida acelerada requiere economía de palabras: «diez y ocho», «treinta», «cuarenta», etc., y el *botones*, sin una tilde en su indumentaria, dará la llave al aparato que os conducirá á vuestro destino.

A primera vista, el *sky-scraper* nos parece una excentricidad, y pensamos que la altura de los edificios

(1) El edificio Whitehall excede esa cifra.

(2) El Metropolitan Life Building tiene cuarenta y ocho: diez para mercancías y los restantes para el público.

está en razón directa con la vanidad de los constructores, que parecen seguir en sus obras la clásica sentencia *apud centrum usque cœlo;* pero la edificación en sentido perpendicular era la sola solución del arte arquitectónico al problema contributivo. Nueva York es Manhattan, á pesar de sus ensanches y tentáculos que en forma de puentes la unen con Brooklyn y Bronx, Queens y Richmond, y Manhattan es el centro de todos los negocios que se combinan en Wall Street. Poseer una parcela de terreno en ese perímetro, es ser millonario por los precios fabulosos que adquiere el palmo de solar, y como en la clasificación de la riqueza urbana se consideran tributarios de un cuatro á cinco por ciento del tipo de renta fijado por el Concejo, el propietario se ha de ingeniar para sacar, del pequeño espacio gravado con cargas ruinosas, los mayores productos. He aquí la dificultad que resolvió el *sky-scraper*. Mas, ¿cómo rebasar los límites de las construcciones ordinarias y elevarse más de ocho á diez pisos? Evidentemente que con los antiguos materiales de construcción—ladrillo, mampostería, piedra de sillería, etcétera,—era imposible edificar en forma de aguja ó torre sin una gran base de cimentación. Mr. Bradford Lee Gilbert tuvo la honra de ser víctima de las murmuraciones de profesionales y profanos cuando en 1888 planeó el Tower Building como un enorme esqueleto de acero cuyas paredes, formando una trepa, sujetarían por medio de garfios unas placas de cemento de doce pulgadas de espesor que constituirían los muros. Así es como despejó la incógnita de levantar, sobre un so-

lar de veintiún pies de fachada, un edificio de trece pisos y ciento sesenta pies de altura.

Mr. Gilbert, en una especie de Memoria, nos dice la tenaz lucha que hubo de sostener hasta implantar sus teorías. Con todo, faltaba la confirmación de sus cálculos por lo imprevisto... «Un domingo, durante la construcción de mi proyecto, desperté sobresaltado por el fuerte viento que reinaba. El huracán silbaba con agudos acentos como grito de guerra y desafío á mis cálculos. Instantáneamente pensé que aquel aquilón había de decidir de mi suerte... Acompañado de un íntimo amigo marché á mi obra, que estaba á punto de recibir la cubierta. Una gran muchedumbre de desocupados estaba estacionada en espera del cataclismo. Con gran dificultad conseguimos trepar por las escaleras de mano hasta el décimo piso, expuestos á cada instante á ser arrebatados por el viento como pajuelas. Por fin pude asegurarme y colocar la plomada y el péndulo de oscilación; los aparatos no delataban la más mínima vibración. *The building stood as steady as a rock in the sea...*» Las ventajas del *sky-scraper* estaban aseguradas y los peligros descartados.

De entonces acá el acero es el alma de los grandes edificios, no sólo por su solidez y perfecta trabazón, sino también por la rapidez con que con él se puede edificar. Proverbial es la frase de que el *sky-scraper* crece durante la noche; pero lo cierto es, que en solares de tan to precio, el trabajo no puede cesar, so pena de irreparables perjuicios para el propietario. Así es, que los equipos de trabajadores se suceden, y á la anémica luz

del sol del día sigue el potente reflector electro-mercúrico que difunde sobre las sombras de la noche los azulados matices de un escenario de ópera de leyenda.

El edificio, con tales impulsores, crece por momentos entre la febril actividad humana, el estruendo de los volantes, chirriar de poleas, silbidos de contramaestres y horrísono tableteo de las rebladoras mecánicas. Pero en menos de un año se han combinado en complicada trama cientos de toneladas de acero, revestido paredes y dotado á esa *ciudad* de los últimos conforts en calefacción, teléfonos, alumbrado, etc. Al día siguiente de poner la última lámpara eléctrica ya está habitable, y las celdillas comienzan á rebosar inquilinos, reemplazando al estrépito mecánico de la construcción un moscardoneo especial, signo de actividad y vida.

Como empresa financiera, el *sky-scraper* satisfizo las aspiraciones rentísticas. El New Trinity Building fué edificado sobre un solar que había costado dos millones de duros, gastándose en toda la construcción tres millones más. Hoy día, fuera del piso bajo, que renta setenta y cinco mil duros por año, tiene veintiuno más, con un alquiler medio de veintitrés mil duros por piso.

Desde el punto de vista artístico, el *sky-scraper* nos parece *fuera de marco*. Quizás cuando toda una población se componga de esos colosos no chocará tanto á los sentidos su desproporción. Pero, indudablemente, como atalayas son inmejorables. Aventuréme á subir á la torre del Metropolitan Life Building, y bien vale el coscorrón de la sensación de muerte que produce el rápido arran-

que del ascensor, el bollo del New York á vista de pájaro. Sólo desde esa monumental azotea que constituye el quincuagésimo piso del edificio, se comprende la fuerza de este pueblo que basa toda su política en la tripartita y única fórmula:

Dinero, dinero, dinero.

Nueva York, 1909.

LOS MECENAS AMERICANOS

Cuanto más y más se estudia el incremento que la cultura toma en este país, más se ha de deshacer el equívoco que formábamos en Europa sobre el tipo americano. Nosotros nos figuramos al americano un ser activo, calculista, intrigante en combinaciones de agio y dispuesto á vivir esa vida febril y neurótica del hombre de negocios que todo lo olvida, hogar, amistades, afección, ante el tintineo del dinero y las ganancias en perspectiva. A este modelo se reducía el americano de hace quince ó veinte años. Fuera de ese tipo social no hallábamos más que el *ranchero* ó *cow-boys* perdido en las inmensas praderas de Missouri ó Colorado, llevando los zahones todo el día y cabalgando continuamente entre miles y miles de cabezas de ganado. Esa gente, que constantemente pensaba en los negocios, que calculaba los medios de hacer la competencia ventajosa y buscaba sin cesar un arma para destruir al que se opusiera á su avance, no gozaba de la vida. Su carácter se hacía huraño y adusto; rehuía el trato de

las personas cultas que no pudieran, resolviéndole algún binomio, garantizarle el éxito de una empresa, y á la postre, convertidos en hombres máquinas de impulsos sórdidos é inhumanos, á todo se atrevían, contra todo atentaban, con el fin de acrecentar su capital. Llegaron á federarse, descubrieron el arma más cruel del mercantilismo moderno en el *trust*, y de él se sirvieron, destruyendo á los pequeños capitalistas y asegurando de ese modo, con el monopolio, la estabilidad para sus colosales fortunas. Ese ha sido el origen de los grandes capitales: los Astor, Schaw, Vanderbilt, Carnegie, Winchester, etc., etc., no obraron de otra manera. Pero esos hombres, una vez en posesión de un capital estable tuvieron sus ocios y expansiones, que emplearon en viajes al viejo Continente. Recorrieron Europa, un mundo nuevo se presentó á su vista, y comprendieron que el hombre no es una máquina de calcular que llega á aherrojarse para toda otra tentativa ante el estímulo del dinero; el hombre posee una parte psíquica que le permite gozar de la Naturaleza y comprenderla. Para ello no emplea otro medio que la cultura. Con ella se educa el espíritu, se forma la conciencia, se crea al hombre que siente y ama lo bello con prelación á lo útil, y se le hace susceptible de gozar de las infinitas impresiones que le producen, desde el libro de destilados pensamientos hasta la Naturaleza, traducida en forma plástica, con colores y líneas.

Despertóse en ellos la afición á la cultura y convirtieron sus expediciones europeas en viajes científicos de saludable resultado; y aquellos hombres que algunos

años antes escatimaban con vil avaricia lo necesario para el sustento, se convierten en Mecenas, y no sólo se contentan con acaparar las obras de arte que encuentran á mano, sino que alientan y favorecen los estudios, creando de ese modo el alma nacional. Ofrecen fuertes sumas como premios al trabajo, sostienen comisiones científicas en su patria y en el extranjero, y teniendo en cuenta que la juventud intelectual ha de formar la clase directora en lo porvenir, la estimulan y ayudan, protegiendo á mano abierta las Universidades. Claro es que en ello hay cierto amor propio; pero ¿cuánto más provechoso para la Ciencia en general es un Museo, una escuela ó una biblioteca, aunque lleve en el frontispicio, con grandes caracteres, el nombre del donante, que no ese mismo nombre figurando entre los primeros tenedores de papel del Estado?

Todas las Universidades y escuelas de importancia cuentan con varios patronos de esa clase. Harvard, Yale, Princeton, Cornell, Columbia y otras muchas, son deudoras de esos beneficios á un Rockefeller, ó un Carnegie, un Morgan ó un Vanderbilt que hacen las donaciones por millones de *dollars*.

De esa manera la cultura se desarrolla á pasos de gigante, y no es extraño el sorprendente avance que los americanos han conseguido en algunas disciplinas. El catastro, por ejemplo, que tan difícil é imperfectamente se ha llevado á cabo en Europa, está hecho Estado por Estado por la Sociedad Geológica, que al mismo tiempo ha triangulado el terreno y publicado mapas muy detallados.

De esta protección que las artes merecen de parte de los millonarios americanos, España sale muy favorecida. Mr. Huntington, un potentado de Nueva York, español de espíritu y de cultura, ha dado en fomentar los estudios hispánicos. Él es el fundador del Museo Hispánico, obra colosal que le ha costado más de cuatro millones de dollars; él, el que ha establecido la *Hispanic Society* para el fomento de la cultura española, y él ha sido el introductor de nuestro gran Sorolla en el mercado artístico, presentándole á la sociedad neoyorquina y cediendo el Museo Hispánico para la instalación de los cuatrocientos y pico de cuadros que formaban la galería.

Ahora estos días está haciendo lo mismo con Zuloaga, y he ahí cómo la protección de un millonario ha permitido al pueblo americano contemplar las hermosas aguas de la Malvarrosa y las figuras mates segovianas, las dos tendencias más salientes en la moderna pintura española: el clasicismo y el impresionismo, que tan dignamente representan Zuloaga y Sorolla.

Así se enseña á pensar y sentir, y de ese modo se forma el alma de un pueblo, cuyos frutos y resultados bendecirán las generaciones futuras.

New-Haven, Connecticut, 1909.

HUDSON-FULTON

Nueva York, la ciudad de Manhattan, la metrópoli del dinero y del hampa, acaba de celebrar las fiestas centenarias de las dos fechas que más han contribuído á engrandecerla: 1609-1807. Esos dos jalones cronológicos llevan como anexos nombres famosos: Hudson-Fulton. El primero, al remontar inconscientemente el río Norte, creía haber llegado al tan deseado canal, que permitiría la navegación hasta las codiciadas tierras de Cipango y las costas de China. Se equivocó en sus cálculos; pero en cambio presentó al mundo un nuevo solar de exploraciones. Aquellas costas selváticas, en las que sólo se oía el susurro de los copudos arces, robles y abedules, y de las que emergían pacíficos indígenas, asombrados ante los «rostros pálidos» de los que solicitaban mil baratijas en cambio de sus riquezas, son hoy día asiento del grupo de población más abigarrado de la tierra. En el paraje en que la cabaña se alzaba en otro tiempo y el indio humeaba la pesca recogida en aquel río «que corría en las dos direcciones», se levan-

tan las más atrevidas construcciones de innumerables pisos. La electricidad y el vapor hallaron en esa fiebre de engrandecimiento las aplicaciones más extraordinarias que pudieran concebir los mecánicos; y los tranvías, ferrocarriles elevados, subterráneos, viaductos y túneles, forman la trama con que el progreso aprisiona á una colectividad de millones. Al «halulú», grito de reunión de los indios que rompía la monotonía de la vida tribal ha sustituído el ensordecedor rozar de rieles, trepidar de casas y gemidos de sirenas, pidiendo siempre actividad y energías. La frágil piragua de tronco vaciado; la canoa de tablas mal ajustadas y burdo calafate movidas por groseras palas, ya no se ven en las siempre agitadas aguas del ancho río. Son signo de rémora y tradición que el bateleo de las cuádruples hélices de los modernos colosos marinos haría vacilar.

Al pensar en esta ciudad y su corta historia, creéis en la realidad de los sueños de hadas. Vuestra imaginación se traslada á aquellas villas de sendos siglos de existencia, con sus carcomidas murallas, ventrudos paredones y lánguida vida. ¿Por qué quedaron estancadas en la marcha de los tiempos, desapareciendo muchas, y pasando otras á la categoría de joyas arqueológicas? ¡Ah! que con el progreso todo cambia, y al avanzar la rueda de los siglos muda, sin percatarse de ello los hombres, los ideales. Buenas fueron las poternas y los puentes levadizos, los torreones y las barbacanas cuando el ambiente histórico era el de conquista. El hombre odiaba al hombre porque uno era el objeto de

sus deseos, y por necesidad, la posesión en uno era la exclusión de dominio en el otro. Las culebrinas y lombardas, los mosquetes y arcabuces sosteníanle en esa especie de aislamiento, en el que era feliz. Pero en la evolución social aparecieron los inventos modernos, y con ellos la ruina de los antiguos ideales, ó por lo menos su modificación; la conquista, á punta de espada, cedió la vez á la penetración mercantil, y ésta necesita, como primer factor, de una rápida y fácil comunicación. Por eso Fulton, al aplicar la fuerza del vapor como propulsora de los transportes marítimos, causó la más grande transformación en la vida del Nuevo Continente. Ya no hay mar que separe América de Europa; seis días no son nada en una distancia de cuatro mil millas, y el intercambio de ideas y productos se realiza entre el Viejo y Nuevo Mundo con la misma facilidad que entre los Estados europeos. La vieja Nueva Amsterdam debe, con razón, glorificar ambos héroes: uno la dió á conocer; el otro la hizo asequible á los habitantes de las lejanas tierras.

Para la celebración del centenario la comisión no anduvo tacaña; gastó largas sumas en festejos que atrajeron á millones de forasteros ávidos de ver el más extraordinario cuadro que pueda soñarse. Alemania, Inglaterra, Italia, Francia, Méjico, Brasil, Argentina, enviaron sus buques de guerra como adhesión al homenaje, y todas las naciones, hasta Marruecos, delegaron sus comisiones para mayor solemnidad. Holanda, como nación interesada, contribuyó de una manera especial, presentando una reconstrucción exacta del velero *Half*

Moon, en el que Hudson llegó á estas tierras, y con toda propiedad histórica, la tripulación vestía, según modelo de la epoca. Como *pendant* del *Half Moon*, se presentaba el *Clermont*, reproducción del primer vapor de Fulton, y ambos, insignificantes miniaturas en el vasto estuario de Hudson, se deslizaban majestuosamente escoltados por más de cincuenta monstruos de la velocidad y de la guerra, empavesados con gallardetes y oriflamas, formando en columna de honor, como si todo el poder y realeza que hoy día presentan se debiera á ese guía que tan penosamente movía sus aspeadas ruedas.

Revistas militares, retretas, servicios religiosos, cabalgatas alegóricas, todo se ha presentado con la esplendidez de que la munificencia americana es capaz; el puente de Brooklyn y las principales torres de la ciudad destacaban su silueta en las tinieblas de la noche por ígneos cordones que festoneaban sus aristas...

Todo ha pasado; tras el homenaje, la ciudad ha perdido algo de esa inflamación de forasteros que las fiestas produjeron, y mientras con ardor se afana en el trabajo, utilizando las ventajas del invento fultoniano, allá, en las nubes, flota algo que es precursor de una nueva revolución: Wrightque, en el mismo teatro de las experiencias de Fulton, ha querido desafiarle, revoloteando alrededor de la estatua de la Libertad.

Nueva York, 1909.

SOROLLA Y ZULOAGA

I

Los periódicos os habrán informado de la brillante victoria que Sorolla y Zuloaga han obtenido entre el pueblo americano. Pero esa escueta noticia, inserta entre las informaciones telegráficas, apenas se lee ó se la da una ojeada á la ligera. El triunfo de ambos artistas, sobre todo de nuestro gran Sorolla, debiera haber ocupado la atención de España entera, y las revistas, periódicos é ilustraciones, haciendo comentarios, hubieran rendido el honor que merecen tales genios. Porque parad mientes en que á voz en grito nos quejamos del atraso de España; que sólo se nos concede unas pulgadas de avance sobre nuestros vecinos del Estrecho, y que el Pirineo es barrera asaz infranqueable paraque la europeización entre en ella, y verdaderamente es desconsoladora esa consideración por parte de aquellos que, más interesados en importar algo exótico, vocean nuestras deficiencias sin percatarse de lo bueno que tenemos,

Al escucharles, podría decirse que:

> Oyendo hablar á un hombre, fácil es
> conocer dónde vió la luz del sol:
> si os alaba á Inglaterrra, es un inglés;
> si os habla mal de Prusia, es un francés;
> si os habla mal de España, es español.

Y es preciso vivir lejos de esa *atrasada* nación para escuchar las alabanzas que los extraños nos prodigan, después de admirar á nuestros adalides en todos los ramos de la actividad humana.

¡Cuántas veces solemos decir en las tertulias de crítica ajena como gran honor para una persona, que su nombre es más conocido en el extranjero que en su propio país! Nos contentamos con esa especie de jeremiadas, sin que nos decidamos al más mínimo esfuerzo para averiguar el por qué de la nombradía. Así es en literatura, en ciencias exactas, de investigación y en las manifestaciones artísticas. Oímos los nombres de un Menéndez y Pelayo, Echegaray, Hinojosa, Ramón y Cajal, Rusiñol, Sorolla y Zuloaga, encomiados y enaltecidos, y con frecuencia en la soledad de nuestro aposento, nos sonrojamos de vergüenza por la ignorancia en que vivíamos respecto á tales personas. En ella todos tenemos la culpa; esa especie de negligencia en lo que representa cultura se traduce en todas las clases, y bueno es que de vez en cuando las exclamaciones de los de *fuera casa* ante nuestras propias obras, nos lleven á hacer examen de conciencia y reparar nuestras torpezas.

***

Sorolla y Zuloaga son por eso más conocidos en América que en España. No hay familia de Nueva York, y aun me atrevería á decir del Este, que no conozca esos dos nombres y haya visitado las Exposiciones de sus obras, ó por lo menos visto las reproducciones que de los principales cuadros publicaron los periódicos en las ediciones dominicales. Ellos son los *pioneers* ó avanzadas de una reputación gloriosa para España, presentando en sus lienzos trozos de Patria, que á borbotones irradian luz y vida, matices y sombras del alma ibérica, arrancados al pueblo por la poderosa fuerza de su observación. El azar me ha deparado seguir á Sorolla en su carrera triunfal, pues circunstancialmente vi la Exposición de sus cuadros en la Galería parisina de Georges Petit, en 1906; más tarde en la Galería Crafton de Londres, y ahora, en Marzo último, en la *Hispanic Society*, donde merced á la munificencia del fundador de dicha Sociedad, Sorolla ha expuesto sus obras. Excusado es decir que estas Exposiciones han sido la consagración mundial de su genio, y habiendo comenzado por vencer al público más difícil en crítica artística, como es el parisino, los éxitos de Londres y América, quedaban descontados. Pero los franceses admiraban á Sorolla comparándole con Zuloaga, y presentar estos dos artistas en el mismo palenque, lo conceptúo como una herejía artística. Aunque cultivadores del mismo arte, siguen tendencias bastante heterogéneas, y por eso es muy difícil juzgar á uno de ellos con la concepción del otro. Ambos llegaron al vértice de la gloria, y de querer troquelar una medalla de honor, tendríamos

que representarlos á la manera de Jano: sus dos mascarones en la figura del Triunfo. ¿Cuáles son esas direcciones en que sobresalen el pintor valenciano y el guipuzcoano? No se necesita ser de un alambicado sentido crítico para distinguirlas. Los cuadros del primero representan aire, vida, alegria, una Naturaleza pródiga de dichas; los otros no materializan el asunto, los personajes cautivan por lo que de espiritual hay en ellos.

La vida en ambos artistas ha patinado su conciencia estética. Sorolla, atraído por la fuerza mágica del medio ambiente, siente la necesidad de trasladarlo al lienzo, y por precisión ha de terminar en el impresionismo. La concepción de su primera obra «El Dos de Mayo», lo revela; él no se satisface con la lectura de hechos y episodios de nuestra gran epopeya, quiere verla con sus propios ojos, y prepara en la plaza de Toros una reconstitucción plástica de aquella heroica defensa.

Realista en sumo grado, no halla una adecuación completa de su ser en los moldes que las antiguas escuelas empleaban para la enseñanza. Por eso las cualidades de Sorolla no encuentran expansión en Roma, y necesita ver la revolución causada por Bastien Lepage y Menzel con su impresionismo, para comprender que sólo ese camino debe tomar. Desde entonces Sorolla es ardiente adepto de la escuela naturalista; pinta lo que ve, librando sus lienzos de la vulgaridad por el mismo fiel sentido con que traduce lo real, reuniendo las dos cualidades más difíciles del artista: la sinceridad y la simpatía. Por la primera, nos presenta los temas inconfundibles, que reconocemos al primer golpe de vista, pero

sin ese servilismo de la realidad en que caen quienes no poseen el preciado don de nuestro pintor y que llena sus lienzos de encanto y simpatía. «En arte, lo lógico es siempre superior á lo alegórico», decía el malogrado Ganivet, y ese puede ser el principio absoluto que Sorolla practica. Nada que no esté de acuerdo con la Naturaleza, y fiel á esa máxima, ha sobrepujado á los mismos franceses, que han caído en su mayor parte en el antiestético *procedé de la tache,* entendiendo que el impresionismo es algo confuso, indistinto, de una vibración cromática irritante.

La paleta de Sorolla es muy sencilla; el negro es casi en absoluto desechado; carece de esa fluidez que le ofrecen el azul ó el violeta, el verde y el amarillo, que, mezclados por su mágico pincel, dan la transparencia, la originalidad y la belleza. Su visión y su pincel—*une main aussi prompte à peindre que le regard à percevoir*—identifica su propósito de interpretar la verdad, sin que ello suponga un hercúleo esfuerzo en el artista. *Il peint aussi naturellement qu'il parle, sans même se douter qu'il en puisse être autrement et que le tour de force perpétuel ne soit pas l'habitude de tout peintre.* Así el artista nos ha transmitido toda una serie de escenas de admirable sencillez, como «Un día feliz», «Besando la reliquia», «Cosiendo la vela», «Sacando la barca», tomadas todas de las costumbres de su tierra. Pero estas potentes cualidades de reproducir la Naturaleza, no han privado á Sorolla de presentar algunos lienzos de un sentido moral muy exquisto. Dejando aparte el trabajo de pensionado. «El entierro del Sal-

vador», obra forzada por los prejuicios de escuela, que no deja de tener una tonalidad perfecta, «Otra Margarita», «La trata de blancas» y «Triste herencia», bastarían á caracterizarle como psicólogo de las miserias humanas, que él hace más comprensibles por la misma realidad con que las presenta.

Dos de esos cuadros vinieron á enriquecer los Museos americanos de San Luis y la iglesia de la Asunción, en Nueva York; la contemplación de la angustia mortal en que los remordimientos sumen á la infanticida madre y la vista de esos seres desvalidos, víctimas del vicio, hace pensar en la fina observación del autor para sondear las desdichas de los hombres, y destruye la hiperbólica alabanza de una revista francesa, que juzgaba á Sorolla como «*une brute qui peint comme un Dieu*».

Hoy día Sorolla se presenta como el «Fénix de los ingenios», con una fecundidad asombrosa. Retratos de personas reales, aristócratas, literatos, hombres de Estado, escenas de la vida marinera, infantil; las playas levantinas de refulgente sol, las áridas estepas castellanas, todo ha sido objeto de su estudio en más de cuatrocientos lienzos, que los americanos han admirado, tributándole el mayor homenaje que pintor moderno haya recibido, desfilando diariamente por el Museo Hispánico más de quince mil personas.

II

Zuloaga es producto de diferente educación artística que Sorolla. El panorama brumoso y reducido de la tierra vasca, y las contrariedades y obstáculos que ha tenido que vencer hasta dedicarse á cultivar la pintura, han formado un espíritu escrutador, que él emplea para personificar las cualidades de los tipos que estudia. Las nobles y tétricas figuras del Greco, la mística exaltación de Zurbarán, la mágica unidad de la visión de Velázquez y la impulsiva sátira y sardónica ligereza de Goya, se ven reunidas en los lienzos del pintor de Eibar. Largos años de vida *montmartroise* han conseguido fijar en el bastidor el sabor de la vida *apache*, la titilante concupiscencia del *boulevardier* encanecido, «Le Vieux marcheur» ó la serena placidez de la incomparable «banlieue» de la ciudad del Sena «A Saint Cloud». Pero Zuloaga, al dejar las alturas de Montmartre y recorrer las tierras de su patria, sufre una transformación tan completa como la realizada por Sorolla al abrazar el impresionismo. Su agitada juventud aventurera le ha puesto en contacto con una vida que él estudia á maravilla, haciendo abstracción completa del pormenor que personaliza, y presentándonos sólo los trazos que denotan el espíritu. «Toréadors de village» (1), «Pepillo

(1) Publicamos los títulos de los cuadros en francés, porque así lo ha hecho el artista.

le matador», «Portraits de la famille d'un toréador gitane», nos manifiestan esa especie de jactancia ú orgullo tonto que en cierta capa social existe, creado por el vano aplauso de las muchedumbres. «Vieilles maisons à Haro», «La Virgen de la Peña», «Sepúlveda», todo un pasado glorioso de leyendas y tradiciones que el progreso mata con su inexorable avance, relegándolas al olvido.

Sorolla necesita sólo *mirar* para reproducir con colores. Zuloaga por fuerza ha de *ver* con los ojos del alma lo que sus personajes evocan y representan. «Su obra es una reencarnación de lo pasado con materiales modernos»; por eso, incansable observador, se traslada de las llanuras castellanas, donde acaba de modelar el alma de los hijosdalgos y caballeros «Le nain Gregorio», «Juge de village» y «Pelérin», á las alturas aragonesas de Ansó, donde personifica, después de un atento estudio, el espíritu de brujerías y supersticiones en «Les sorciéres de San Millán».

Estas mismas cualidades psicológicas tienen sus retratos: «Pepilla la gitane», «Ma cousine Cándida», «L'acteur Zambelli», etc., muestran que el arte de Zuloaga, como el de sus grandes predecesores, se basa en la observación, huyendo de las vagas fórmulas estéticas que llevan al amaneramiento, privando al artista de deliberación. De ese modo, el «pincel de Zuloaga no sólo habla español, sino que nos presenta todos los dialectos con esa diafanidad del que está saturado de su idea (1).

(1) «... this art not only speaks Spanish, as it were, but has mastered idiom and dialect as well...» *Christian Brinton.*

«Víspera de toros» y «Consuelo», propiedad del Museo de Bremen, y «Mendiant espagnol» y «Coquetería de gitana», pertenecientes á Herr Rottermundt, de Dresde, nos enseñan por qué sublime artificio el artista pone á contribución los claroscuros para darnos el efecto moral del asunto que trata. En sus lienzos no hay nada de relumbrón que llame á los sentidos; el verde oliva, los colores pálidos, el gris y azul obscuro, en su paleta dan conjuntos tan sublimes como el conseguido en su última obra «Mlle. Lucienne Bréval dans *Carmen*».

La labor de Zuloaga no es tan prolífica como la de Sorolla, pero eso se debe á la diferente escuela que cultivan: el uno adquiere la visión por impetuosa intuición; el otro necesita de la fría y calculada reflexión.

***

Pasada la hegemonía pictórica de la escuela española, en los primeros años del siglo XIX, los accidentados reinados de Fernando VII, Cristina é Isabel II no fueron los más á propósito para encauzar el fomento de las artes.

Los pocos cultivadores que presentaban algún cuadro venían saturados del Davidismo francés, y de él fué representante toda una serie de pintores, desde el primer Madrazo, Fortuny, José Aparicio, hasta Casado del Alisal, Rosales y Martín Rico. En su mayor parte excelentes coloristas, carecían de gracia y gusto en la elección de asunto, decidiéndose—sin duda por la in-

fluencia de David—por el género histórico. ¿Quién no conoce «Los comuneros de Castilla», «La batalla de Bailén», «Ultimos momentos de Fernando el Emplazado», «Hamlet y Ofelia», «La muerte de Lucrecia», «La presentación de D. Juan de Austria al Emperador Carlos V», etc., que tantas y tantas veces se han reproducido en oleografías?

Pero en la segunda mitad del siglo pasado los naturalistas franceses rompen con el *impresionismo* los antiguos moldes escénicos y de aparato, y á poco la nueva escuela encarna en España, comenzando un florecimiento artístico en el que se distinguen Fierros Plasencia, Souto, Uría, Pradilla, Martínez Abades, en Galicia y Asturias; Moreno Carbonero, Blanco Coris, Villegas, Romero de Torres, García Ramos, en Andalucía; Cebrián, Senent, Pinazo, Albert, Benedito, Amorós, Benlliure, en Valencia; Rusiñol, Casas, Fontdevila, Barrau, Anglada, en Cataluña; Losada Iturrino, Uranga y Regoyos, en las Provincias Vascas. Mas, ninguno entre todos ellos, ha dado á sus obras un carácter tan personal como los dos pintores estudiados, Sorolla y Zuloaga. Ellos con sus lienzos han enaltecido el nombre de su patria, y por eso no es de extrañar que comentando la Exposición de sus cuadros la revista *Outlook*, de Mayo, encabece su artículo con la siguiente frase: *The Resurrection of Spain.*

Nueva York, 1909.

ESPAÑA EN AMÉRICA

Acostumbrados como estamos á hacer muy poco caso de nuestras cosas, pasa para nosotros inadvertido el culto que allende las fronteras se les rinde, y, triste es confesarlo, es preciso salir á extrañas tierras para percatarnos de que si España tiene sus *majas* y *chisperos*, también tiene su siglo de oro, admiración de los eruditos extranjeros. De esa natural indiferencia hacia el cultivo de nuestras glorias pasadas, nace el desconocimiento aterrador en que vivimos respecto á los eruditos que, con estímulos más nobles, fijan su actividad en esa labor pesada é ingrata del escudriñador que revuelve bibliotecas, manosea papeles y papeles, sin otro afán que la desinteresada satisfacción de ilustrar un período ó esclarecer un pasaje de nuestra historia literaria. Y si nombres como los Bonilla San Martín, los Menéndez Pidal y de otros trabajadores incansables, no son familiares más que al *conventum* literario, y un Menéndez y Pelayo es conocido de muchos *par ouï-dire,* ¿qué será de esa pléyade meritísima de ex-

tranjeros que nos estudia y nos ensalza, levantando á España el pedestal glorioso que, desgraciadamente, nosotros, en propio solar, tratamos de empequeñecer? En Europa hase prestado, desde hace bastante tiempo, gran atención á los estudios hispánicos, y los nombres de Farinelli, Gorra, Fitzmaurice-Kelly, Morel-Fatio, Cirod, Foulché-Delbosc y Merimée, ilustran la falange de nuestros eruditos. En Norte-América había de desarrollarse, por necesidad, esa hispanofilia que tanto nos encumbra; siendo el inglés y el español casi los únicos idiomas hablados en ambas Américas, los americanos del Norte, estando en disposición política más tranquila y estable que las otras Repúblicas, al emprender su régimen expansivo y de penetración por la parte española, habían de hacerlo con ligeras insinuaciones, sin choques bruscos, adaptándose á las costumbres é idiomas de los pueblos penetrados, aunque á la postre implanten sus maneras y hasta su lengua. Y he aquí por qué el español figura en todos los *curriculla* ó plan de estudios de los Colegios ó Universidades de los Estados Unidos.

Pero lo que en sus comienzos fué un arma de penetración y simple instrumento mercantil, luego fué objeto de atento estudio y escrupulosa investigación, hasta el punto de que hoy pueden citarse muchos nombres como los de los profesores Marden, de John Hopkins University, en Baltimore; H. Lang, de Yale; Ford, en Harvard; R. Schewill, de Berkeley, California, etcétera, etc., que son reputados como verdaderos especialistas. Todavía venérase con religioso respeto la

sala de Ticknor en la Public Library de Boston, que encierra la biblioteca de aquel erudito ilustre, como preciado laboratorio para los primeros pasos del naciente hispanófilo: si observamos el campo de las investigaciones históricas, aquellas figuras de Washington Irving y de William Prescott han tenido sus continuadores en un Bourne, con su notable trabajo *Spain in America* (contribución de España á la formación de la nacionalidad yanqui), ó un Charles Lea, con la más documentada é imparcial *A History of the Inquisition of Spain,* y en general, márcase en el cuerpo social americano una tendencia especial á conocernos, y que el termómetro bibliográfico acusa en una abundante literatura que se acrece cada día, tocando nuestras cosas, con gran fantasmagoría muchas veces, pero que se exorna con pomposos títulos, como *The Soul of Spain*, *Spain from within, Travells on Spain, The Truth about Spain*, etc., etc., dándonos á conocer, sea en verdad ó en mentira.

Pero de todas las manifestaciones hispanófilas en los Estados Unidos, ninguna tiene tanta importancia como la Hispanic Society of America. Merced á la iniciativa de Mr. A. Huntington y la colaboración de unos cuantos amantes de España, constituyóse esta Sociedad para fomentar, ya en el orden crítico de investigación, ya en el difusivo de vulgarización, los estudios y la cultura hispánicos; la munificencia de su fundador dotóla de cuantiosas rentas que la permiten no sólo acrecentar su copiosa biblioteca con códices y libros raros, sino reproducir aquellos ejemplares únicos ó de extre-

mada rareza. En esta labor Mr. Huntington coadyuva con todas sus fuerzas, uniendo á la perfecta posesión de nuestro idioma una vasta cultura de la literatura castellana, y entre la serie de los libros reproducidos en facsímile, en los que el nombre de Mr. Huntington figura como editor ó crítico, pueden citarse: *Tirant lo Blanch*, facsímile de la edición que «*fon acabada d'emprentar... en la Ciudat de Valencia a. XX. del mes de Nohembre del any de la natiuitat de nostre senyor deu Jesu crist mil. cccc. lxxxx.*», de la cual sólo se conocen tres ejemplares: el de la biblioteca de la Universidad de Valencia, el del Museo Británico, y el tercero, que es propiedad de la Hispanic Society.

Ars Moriendi, facsímile del original de la Colombina, de Sevilla.

Cancionero general de Hernando del Castillo, facsímile de la edición de 1520.

El Cancionero llamado *Dança de Galanes;* Cancionero llamado *Vergel de Amores*.

Crónicas del Cid, de 1512 y 1526.

La Araucana de Ercilla.

Libro de los tres Reyes de Oriente.

Cathalogi Librorvm Reprobatorum. Toleti, 1551.

Cathalogvs librorum, qui prohibetur mandato... Ferdinandi de Valdes. Hispaleñ.

Indes Librorum Prohibitorum.

Historia de los Caballeros Oliveros de Castilla, y otras muchas, cuyas reproducciones han exigido sendos desembolsos que Mr. Huntington llevó á cabo con grande desprendimiento y que se publican en volúmenes

aparte ó formando parte de la *Revue Hispanique*, órgano de la Hispanic Society.

Cuenta la Hispanic Society con miembros honorarios y corresponsales entre los eruditos hispanófilos de todo el mundo, ostentando tal representación en nuestra patria los Sres. Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal y Bonilla San Martín, y muy recientes están los éxitos alcanzados por el segundo en su *tournée* de conferencias sobre la *epopeya castellana*, dadas en las principales Universidades de Norte-América, bajo los auspicios de la misma Sociedad. Sorolla y Zuloaga están hoy día obteniendo ventajosos resultados de esa protección dispensada con largueza por el millonario americano, y sólo por él los yanquis han podido admirar las dos tendencias más características de la paleta española contemporánea: cinco lienzos del pintor valenciano exornan los muros del Museo con los retratos de Menéndez y Pelayo, Cossío, Blasco Ibáñez, Beruete y Pidal, estando de ese modo representadas las letras y la crítica artística de entre nosotros.

Hállase instalada la Hispanic Society en el edificio de su nombre, emplazado en la parte alta de Nueva York, no lejos de la Universidad de Columbia; en medio de una inmensa área cercada de verja, levántase, severo y majestúoso, el edificio del más puro renacimiento, sobre una vasta terraza, á que se llega por escalera de honor de doble tramo. De la suntuosidad y propiedad del interior son digno ejemplo: el severo *hall*, que sirve de biblioteca, con luz cenital y confortable instalación, y diferentes secciones de la galería, en la que pue-

den admirarse encerrados en vitrinas riquísimos códices é incunables y una colección muy completa de nuestra cerámica. En los muros hállanse artísticamente combinados tablas y lienzos de todas las épocas y escuelas españolas.

Esta es la institución que tanto honra á su fundador y á España, consuelo muy grato para los que la vemos denigrada y escarnecida por sus mismos hijos.

BROCHAZOS SOCIOLÓGICOS

Hoy día se habla sin cesar de la sociología como de una ciencia nueva que da el por qué de las cosas, el desarrollo de las instituciones y la esencia de la sociedad. Estudiada en los laboratorios de una manera más especulativa que práctica, resulta que sabemos muy bien toda la serie de procesos evolutivos enunciados por los principales pensadores, desde Heriberto Spencer, Tarde y Fustel de Coulanges, hasta Taine y Gumplowicz, pero carecemos de la educación suficiente para poder operar con independencia en el campo de las observaciones. Esos hombres llegaron á sentar principios empleando el procedimiento inductivo, tomando en los ejemplos que los pueblos nos ofrecen los tópicos necesarios para luego, abstrayendo y generalizando, elevarse á la regla única, á la proclamación de la ley sociológica. Así obtuvieron las leyes de la *imitación*, las de la evolución ó progreso, etc., etc. Pero el que trate de estudiar esa ciencia, y siguiendo á los maestros comience por retener el resultado de la investigación

ajena, nunca podrá darse cuenta exacta de lo que la sociología es, su importancia, y cómo, creyéndola una ciencia de las más abstractas, es la más real y *popular*—si este adjetivo puede emplearse,—porque toma sus elementos primarios en los diferentes aspectos que los grupos sociales presentan. Lo que llamamos nosotros *sabor de la tierruca,* la *couleur locale* de los franceses y el *folklore* de los pueblos sajones, no son, ni más ni menos, que manifestaciones sociales que los pueblos han ido formando mediante una amalgama de infinitos factores que se traducen en una larga serie cromática, desde el medio ambiente hasta la tradición de raza.

El estudio de todos esos matices que forman el carácter de los pueblos es lo que constituye la sociología, y así es como se puede llegar á la inducción de principios ó reglas. No obraron de otro modo los grandes maestros, y ese es el plan y método que recomienda el insigne representante de la Sociología práctica Le Play. Siguiendo esos principios quien se encuentre con ánimo para tan ardua tarea, y tenga ribetes de sociólogo, deberá pertrecharse de un cuaderno y un lápiz para ir estereotipando aquellos relieves que los pueblos le presenten. Esas notas tomadas en los viajes, se clasificarán luego, se compararán las de regiones y grupos sociales diferentes, y así estaremos en condiciones de llegar al *desideratum* del observador: la ley ó principio general.

***

...Hojeando mi *carnet* de viaje encuentro algunos apuntes que son destellos del alma del pueblo donde los recogí, y que os transcribo tal como yo recibí la impresión, dándose así material para que os sintáis sociólogos y os determinéis á hacer inferencias. . . . . .

. . . . . .

Atravesaba la vasta plaza de New-Haven, llamada el *green* (verde) porque está formada por grandes cuadros de césped y umbrosos olmos, cuando mi atención se detuvo en un descomunal reloj que, apoyado en el tronco de un árbol secular, daba frente á la avenida más frecuentada de toda la ciudad. La esfera era negra, destacándose las blancas divisiones del horario acompañadas de unos guarismos que, comenzando en 100 con la una, terminaban en ciento treinta mil en la hora del zénit.

El centro de esa inmensa circunferencia estaba ocupado por una inscripción que yo había tomado por el nombre del fabricante que tan donosamente anunciaba su mercancía. Pero cuando me hallé á distancia conveniente para leer las palabras, me sorprendió en extremo el que dijeran: «*Only charity may save Young Men's Christian Association*» = (Sólo la caridad puede salvar á la Asociación de Jóvenes Cristianos), y ver que las enormes saetas no marcaban isócronamente, sino que saltaban de cien á mil, diez mil, etc., etc.... A los tres días, las dos saetas, formando un sólo trazo, marcaban con las doce la cantidad ciento treinta mil, y el reloj desaparecía. Convertime en inquisidor de lo que aquello quería decir, y averigüé que la Asociación de Jóvenes

Cristianos tenía una hipoteca sobre su casa social de ciento treinta mil *dollars,* cantidad que no podía devolver, y por tanto debía venderse la finca para cancelar dicha carga.

Pero el director de la Asociación tuvo *una idea feliz:* exponer al público la situación en que se encontraban y hacer un llamamiento á la caridad pública para recaudar la cantidad necesaria, y con objeto de informar al pueblo del estado de la suscripción, colocó el reloj que continuamente iba señalando el aumento de la recaudación. Alguien tomará este rasgo de ingenio como una excentricidad; pero tanto la idea del director como la pronta correspondencia del público, señalan elocuentemente un fenómeno sociológico que puede llamarse espíritu de agrupación ó de solidaridad. Esta es una de las características del pueblo americano. Por cualquier cosa se crea un grupo, una Asociación que cada uno de sus adheridos defiende con todas sus fuerzas, y observando todos los órdenes de la vida allí vemos que palpita, desde el *trust* ó compañía mercantil que trafica lo mismo con el hierro, el petróleo, el acero ó los *pea-nuts* (cacahuets) y *chewing-gum* (especie de goma para mascar), hasta los graduados de las Universidades ó los prosélitos de una creencia. Por todas partes ligas patrióticas, económicas, sociales, mineras, higiénicas, filantrópicas, de arte, científicas y un sin fin más, que formarían varios volúmenes de quererlas estudiar con detenimiento. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Para entrar en una peluquería necesita el ciudadano independiente abdicar su soberanía y entregarse al poder de tres jóvenes vestidos con impecables *guayaberas* que, con mil amabilidades, toman posesión del cliente. Sentado el paciente en un sillón de báscula, semejante al que usan los dentistas, uno de los oficiales actúa de Fígaro, otro limita su jurisdicción á las manos, ejerciendo de manícuro, y el tercero, que por su baja condición ha de ser *colored,* es decir, negro, frota y saca brillo al calzado. En unos cuantos minutos el parroquiano sube, baja, gira de un lado á otro, según la voluntad del *dictador,* hasta que con el obligado *all right* marca el asentimiento á todo lo que con él se ha hecho, y con un mohín de sorpresa se decide á pagar las seis ú ocho pesetas, precio de todas las maniobras. Y todo esto casi al aire libre, pues la fachada, formada generalmente por una limpia y transparente luna sin visillo ni cortina, permite al curioso viandante seguir el curso de la operación.

Pero mucho más típicas que el solar de Fígaro son las farmacias. El que por vez primera entre en una oficina de Galeno, saldrá en seguida creyendo que es víctima de una equivocación. Allí hay de todo menos medicinas. Nosotros nos figuramos la farmacia como el santuario de la salud con su luz tenue, opalina y sus obscuros estantes repletos de los clásicos tarros de jaropes y ungüentos. Aquí nada de eso; al exterior sólo el rótulo *Chemistry* y las translúcidas esferas con reverberos, pero en el interior hallaréis al mozo siempre de blanco, dispuesto á serviros un *strawberry sunday*

(fresa con crema) ó un *rattle snake* (serpiente de cascabel), especie de helado. Más allá, utensilios de cocina, postales, vinos, periódicos, revistas, cigarros, en fin, una miscelánea de las cosas más opuestas, y cuando todo asustado preguntáis por los medicamentos, os indican que allá en el fondo se halla el mancebo, que diligente os dará los globulillos ó los comprimidos deseados. . . . . .
. . . . . .

HACIENDO PATRIA

Flag of the free, all hail to thee!
Floating the fairest on Ocean or shore
Loud ring the cry! ne'er let it die;
«Union and Liberty, now evermore» (1).

Uno de los fenómenos sociales más importantes y de más difícil inteligencia es el que, con su población, ofrecen los Estados Unidos. Producto de la emigración, presenta en los individuos que la forman los tópicos más opuestos, y nada tendría de extraño que esas divergencias de carácter se advirtieran en el conjunto social. Pero por una fuerza inexplicable, el pueblo americano ha adquirido substantividad, independencia, una tonalidad característica que le hace aparecer en el concierto de los pueblos con un alma propia, moldeada

---

(1) Bandera de libertad, yo te saludo
La más hermosa que tremola en mar y tierra
Elevemos el canto que nunca ha de morir
«Unión y Libertad, ahora y siempre.»

tan escrupulosamente, que esfuma y borra cuantos rasgos atávicos ó de origen pudieran haberla dado los pueblos emigrantes. ¿Cómo han conseguido dar unidad á un mosaico tan polícromo? A un solo factor pueden reducirse todos los agentes que han contribuído más ó menos á la formación del espíritu nacional: la voluntad. Con ella han vencido los mayores contratiempos, y ella es el factor que en toda la historia de la Unión preside los acontecimientos, lo mismo de orden internacional en las relaciones con Inglaterra y Francia, que en el interior, sosteniendo el difícil equilibrio entre las pretensiones antagónicas de los Estados manufactureros y agricultores, ó domeñando el peligro de excisión que los esclavófilos del Sur presentan en la Guerra de Secesión. «El hombre es, ante todo y sobre todo, voluntad, y aquel que no vive de la propia, vive necesariamente de la ajena.» Este pensamiento de Sor María de Agreda sintetiza la política americana.

En un principio, para gobernar, no se necesitaban muchas voluntades, sino una potente, fuerte, vigorosa, avasalladora de todas las demás que habían de acatar y obedecer sus decisiones. De otra suerte, ¿cómo hubieran podido orientarse Washington, Adams, Jefferson, Madison, etc...? Esa política, en cierto modo dictatorial, era una necesidad, porque los puritanos y los aventureros establecidos en Delaware, Georgia y Nueva York no se veían con buenos ojos. Asegurada la independencia política, la táctica ha cambiado en absoluto, siguiendo la primera parte del pensamiento citado «ante todo y sobre todo voluntad individual», y á des-

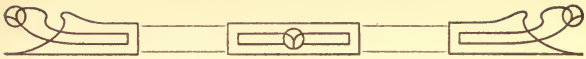
pertar ésta y unificar su esfuerzo se han consagrado la mayor parte de los hombres de Estado. Lincoln, Grant, el mismo Roosevelt tienen arengas y alocuciones que pueden servir de códigos de moral, presentando con su estilo nervudo, enérgico, cortado, las tendencias de una generación.

Pero la obra magna, grandiosa, de esa transformación, se realiza en otro laboratorio de resultados más eficaces. Tratar de desarraigar un prejuicio es operación que requiere un gran esfuerzo, y no siempre se consigue; por el contrario, inculcar uno nuevo á quien todavía está virgen de sentimentalismo es tarea más asequible, y á ella se consagran con verdadera devoción esas inmensas legiones que constituyen el cuerpo docente. Recoger al niño, rodearlo de una atmósfera cívica, algunas veces exagerada, pero por eso mismo más útil á los fines propuestos, es el pensamiento de la enseñanza americana, que conociendo la trascendencia de su labor, deja ese nombre por el más adecuado de *Education*. El niño entra en la escuela, y allí pasa gran parte del día. Washington, Lincoln, Grant, etc., son ejemplos constantes de abnegación y patriotismo; sus retratos están por todas partes, y sus hazañas, en todas las leyendas, poemas, historias ó máximas de moral saturan la sedienta imaginación infantil. Su vista tropieza á cada momento con la bandera estrellada que en el atrio, en las aulas, en los altos mástiles de plazas y paseos cabrillea sin cesar. Se le enseña que América (circunscribiendo este apelativo á los Estados Unidos), es la nación más fuerte del mundo, la que más millona-

rios tiene, la más hermosa. Los ríos más caudalosos, las fieras de tóxico más mortífero, los árboles más corpulentos, los yacimientos más ricos, en América están, y de América son la mujer más hermosa y el indio más bravo, el campeón de boxeo y el más excéntrico petimetre.

Ese tratamiento ha de dar el mejor resultado; el hijo de padres alemanes ó italianos ha perdido en ese medio todo estigma de espíritu de raza. Su origen sólo puede adivinarse por sus azules ojos y redonda cabeza, ó la tostada tez y crespos cabellos negros; pero él habla el inglés, aún más, el *americano*, con preferencia á todo otro idioma; y si sus padres se atreven á insinuarle la conveniencia de hablar la lengua de origen, «eso no es americano», contesta con el naciente orgullo de ser ciudadano de la gran República. Así es como se ha llevado á efecto una labor tan imposible como la de unificar al habitante de Maine y el de California, al natural de Washington y al de la Georgia ó la Florida. ¿Que hay diferencias de acento en el habla de Estado á Estado? ¿pero qué es esa minucia ante el espectáculo que la unidad nacional presenta? Unidad verdad que no se limita á contar y retener más ó menos estrellas bajo un régimen, sino á hacer palpitar en todos los individuos la sentida fibra de la Patria.

Boston, 1909.



AIRES DE FRONDA

The green trees whispered low and mild;
it was a sound of joy!
They were my playmates when a child,
and rocked me in their arms so wild!
Still they looked at me and smiled,
as if I were a boy (1).

LONGFELLOW.

... Nada más agrestemente salvaje que la campiña canadiense. Cuando arrellanados en los confortables cojines del *parlor car* dejáis las tersas y límpidas aguas del Cristal lake, y el convoy arremete con nuevos bríos las abruptas pendientes del monte Washington, el paisaje cambia casi de repente, ofreciéndoseos con un tal carácter de rudeza que vuestra alma queda suspensa de aquella grandiosidad sin atreverse á par-

---

(1) Los umbrosos árboles murmuraban dulce y suavemente
un cántico de alegría.
En mi niñez fueron mis compañeros de juego,
meciéndome en sus brazos selváticos.
Todavía me miran y sonríen
como cuando era niño.

padear por miedo á empañar la magnificencia del panorama. El tren, fatigado, lanzando fuertes resoplidos de cansancio al escarpar las laderas de la montaña, deja allá bajo las aguas de los lagos que nos parecieron mares desde la orilla, convertidos por la visual panorámica en lagos de *nacimiento,* pedazos de espejo de inmóviles reflejos que nos ocultan sus márgenes por la reproducción invertida de los bosques que estrechan sus aguas. Los árboles, en su mayoría arces y abedules, toman una coloración de tonalidad infinita, desde el amarillo de oro hasta el chillón escarlata; sus ramas entrelazadas forman estrecha maraña, á la que el blando céfiro arranca un adormecedor silbo, música de hadas que amedrenta y encanta al mismo tiempo. Las jaras y hojas secas cayendo durante años y años, tejieron espesa alfombra con apariencia de solidez, pero que al sentirse holladas por extranjero pie, dejan escapar lánguidos quejidos ó producen extraños movimientos de bestias y alimañas que se arrastran bajo ese *humus.*

Esa selva me atraía con un hierático fervor, y sólo en ella comprendía las sublimidades de un Tennyson ó los lirismos de un Longfellow. Con el murmurio poético del ambiente se olvida uno de sí mismo para repetir las palabras del héroe wagneriano: «*seguire l' impulso del mio cuore, obbedire al mio istinto, ascoltare la voce della natura in me; ecco la mia suprema unica legge*». Consideraba la inmensa fuerza de las religiones que, como la sintoísta ó budhista, tienen su fundamento en una ardiente comunión con la Naturaleza; sólo meciendo la imaginación al acompasado susurro de la

fronda se puede concebir la exaltación idealista y la posesión del *nirvana*. ¿Pero queréis creer que, de cuando en cuando, el ruido de unas ramas que se separan y las hojas del suelo removiéndose como si de lejos tirasen de gruesa maroma enterrada en el follaje, hacíame salir de mi arrobamiento y dar un brinco, alucinado con la idea fija del venenoso ofidio, creyendo oir el sordo *rac rac* de la serpiente de cascabel y sus dominadores ojos fijos en mi persona? Entonces cogía una gruesa rama y con la fuerza del terror golpeaba furiosamente la manigua y daba mandobles en todas direcciones y... más de una vez, un insignificante roedor ó un lagarto inofensivo de rugosa piel fueron las víctimas de mis arrebatos.

Lago Massawippi (Québec), 1909.

QUÉBEC

... Habíamos dejado la frontera americana en Newport y llevábamos dos largas horas de marcha por tierra canadiense. En lo externo no hay marcadas diferencias entre las provincias de Québec y las americanas de New-Hampshire y Vermont: regiones de lagos, inmensas praderas y bosques de intrincada maleza es lo que aparece á la vista. Pero hay algo más curioso de orden sociológico que no escapa á la observación más rudimentaria: el carácter especial de los habitantes de Nueva Francia. Son los descendientes legítimos de aquellos colonos venidos de las aldehuelas de Bretaña y Normandía, de Saintonge ó de Anjou, y que, diseminados por esta inmensa provincia, conservan como sagrado depósito el puro hogar de sus mayores, compuesto de tradiciones y de creencias. ¡Cuán grato es al corazón oir las sentidas baladas bretonas ó las canciones llenas de lirismo de la Normandía! Cantos saturados de misticismo, nacidos en un momento en que el inocente corazón de la doncella ó las arraigadas convicciones

del hombre necesitan ponerse en comunicación con Dios, y al calor de las creencias brotan esas endechas que llegan al alma, y que tienen la virtud de comunicaros el mismo temple del que las recita, aunque no comprendáis la lengua.

De todos los pueblos establecidos en América, ninguno conserva el ropaje de la tradición tan puro como el canadiense francés. Religión, virtudes cívicas, constancia en el trabajo y espíritu de familia han hecho y hacen al canadiense salvar todas las contrariedades que su condición de vencido le ofrece, y aun siendo verdad las palabras de lord Durham de «no haber visto otro pueblo en la tierra más desprovisto de historia y literatura», siempre han guardado estos hijos de Francia los más sanos elementos del provincialismo francés. Ellos constituyen la potente defensa contra la invasión creciente del espíritu anglo-sajón. Rodeados por el Sur y el Oeste de gentes tan realistas como los yanquis y los anglo-sajones de la provincia Ontario, no contando con el flujo y reflujo migratorio de esta raza, hubieron de defenderse con sus propias fuerzas y hacer de sus virtudes templadas armas para la lucha. Así se comprende cómo los sesenta mil pobladores de la provincia de Québec, cuando el Tratado de París confirmó la derrota de los franceses de 1763, háyanse convertido en un pueblo de 1.650.000 individuos que mantiene tenazmente bajo el yugo extranjero tradiciones, religión y lengua. Diseminadas las familias canadienses por la vasta provincia de Québec, conservan en esa especie de aislamiento todo un caudal de leyendas y tradiciones que fortifican

cada día más los lazos de simpatía entre sus habitantes y los de *là bas*, como antonomásticamente se llama á la tierra de origen.

Si de la clase campesina, en gran parte analfabeta ó inculta, pasamos á la intelectual ó educada, ese sentimiento de hostilidad existe si cabe más profundo, pero al mismo tiempo más refinado, más apto para la lucha en la convivencia con la raza enemiga. Al culto de la literatura hablada, transmitida por la tradición y cultivada por el pueblo del campo, corresponde una decidida tendencia en las clases elevadas á inspirarse en las fuentes literarias francesas. «El canadiense siente la imperiosa necesidad de fundir su espíritu en los crisoles franceses (1). Confesemos que, ciertamente, no es en la lectura de los raros modelos canadienses donde podemos hallar los medios de desbastar nuestro espíritu y ensanchar los horizontes de nuestra literatura. El alma francesa, siendo nuestra misma alma, puesto que ambas son hermanas, y estando depurada y perfeccionada por un largo cultivo literario, es la única que puede ejercer sobre esta tierra americana toda la influencia á que es acreedora».

Con el culto de la lengua va estrechamente anudado el espíritu religioso. Canadiense francés equivale á católico, así como «inglés» quiere decir para el vulgo «protestante» y enemigo acérrimo del catolicismo. Este hecho, en realidad no es cierto, puesto que ingleses hay, habitantes de la colonia, que son dignos modelos de bue-

(1) Abbé C. Roy: *Nos origines littéraires*. Québec, 1909.

nos católicos, pero es indudable la fuerza de este medio para separar los dos pueblos, fuerza consolidada por el elemento irlandés—en mayoría después del francés—y que no oculta sus odios contra sus inveterados rivales. La intransigencia religiosa en todo lo que afecta á las relaciones entre protestantes y católicos tiene una fortaleza inexpugnable: la lengua. Excepción hecha de aquellos que habitan en la frontera ó de los vecinos de Montreal y Québec, que por el frecuente trato se ven obligados á poseer los dos idiomas, el canadiense de la provincia de Québec se cuida muy poco de aprender la lengua *vencedora*. ¿Para qué, si no tiene necesidad de ella? En la escuela hablará francés, francesa es la iglesia, y en ferias y mercados no necesitará otro idioma para las transacciones. Naturalmente, esa intransigencia ha sido en cierto modo favorecida por Inglaterra al declarar oficiales las dos lenguas, pero de ese *statu quo* se aprovecha el elemento francés, tratando por todos los medios de evitar la difusión del inglés. A este propósito se cita una célebre frase de Mons. Lafléche, obispo de Trois Rivieres, quien resumiendo la política que en este asunto debía seguir el pueblo canadiense, decía á sus diocesanos: *Mes amis, sachez le français, mais pour ce qui est de l'anglais apprenez le «pas trop bien»*; y esto se sigue tan al pie de la letra, que hay muchas gentes entre la clase culta de Montreal y Québec—sobre todo de esta última población—que ni siquiera llegan al *pas trop bien*, puesto que lo ignoran ó apenas lo traducen. Estos tres baluartes, la lengua, la familia y la religión han dado un aspecto particularí-

simo al alma canadiense, que por necesidad la hacen enemiga de la sordidez yanqui ó del exclusivismo sajón confirmando los sentidos versos:

Land of sweeping eagle, your goal is not our goal (1).
For the ages have taught that the North and the South breed diffe-
[*rence of soul.*

Toda el alma canadiense está encerrada en la ciudad de Québec. Ese Gibraltar del Norte, encaramado en un peñón, con sus calles tortuosas y empinadas, es el guardián de la tradición. En la otra ribera del San Lorenzo, Levis, la ciudad hermana, rebosa de tráfico é industria y remontando el río, Montreal acapara toda la corriente mercantil de Ontario y las provincias del Oeste. Sólo ella parece ser obra de lo pasado, estrechada por murallas y resignada á soportar el pabellón aspeado que cabrillea en lo alto de las fortificaciones; pero cuando desde el cerro veo á lo lejos la llanura de Abraham donde en estrecho abrazo de triunfo duermen Wolfe y Montcalm; cuando contemplo las estatuas de Champlain, Frontenac y Laval, pregúntome si el Canadá colonia tendrá su despertar de libertad, cumpliéndose la tradicional leyenda esculpida en la fachada de la Casa Correos:

Je suis un chien qui ronge l'os
en le rongeant je prends mon repos
un jour viendra qui n'est pas venu
ou je mordrai qui m'aura mordu.

Québec.

---

(1) Tierra del águila caudal, tu ideal no es el nuestro.
Los siglos nos enseñan que el Norte y el Sur fueron engendrados
[con alma distinta.

ANTE EL NIÁGARA

¿Qué se diría de un turista que estando en Madrid dejase de visitar el Museo del Prado, ó recorriendo Andalucía no contase como estaciones obligadas Granada con su Alhambra, Córdoba con su Mezquita, ó la Perla de Triana con la sal de sus huríes? ¿Son ventajas que sólo gozan las maravillas del mundo? Están en todas las imaginaciones; suenan en todos los oídos, y moldeándose á merced de la fantasía, cada individuo les da un tono propio, como el sabor de su particular apreciación. Ellas llegan á nuestras manos sublimadas por el buril de un aguafuertista ó el matiz de un pincel, unas veces; destrozadas, otras, por el humorismo caricaturesco de estampas ú oleografías; pero siempre son el motivo de que el asunto quede grabado en nuestro recuerdo.

No muchos años ha, en la edad en que se garrapatea sin cesar cualquier papel que se pone á tiro, distribuyendo la tinta entre el cartapacio y nuestros dedos; cuando apenas poseemos un libro ya le hemos puesto el *exli-*

bris en forma de garabatos y borrones, recuerdo haber visto por vez primera las cataratas del Niágara. Tenía en mi bolsa de estudios una de esas pequeñas enciclopedias, llámense *Juanito* ó *Aurora,* que los autores lanzan al mercado para formar ciudadanos ó Picos de Mirándola. En aquel «hállalo todo» había unas páginas consagradas á las maravillas del mundo que la buena voluntad descubría en una lámina, en la que litográficamente iban en miscelánea San Pedro de Roma con la torre Eiffel, la Alhambra y las Pirámides, el Escorial y la torre de Pisa, y separadas por la modestia artística del autor, se hallaban las maravillas líquidas barajando el Nilo con el Orinoco; el Plata con el San Lorenzo. Un rinconcito especial daba un privilegio á las cataratas del Niágara, que al humo de imprenta parecían esos anuncios de tónicos del cabello, en que abundantes cabelleras flotan con millones de ondulantes fibrillas. Entre los lápices del dibujo hallé uno que me pareció propio para remediar aquél deslabazado contrasentido y pronto las caídas de agua destacábanse por el verde de heno que las iluminaba. Esas niñerías de antaño venían á mi memoria pensando que iba camino de realizar el tantas veces sueño dorado.

El trayecto desde Nueva York á las cataratas es una página de historia clásica. La fantasía de los fundadores de ciudades en el Estado de Nueva York se puso en juego desenterrando todo un vocabulario geográfico de los tiempos heroicos, barajando Ithaca y Albania, Roma y Siracusa, Poughkeepsie y Utica. El tren, siguiendo la mediana del triángulo que forma este Esta-

do de la Unión, termina en Búffalo, la segunda ciudad en importancia después de Nueva York, recibiendo las brisas del lago Erie, antaño abrevadero de miles y miles de los cornúpetos que la han dado nombre y que en inmensas manadas pululaban por entre la floresta. Búffalo debe su auge á la importante posición que ocupa no lejos de Niágara y en comunicación con los grandes lagos. Las cataratas, con sus potentes dínamos, la dan fuerza sobrada para el desenvolvimiento industrial; los trigos del Canadá y del Oeste llegan por las aguas del Michigán, del Superior ó del Hurón hasta los grandes depósitos del muelle de Búffalo, de donde se desparraman por todo el mundo. El Niágara, como maravilla, le proporciona además un gran número de turistas; en efecto, Búffalo sólo dista de las cataratas unas cuarenta millas, que se pueden recorrer utilizando todos los medios de locomoción: tranvías eléctricos, una especie de calesas tiradas por cuatro caballos ó el tren. Tomé como más cómodo este último, y ya en el trayecto, que se hace en una hora, aparecen las primeras bandadas de *voluntarios cicerones* y agentes de Compañías que os espetan *velis nolis* un largo discurso ponderando las ventajas que ofrece el plan que os propone. La persuasiva oratoria de uno de los guías llegó á convencerme, y por un dollar y medio adquirí el derecho de pasearme en trineo y visitar los parques de la orilla canadiense.

Apenas el tren se detuvo en la estación de Niágara, eché á correr presa de la fiebre de curiosidad por ver lo tantas veces idealizado. Un trineo cerrado tirado por dos jamelgos del país, cabezudos é insensibles al frío,

cuyas cuartillas dejadas sin recortar les dan un aspecto de animal prehistórico, recoge los turistas á la bajada del tren. Un cuarto de hora más tarde íbamos camino de la isla de las Cabras, á través de un paisaje completamente nevado, de una blancura que os obliga á entornar los ojos. La nieve, recubriendo cuanto hay á la vista, helada por una temperatura de más de quince grados bajo cero, da al panorama el aspecto de esos modelos de azúcar candi, en que los cristales forman fantásticas combinaciones. El frío intenso de la estación, ciertamente priva á las cataratas de bastante caudal; pero, en cambio, da á las aguas un aspecto de magia; gigantescos carámbanos penden de la orilla del precipicio, correspondiendo á las ciclópeas agujas, que en forma de estalagmitas, emergen del abismo, descomunales diamantes que al recibir en sus facetas las caricias de un anémico sol, multiplican su energía con reflejos de iris. Desde el extremo de *Goat Island*, en una especie de observatorio formado por el espolón de la isla, se ven perfectamente ambas zonas de las cataratas; la americana, menos caudalosa, pero más gallarda; la canadiense, curvada en herradura, que presenta como en un cazo esa incesante corriente de esmeralda fundida. Sólo desde esa atalaya se puede uno dar cuenta de la acción roedora de las aguas, que día tras día, muerden la roca hasta quitarle más de sesenta centímetros por año. Un pequeño puente de cemento armado pone en comunicación la isla de las Cabras con los arrecifes «Tres Hermanas», desde donde se ve la ancha sábana líquida coronada de crestas de espuma, que

como inmensa ola se os echa encima, dividiéndose en *Goat Island.* Este es el punto desde el cual algunas docenas de individuos, sugestionados por un romanticismo de folletín más que cansados de esta vida, se arrojan á la corriente para perderse en el infinito abismo de las aguas, dando pábulo á la leyenda india que, al llamar al Niágara *Trueno de las aguas,* suponía que en las cataratas se albergaba el genio del mal al que había de pagarse un tributo anuo de dos víctimas, arrebatándolas por fuerza si voluntariamente no se ofrecían al sacrificio.

El guía, un vejete mofletudo y de morrillo de alcohólico—*un collet rouge*, como les llaman los canadienses—se halla en el punto álgido de su charlatanería; imposible interrumpirle hasta que termine la cantinela que, mascullada y salpicada de forzados chistes, recita desde hace quince años. Comprendiendo la mentalidad de ciertos turistas, y poseído de su papel de mentor, hace formar en semicírculo á una media docena de parejas amorosas que han ido á pasar la *honeymoon,* arrullándose con tiernas palabras, mientras el parlanchín suelta su *speech.* Yo aprovecho los pocos instantes que la locuacidad de nuestro acompañante permite, y voy á contemplar las cataratas desde una plazoleta frente á Table Roch, donde una balaustrada de hierro, cubierta por completo de nieve helada, permite colocarse casi encima del punto en que las aguas, perdiendo el lecho, caen en el vacío con horrísono fragor, formando eco en los antros de la tierra con espantosos ayes de seres en suplicio. Fija la vista en el telón líqui-

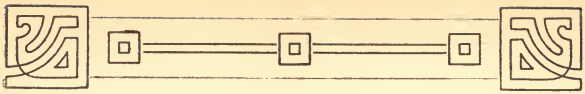
do que se sucede con secular monotonía, aturdido por el monstruoso zumbido de las aguas, vuestro ánimo se apoca y empequeñece, creyéndoos por entero aislados del mundo. Allí Dickens, sin duda, ante la majestad del espectáculo, olvidó su sardónica pluma, que destila de ordinario ironía en sus *American Notes*, comprendiendo que sólo en ese lugar «cuando me sentí tan cerca del Creador, experimenté un primer efecto de calma y paz. Paz del alma, serenidad, calma absoluta sólo hallada entre los muertos; ideas tentadoras de descanso y dicha eternas; ningún espanto; ninguna tristeza. Súbitamente el Niágara imprimió en mi espíritu como una huella de lo bello; huella imborrable, imperecedera hasta mi última pulsación».

El guía, asustado por la persistencia con que miro las cataratas y por la imposibilidad de oir sus gritos de llamada, ahogados en el tumulto de las aguas, se acerca á mí para anunciarme el descenso á las galerías de la parte canadiense. Para ello nos obligan á meternos en unas fundas de hule, sin duda, porque con ellas hay que pagar cincuenta céntimos más, y puestos en el ascensor, descendemos unos quince metros hasta las galerías que abren grandes boquetes detrás de la cascada. Vueltos á la luz del día, tomamos el tranvía que nos conduce por el Parque Victoria hasta el puente colgante y el vórtice gigante, especie de estrecha garganta en la que las aguas, por la presión del caudal superior, se comban y arremolinan, tomando el aspecto de las más peligrosas borrascas del Océano, para calmarse y descender tranquilos un poco más abajo, cerca de

Lewiston. En ese torbellino perdieron la vida algunos desdichados que, impulsados por el hambre, hicieron fuertes apuestas para salvar el obstáculo á nado. El agua los estrujó, los magulló, quitándoles todo dominio, tragándolos con su ímpetu infernal para nunca devolver sus cuerpos.

Encajonados de nuevo en el tranvía, volvemos por la ribera americana á la ciudad de Niágara; todavía llegan á la estación los roncos sonidos de las aguas, como cantos de adiós y de despecho, por no haber podido cumplir en nuestras personas la leyenda india.

Niágara, Enero 1910.



¿UN VIVERO FEMINISTA?

... Cuando anuncié á mis amigos del Club que había aceptado la invitación para visitar el Colegio de Wellesley, todos se compadecieron de mí. ¿Qué va á ser de usted entre tanta chica?, me decían, y la verdad, yo no creía en los peligros que tanto me aumentaban, no sólo porque veía en esas palabras cierto tinte de guasa, sino también porque decidido á emprender el viaje, había de procurar imaginarlo de antemano lo más halagüeño posible. Así, pues, no haciendo como Ulises que se tapaba con cera los oídos para huir del seductor acento de las nereidas, me volví todo vista y oídos y procuré saturarme de mi misión de observador, y al efecto, después de preparar mi «ropita de día de fiesta», tomé el tren para Wellesley, donde se halla uno de los más importantes colegios para la educación superior de las jóvenes...

... ¿Cómo me figuraba yo organizada esa Universidad femenina? De vez en cuando habíame yo preguntado qué serían esas instituciones de donde sale un espíritu

tan desenvuelto como el de la joven americana que tiene parte de educación y de instrucción, que la da carácter y ciencia, y ambas un *self control* imposible de imaginar, para quien no haya vivido en esa atmósfera. Y al responderme, desechaba la familia, porque esa institución tan tradicional en los pueblos europeos, sobre todo los latinos, donde es verdadero crisol, en que se forma la conciencia de los hijos, aquí, en términos generales, puede decirse que no existe; no existe, porque el jefe de familia, abstraído todo el día en los negocios y la madre ocupada por su parte en mil obras más ó menos filantrópicas, descuidan á los hijos y si no los descuidan los entregan á la tutela y dirección de las instituciones pedagógicas que desde niños los ampara en los *kindergarden*, los hace pasar luego por las *elementary* y *high schools*, y les completa su educación en los *colleges* ó universidades. Pensé, pues, en el Colegio. ¿Pero cómo me había de figurar un Colegio de señoritas? El único criterio de juicio que tenía era el de la experiencia, y ateniéndome á él, reconstruía con el recuerdo un Colegio que visité cuando todavía era imberbe...

Una obscura cancela cerraba el ancho vestíbulo, y á uno de los lados, un cordón con borlas verdes ponía en movimiento la campana anunciadora del visitante. Dado el toque de alerta, una pequeña mirilla jugaba el resorte y dejaba ver por los claros de sus radios la blanca toca de la religiosa que me analizó de una sola ojeada. Cara inocente debería yo tener, porque merecí que las llaves se pusieran en juego y verme en presencia de la

hermana portera. Con todo, tocóme sufrir un segundo interrogatorio, éste oral, y recibir algunas amonestaciones sobre el atrevimiento que mi visita suponía. *Las señoritas no pueden recibir caballeros*... Esto último me enorgulleció algo por el carácter que me daba el juicio de tal guardián, y por fin fuí admitido á un saloncito especial, separado del gran locutorio, sin duda para que mi vista no alarmase á las tímidas educandas... Allí se estudiaba la Historia Sagrada en francés, me decían; *se daban* varios libros de Historia, Geografía, Doctrina Cristiana; se preparaban primorosas labores de trama sutil, se dibujaba y pintaba, y en música, después de *pasar* los métodos de Segura y Eslava, se aprendían unos cuantos valses de moda y... eso era la educación. El excelente resultado comprobábanlo las *riquísimas* exposiciones de fin de curso y las justas y torneos literarios que hacían salir los *cabellos verdes* á las contrincantes, repitiendo ante las autoridades y familias invitadas las mismas preguntas cien veces ensayadas. A los diez y siete ó diez y ocho años, la joven salía del colegio; al principio copiaba algún cromo, tocaba el vals ó la polka aprendida, y hasta preparaba alguna cepillera ó cubrebandeja para sorprender á sus padres en su fiesta onomástica. Los libros... ya los había dejado. De aquel francés aprendido *chez les sœurs,* ni jota; afición á la lectura, cero, y así, poco á poco, perdía lo que tanto esfuerzo representaba. Y todo era por ser una instrucción ficticia.

Con ese patrón forjaba yo toda clase de conjeturas y concluía que Wellesley sería algo similar, aunque

más americano, es decir, más rico, más amplio, más grandioso, y he ahí que el tren se detiene, que la suave conmoción de la inercia me hace reparar en que llegué al término de mi viaje y que al fin voy á salir de dudas y saber lo que es un colegio americano...

...Hace unos treinta años un filántropo de Boston decidió fundar una institución donde las jóvenes pudieran completar su cultura, y á ese fin dedicó gran parte de su fortuna adquiriendo para el emplazamiento de la misma un vasto terreno de más de mil hanegadas bordeado por un lago. Y allí, en las orillas de ese lago de azules aguas, se levantó el pabellón central, núcleo del *alma mater* de Wellesley. En América esos impulsos filantrópicos tienen un espíritu de imitación digno de tener émulos allende los mares, y á esa suma inicial se añadieron otras, y al primitivo pabellón hicieron *pendant* ocho ó diez más que en junto forman Wellesley College. Hoy Wellesley es una institución poderosísima con varios millones de dollars de capital administrados por un Consejo de Patronos y manejados por manos femeninas. Las alumnas, que hace diez años no llegaban á quinientas, pasan en la actualidad de mil doscientas, y en el Colegio pueden adquirir los grados de Bachiller en Artes y Master of Arts—equivalente á nuestra licenciatura.—A cualquiera clase de estudios que tengan afición—excepto los médicos—pueden dedicarse; la Química, la Astronomía, las Ciencias exactas, la Historia, etc., tienen especiales cultivadores en las personas encargadas de su instrucción, pero, sobre todo, los estudios filológicos gozan de una marcada preferencia.

Aparte del inglés, que se estudia en toda clase de manifestaciones literarias y del griego y el latín como cultura clásica, el francés, el alemán, el italiano y el español se cursan durante dos años por lo menos, y del aprovechamiento he podido juzgar hablando en alguna de esas lenguas con las alumnas. Sorprendime, sin embargo, de que las del español no sólo entendieran y hablaran la lengua, sino que conocieran nuestra historia, hasta el punto de poder redactar un sucinto y correcto resumen de la dominación árabe en España, trabajo que leí con sumo deleite. La clave de este enigma me la dió el cuadro de profesoras, entre las cuales, y encargada del departamento de español, se halla una española de pura cepa, señorita C. Marcial Dorado, graduada en el Instituto del Cardenal Cisneros, y que desde hace tres años viene esparciendo la semilla del amor á nuestra lengua, como lo hacen una porción de profesores en las Universidades, pero con mucho más calor, con el fuego que la da su sangre hispánica, que no admite tibiezas en el sentimiento.

El *curriculum* ó cuadro de materias puede cursarse en cuatro años, dividiéndose las alumnas en los grupos de «freshman», «sophomores», «juniors» y «seniors» (esta división igual que en las Universidades para muchachos), y aprobados esos cuatro años se obtiene el diploma de *Bachelor of Arts*, que da aptitud para entrar como profesora en una escuela elemental ó superior, y gran número de las alumnas toman ese camino, pues aquí, como en todas partes, los ricos son los menos.

El tan cacareado régimen del internado en Congresos para la mejora de la enseñanza se ejerce aquí en cierto modo. No es la clausura casi absoluta de los conventos de religiosas, ni la convivencia constante de los *lycées* franceses; aquí se puede llamar «internado», porque las alumnas viven en el perímetro del colegio, pero cada cual independiente, pudiendo hacer lo que le plazca con las solas restricciones de la prudencia y el buen parecer. Y aun así, cuando alguna alumna tiene ciertas genialidades ó extravagancias que la ponen en evidencia, las encargadas de juzgarla no son las profesoras, sino una especie de tribunal de honor constituído por las mismas educandas y presidido por la estudiante que dirige el *Board of students,* elegida por sufragio. Tal es el prurito que se tiene en que la alumna se rija á sí misma y no vea en las maestras más que la superior técnica. Sólo en un momento de la vida diaria se echa de ver ese internado: las horas de las comidas son fijas, y no podía ser menos. De otra suerte, ¿cómo se conciliarían 1.200 voluntades? Para velar por el orden administrativo, en cada pabellón hay una superintendente, encargada sólo y exclusivamente del régimen interior. La alumna queda libre de hacer cuanto quiera; alhajará más ó menos suntuosamente su habitación, gastará lo que se le antoje, y cuando lo tenga á bien cogerá su maletilla y marchará á dar una vuelta á Boston. Ahora bien; á la seis de la tarde el buen parecer exige que se halle en el colegio; pero sólo, como digo, el buen parecer, pues esa autoridad se limita al pabellón ó dormitorio, ya que dado el excesivo número de alumnas las hay que

viven en el pueblo sin ninguna vigilancia; y precisamente son las «freshman» á las que ocurre eso.

Esa compleja organización científico-administrativa se lleva fácilmente por muy pocas personas; la presidente, autoridad suprema que firma todas las decisiones del Consejo del Colegio, nombra profesoras, decide inversión de cantidades, etc.; la Registrar ó vicepresidente tiene intervención especial en la parte administrativa, y la Dean ó decano que lleva á su cargo el «curriculum» ó parte pedagógica.

El personal docente está compuesto por más de cien individuos, clasificados en tres categorías: Instructors, Assistants professors y Professors. Estos últimos son los jefes de departamento, y tienen uno ó varios agregados entre los *assistants* ó *instructors*. De esa manera la enseñanza puede tener cierto carácter de unidad, y al mismo tiempo la acción pedagógica se hace eficaz, porque el número de alumnos se divide entre los diferentes profesores del mismo ramo. Las lenguas vivas son, por su índole especial, las que más necesitan de esa división, y por eso las secciones de alemán ó francés cuentan con siete ú ocho profesores cada una, alemanas ó francesas, con objeto de que el resultado sea más eficaz.

Esta es, á grandes rasgos, la organización de un Colegio americano que Wellesley con Smith, Vassar y Bryn Mawr, representan en su acepción más compleja. ¿Qué consideraciones hemos de hacer ante esa institución? ¿Puede achacársele la censura de ser un vivero feminista? Es tan difícil sacar una conclusión categó-

rica de una sola visita, que aventurado sería sentar un juicio definitivo sobre las ventajas de la educación que en esos Colegios se da, desde los puntos de vista intelectual y moral, instructivo y educativo. Los mismos americanos se muestran divididos, y hay quien prefiere los pequeños Colegios (con la misma organización, aunque mucho más reducida) á esas grandes Universidades, no por lo que á la instrucción se refiere, que sin duda es excelente, sino por lo que atañe á la acción, carácter y resultados que la vida de esa gran familia puede dar al espíritu de las alumnas.

Conocido es de todo el mundo el potente espíritu de asociación ó cuerpo que los americanos llevan en su alma. Es algo como una levadura que tienen prurito en adquirir, para que á falta de tradiciones, al fermentar, cree un núcleo nacional, que poco á poco les vaya separando de los estigmas que los diversos pueblos de origen hubieran podido infiltrarles. Y esas asociaciones, que nacen con un fin artístico, altruista, mercantil ó deportivo, y que viven lozanas y pujantes, sea cual fuere su objeto, han de ser poderosísimas cuando el espíritu de sociabilidad se ha cultivado y espiritualizado con la instrucción. La alumna, en esa gran comunidad, desarrolla sus afecciones, que no tuvieron campo adecuado en la familia ú ocasión de expansionarse, y á medida que pasa de «fresham» á «sophomore» y de «junior» á «senior», ese afecto crece más hasta el punto, y ésta es la parte vulnerable de ese sistema, de hacerlas olvidar la realidad de la vida con sus amargas desilusiones. Se me contaba á este propósito un caso que confirma

mi opinión: Una alumna «senior» había sido requerida de amores por un joven que podríamos llamar en España «un buen partido». Pero ella estaba saturada de esa atmósfera de felicidad que yo he visto con mis propios ojos respirar en el Colegio. ¿Cómo dejar esa vida tan dichosa para dedicarse á la familia?, é irreflexivamente con un *no* mató las ilusiones del pobre galán. Este, como americano, vió en el *no* una rotunda negativa, y consideró inútil insistir: cambió, pues, de rumbo. Pero el curso de «senior» pasó, y con la toma del grado aquella vida tan alegre y halagüeña cesó también. Ya no se vivía más que de recuerdos; las plácidas tardes pasadas en el lago, las meriendas tomadas en la pequeña comunidad del Club Agora, A. K. X., etc., las representaciones preparadas por la Sociedad de literatura, ó las escenas plásticas del grupo artístico, eran aguijones de continua nostalgia..., y entonces abrió los ojos á la vida y vióla un poco más real de como la había visto en aquel cuarto confortable conversando con sus compañeras, y se acordó de aquel *no* que tan secamente había pronunciado. ¡De qué buena gana se hubiera retractado! Pero ya era tarde; su antigua «proporción», desdeñada, había encontrado voluntad más propicia y hecho imposible con el matrimonio toda ilusión. No había más remedio que vivir esa vida pretérita y repetir en los ratos de tedio:

> Wellesley, Wellesley siempre querido,
> tú serás nuestro lazo de unión...

Mas, en mi sentir, este defecto no es hijo del sistema. Podrá darse en aquellos caracteres demasiado imaginativos y de una particular psiquiatría, pero no puede achacarse al método pedagógico de la institución que tiende á formar la individualidad de la mujer, no sólo para que pueda bastarse á sí misma, sino para que sea útil á los demás. *Non ministrari sed ministrare...* dice el lema del colegio, y con cuánta razón se ha de aplicar esta sentencia clásica á la educación femenina. Persuadir á la joven de su papel en la vida, darla la cantidad de conocimientos suficientes para que, si es rica y no necesita ganarse el pan, tenga conciencia de sí misma y sepa el valor de la estimación ajena; y si no goza de grandes bienes, poder abrirse paso en el accidentado camino de la vida; adquirir un caudal de conocimientos para dejar de ser «un busto bonito pero sin seso», y cuando constituya familia sea la verdadera compañera del hombre que haya elegido, cuyo espíritu comprenderá más fácilmente, y si por desgracia los contratiempos, que tanto abundan en la vida, le desilusionan y merman energías, ella con su sentimentalismo más puro y refinado le aliente y anime.

Esa ha de ser la verdadera mujer de lo porvenir. No la vocinglera sufragita que ansía una igualdad imposible de alcanzar, ni la marimacho que desdeña al hombre porque puede bastarse á sí misma. Por mucha ilustración que adquiera, aunque llegue al *omni re scibili* siempre habrá un vacío en su ser que no podrá llenar más que con las cualidades que el hombre le aporte. Esas diferencias son hijas de la naturaleza, y así como

anatómicamente son distintos ambos sexos, lo han de ser también en el orden de la vida, y querer aplicar el mismo rasero no deja de ser una quimérica idea habida en un momento de histerismo.

New-Haven, 1910.

CÓMO SE VIAJA

En un país de vida intensa y de tan enormes proporciones como América, es de toda necesidad una buena red de ferrocarriles. América la posee, y de ello está orgullosa, echando en cara á la primera ocasión las deficiencias de las comunicaciones en los otros países. Lo cierto es que sólo los Estados de la Unión están cruzados por más de cuatrocientos mil kilómetros de vía férrea, cuando toda Europa apenas llega á los doscientos cincuenta mil. La explicación de este hecho está en que siendo los Estados Unidos de una inmensa área y no contando con un buen sistema de carreteras, el ferrocarril estableció muy cómodamente las relaciones entre los puntos más distanciados de la Unión. Son ventajas de un pueblo joven y rico que halló, al comenzar su apogeo, todos los adelantos del progreso al servicio del hombre y sintió la necesidad de utilizarlos. De esa necesidad se aprovecharon al principio los hombres de negocios, que vieron en la construcción de caminos de hierro una ópima empresa; diéronse á ella con tanto vi-

gor, que llegaron á crear en la gama de la industria el tipo especial del *railroadman,* que no quería oir hablar de otro asunto que de material fijo y móvil, de acciones y dividendos. Pero uno de los factores del negocio, y factor esencialísimo era el público, y á éste había que educarle—*entrenarle,* como dirían los deportistas en bárbaro galicismo—para que con la afición á los viajes, las cajas de las Compañías se resarcieran de los enormes desembolsos, y como la educación fué objeto del tiempo, sucedió á los que implantaron el negocio del ferrocaril lo que á muchos inventores: se arruinaron para malvender su obra y enriquecer á los que vinieron después, hombres que realizan sus fortunas desde el pequeño despacho de Wall Street, esgrimiendo sin piedad la traidora arma del agio, á expensas de los pobres accionistas, muchos de los cuales, alucinados por la seductora perspectiva de los programas, invirtieron sus ahorros en coadyuvar á la empresa. La formación de monopolios, federaciones y la competencia rastrera llegó á tal extremo, que el gobierno federal intervino para poner coto á los abusos, señalando una tarifa oficial única y nombrando inspectores especiales encargados de examinar la gestión de muchas Compañías que no titubean en poner al servicio privado las inmensas ventajas que se concedían á las empresas por su interés público. Tan grandes irregularidades debió sospechar uno de los miembros del Tribunal Supremo de Inspección, que con la ruda franqueza que caracteriza á este pueblo, no tuvo inconveniente en afirmar «que una de las mejores medidas del gobierno en esta cuestión sería la de en-

viar á presidio alguno de los personajes de la industria ferroviaria; son hombres que, teniendo en sus manos fabulosas fortunas, creen que nadie se atreverá á castigarles y llamarlos al orden. Cuando es tan fácil el remedio, pues bastaría encerrar un par de potentados para obtener el más eficaz é inmediato resultado».

La solución propuesta por M. Clements no encuentra en la práctica tan fácil realización. Las fuertes Compañías ferroviarias, como los *trusts,* son inexpugnables, y si bien, de cuando en cuando, ocurren casos como la sentencia del juez de Chicago condenando al Standard Oil Company por defraudación al pago de una multa de varios millones, los soberanos del dinero tienen el poder suficiente para hallar un tribunal superior que case la sentencia, aunque luego la *maledicencia* se cebe en determinados jueces al querer explicar el auge de sus fortunas en *sabrosas* conversaciones.

En la actualidad las Compañías, no pudiendo hacer la competencia en los precios, se ingenian para ofrecer más y más ventajas al público *haciendo el artículo* de sus líneas por todos los medios. No sólo los diarios y *magazines* llenan sus páginas de anuncios de ferrocarriles, sino también por medio de circulares y grandes carteles llaman la atención del público. Las hay que proponen un trayecto rapidísimo, deteniéndose solamente en dos ó tres puntos en todo el recorrido; otras ofrecen lujosos departamentos de regio acomodo y un buffet admirablemente servido; otras, en fin, ponderan la belleza del terreno que atraviesan, haciéndolo sin rival y propalando infinidad de folletos ilustrados para

cautivar la imaginación de los lectores. Esta preparación ha hecho del americano un viajero empedernido. Por la cosa más insignificante: un partido de *foot-ball*, fiestas del fin de curso en las Universidades ó un baile de estudiantes, etc., se toma el tren y, sin ningún reparo, se viaja tres ó cuatro días, de Nueva Orleans á Boston, de Nueva York á Denver ó Seattle, de San Francisco á Chicago, sin dar importancia á la cosa que entre nosotros es objeto de muchas cavilaciones y sendos planes.

El billete se puede tomar con varios días de anticipación en las múltiples agencias que las Compañías tienen establecidas en todas las capitales; aquí el europeo comienza á notar la diferencia entre los ferrocarriles de acá y de allá del Océano. El billete no es nuestro cartoncito cuadrangular con los nombres de las estaciones de salida y de llegada, el precio, la clase y el número de orden; esos billetes sólo se utilizan en los cortos trayectos. El billete americano es una larga tira de papel, cuya longitud está en razón directa de la distancia y que á veces llega á tener más de un metro, en la cual constan por secciones los nombres de las principales estaciones, entre cuyos trayectos suele hacerse la revisión, separando el empleado la parte correspondiente al espacio recorrido, de modo que, cuando se llega al punto de destino, toda aquella larga faja desapareció por sucesivas amputaciones.

«Viajar á la americana» es una frase proverbial entre nosotros para indicar la facilidad con que se va de una parte á otra sin impedimenta de equipajes. En efecto,

nunca se ve al americano sepultado bajo un promontorio de *plaids*, maletas, sombrereras y cestas de comestibles. ¿Para qué tanta molestia? Además de que los vagones sólo tienen una pequeña rejilla porta-bultos, basta para su uso personal el bolso de aseo, aunque también hallará en los coches «Pullman» todos los útiles de tocador. Los demás bultos los transporta la Compañía en los furgones de equipajes hasta un peso de cien libras por viajero; pero de ordinario no ponen ninguna objeción á que se lleve casi el doble de lo permitido.

El tipo del vagón americano es conocido de todo el mundo. De un solo departamento, de veinte ó veinticinco metros de longitud, con asientos de respaldo movible á los dos lados, dejando un corredor central, carece de la nota de intimidad del sistema de departamentos á la europea. Montado este inmenso coche sobre dos juegos de á cuatro ruedas, tiene un movimiento excelente, permitiendo los ejes giratorios de los extremos tomar toda clase de curvas sin gran trepidación. La democracia americana no permite la existencia de clases en los vagones; la sola diferencia es la de «fumadores», que tienen un coche especial en todos los trenes. Pero esos son los tópicos ridículos de la pretendida igualdad, y aunque en teoría tanto vale y los mismos derechos tiene el hombre cortés que el patán más falto de modales, es indudable que ciertas maneras del pueblo bajo son groserías para el hombre acostumbrado á otro ambiente. Así, acontece con frecuencia tener por vecino á un compadre cuya ley es «cúmplase mi voluntad», y muy arrellanado en el diván, pasa las horas muertas

como un rumiante, masticando sin cesar la repugnante *chewing gum* ó tabaco de hebra, lanzando de vez en cuando por entre los colmillos un surtidor de sucia saliva que, describiendo una parábola por encima de vuestros pantalones, va á parar á un rincón. Para algo ha de servir la indicación puesta en las paredes del vagón *spitting is forbidden by the Board of health.*

En verano estos coches corridos parecen más bien azoteas de playa; todos los viajeros, con una *sans façon* que nos sorprende á los europeos, quedan en mangas de camisa sin reparar en las consideraciones debidas al sexo débil. *¿Cui bono?* Hasta en la revisión se observa ese espíritu *prudhommesque* y de *bonhomie* que distingue á los americanos. Si el trayecto no es largo, entregáis vuestro billete al revisor, quien se entretiene en hacer cuatro ó cinco agujeros con el sacabocados, quedándose el billete y devolviéndoos en cambio un cartoncito, sin nada escrito, que con paternal solicitud os coloca en la cinta del sombrero.

Naturalmente, estando en tierra de *business* se han de aprovechar las buenas condiciones que para ello ofrecen los coches corridos. Apenas el tren en marcha, un empleado recorre todos los coches cargado con los periódicos más importantes, que anuncia en alta voz. Terminada la primera vuelta emprende una segunda, llevando entre sus brazos una pila enorme de revistas y *magazines,* y luego una tercera con las novelas más á la moda y una cuarta con postales y vistas, y... una última con una serie de bombones y golosinas, *chewing gum*, turrón de rosas de maíz, etc., á los que son muy

aficionados los americanos. ¿Quién se resiste á tanta oferta? Pocos ó muchos consumen de esos artículos, y el total anuo de ingresos por esas frioleras asciende á millones.

Otras veces es la caridad la que llama á vuestros bolsillos cuando tranquilamente sentados veis acercarse un sujeto que entrega la tarjeta petitoria; viajando del lago Champlain á Burlington fuí sorprendido por un memorial que decía así:

«G. G. Murray M. D.
Especialista en ojos, nariz, oídos y garganta.

Rutland Vt. 26 Agosto 1909.

CERTIFICO: Que examinado Mr. G. Wilson le hallé casi ciego, efecto de cataratas capsulares que afectan los dos ojos.»

Y al dorso la petición:

«Enfermo de la vista é incapacitado para trabajar, me veo obligado á pedir una limosna para reunir los fondos necesarios para mi educación en un colegio de ciegos.

»A vuestra conciencia apelo; dadme lo que os dicte la caridad, con la seguridad del buen uso de vuestro óbolo.»

Por necesidad esta miscelánea de tipos y modales, si llega á interesar un corto trayecto, se hace insoportable cuando el viaje es largo, y á la falta de otra clase, responde la existencia del «Pullman». Ningún america-

no que se estime en algo, deja de tomar este coche especial si ha de pasar más de tres horas en el tren. Los «Pullman» son vagones que pertenecen á una empresa particular—como nuestros coches de la *Compagnie Internationale*—que ante la necesidad de clases en los departamentos, puso en circulación una serie de coches que pueden satisfacer los gustos más refinados. Desde el simple asiento de «Pullmam», que da derecho á una colchoneta por la noche, el *drawing-room* ó departamento particular, hasta el *parlor-car*, el *observation-car* y el *private-car*, dotado de salas de baño, billar, etcétera, el viajero halla las comodidades que la clase única no puede ofrecer. Al exterior, los vagones «Pullman» no llevan cifra ninguna que denote la clase; cada coche tiene un nombre particular que, por un capricho de las Compañías, se eligen entre los nombres históricos ó mitológicos: así, al lado del «Catalonian», veo «París», «Ionian», «Vandalia», «Saphir», etc.

Este vagón, que durante el día no se distingue del ordinario sino por el lujo y confort, por la noche se convierte en dormitorio, formando un largo corredor central con colchonetas á ambos lados paralelas al eje longitudinal del coche, separadas unas de otras por una tenue cortina verde. Tal comunidad ofrece escenas de un picante muy sabroso, porque no habiendo en las camas espacio suficiente para desnudarse, todo el mundo se ha de ingeniar para desembarazarse de las vestimentas sin grave atentado á la moral; menos mal que los hombres, á fuerza de contorsiones y girabeques, logren su propósito, pero los «trapitos» femeninos

exigen más cuidado y holgura: las señoras van y vienen de la sala de *toilette* cargadas con las crujientes sedas y envueltas en magníficas hopalandas ó batas, arrastrando las diminutas chinelas hasta su cama, y si por desgracia le cupo en suerte una colchoneta superior, no deja de prestarse á comentarios las evoluciones que hace hasta encaramarse por la escalerilla que el negro le presenta, y, encargado de velar por el pudor, recoge castamente sobre el tobillo de la viajera las haldas de la bata. Pero ese espectáculo recrea únicamente los ojos extranjeros; los americanos están demasiado acostumbrados á tales escenas para encontrarles el lado grotesco. Además, en las relaciones entre hombres y mujeres hay en América una mezcla de respeto y confianza incomprensible para el observador de allende el Océano. Nada de particular tiene nuestra actitud, dicen ellas... ¿What of that?

New-Haven, Enero 1910.

UNA COLONIA ESPAÑOLA EN NORTE-AMÉRICA

Para la mayor parte de los españoles, América continúa siendo la tierra de promisión, el único paraje donde el hombre, dotado de firme voluntad y amor al trabajo, favorecido un poco por la suerte, puede reunir un regular peculio que le permita vivir tranquilo en su vejez ó salir de su clase. Pero la palabra «América», en España, equivale á la parte ocupada por todas las repúblicas de sangre española. ¡Cuántas leyendas y cuentos de hadas se han formado alrededor de esa palabra! La imaginación popular ve en estas lejanas tierras, con espejismo de ambición insaciable, parajes feracísimos en los que el hombre, con poco trabajo, obtiene pingües beneficios; filones inagotables de ricos metales brindando á los recién llegados todo un porvenir de bienestar, que tan difícil se presenta en los pueblos viejos de centenares de años. Su único modelo es el «indiano» vuelto al hogar, paseándose entre sus antiguos camaradas con su recia cadena de oro y los dedos cargados de anillos, como haciendo gala de su riqueza.

En las tertulias de familia; los mozos del pueblo en la taberna; los primates del villorrio, todos, en fin, hablan de las rápidas fortunas acumuladas por quienes no muchos años antes mendigaban el pan de cada día y pasaban las noches bajo los pórticos. Un día se despertaron con mejor suerte que de ordinario, y decidieron marchar á América, sin que su ausencia fuera notada ni volviera á hablarse de ellos más. ¡Quién se ocupa en un golfo del arroyo! Pero pasado algún tiempo, se presenta de improviso en el pueblo, vistiendo bien, hablando con cierto tono de autoridad que da el haber atravesado el mar, y contando siempre con un duro en el bolsillo para convidar á sus paisanos. Entonces la fantasía comienza á laborar una larga odisea de golpes afortunados: quiénes suponen el hallazgo de un tesoro; quiénes caudalosa herencia de amigo muerto en el trabajo; no faltando la maliciosa maledicencia que salpica su marcha hacia la riqueza con golpes de suma audacia y mala fe notorias. Los pobres le envidian por haber salido de su clase; los ricachos sienten celos porque llegó hasta ellos. Esta es la leyenda del indiano. Sin embargo, cuando se mira el reverso de esa pintura, ¡cuántos sufrimientos y privaciones han debido de pasar hasta llegar á adquirir su pequeña fortuna!; ¡y cuántos murieron en la brecha luchando por la vida! Pero eso no cuenta nada en la imaginación del pueblo. Decidles cómo el desgraciado emigrante llega al punto de sus ensueños sin ninguna protección; por toda riqueza cuatro trapos viejos en liviana maleta de cartón; luego, cual fino sabueso, atisba la ocupación que él

cree mejor y se engancha en el trabajo ó se entrega de pies y manos á un agente de colocación que le explotará villanamente; cómo cambia cien oficios hasta que halla uno confortable y las mil economías y sufrimientos que debe imponerse lejos de la patria. El pueblo no os hace caso. Ve á aquel que era pobre y ahora es rico. ¿En dónde consiguió ese cambio? ¿en América? América, pues, es el vellocino de oro.

De ese modo, la fiebre de emigrar fué amparándose de ciertas comarcas, y el éxodo llegó á ser alarmante en algunas provincias como Galicia, Santander, Vizcaya, Navarra, Soria, etc. (1), hasta el punto de hacer pensar al gobierno en la aplicación de medios restrictivos ó por lo menos reguladores de ese movimiento de población. El gabinete Maura, al efecto, creó el Consejo Superior de Emigración, compuesto de reconocidos sociólogos encargados de estudiar las necesidades de las comarcas, y publicó un reglamento coercitivo encauzando la corriente exódica al obligar á los emigrantes á conocer el punto de residencia, contar con alguna cantidad en metálico, haber salido de quintas, no estar sujeto á la acción de la justicia, etc. Estas leyes, sin embargo, de una eficacia relativa aun dentro mismo de la Península, se burlan de una manera muy sencilla, yendo los emigrantes á embarcar á los puertos franceses, sobre todo al Havre. Por millares se desparraman por la América del Sur y Méjico, indudablemente, por-

(1) En 1908 cerca de 150.000, según estadísticas del Consejo Superior de Emigración.

que á las afinidades de raza, tradición é idioma, unen la del género de trabajo que les hace ser más solicitados.

Los Estados Unidos no reciben un gran contingente de nuestros emigrantes. Las estadísticas del *Board of Immigration* apenas arrojan cuatro ó cinco mil individuos por año, y entre ellos hay que deducir un buen número como americanos del Sur y cubanos. Por eso las colonias españolas que aquí se encuentran ofrecen un carácter particularísimo digno de una pincelada sociológica.

La mayor parte de los españoles que desembarcan en tierra americana vienen animados de un gran estímulo para el trabajo. «*Sólo trabajando con ahinco,* dicen ellos, *se puede vencer la desventaja que ofrecemos ignorando el inglés*»; así es, que puede suponerse que nuestros emigrantes pertenecen á la *élite* de la clase. Pocos, muy pocos son los que se dedican á un oficio manual; la mayoría van directamente al Oeste, donde, en el Oregón, Nevada ó las llanuras de California, sirven como pastores, manejeros de ranchos ó peones agrícolas (1), sin duda por las analogías que las grandes praderas tienen con el terreno de Vizcaya, Guipúzcoa y el valle de Baztán. Sin embargo, una coincidencia me hizo conocer una colonia de canteros y lapidarios establecida en el Estado de Vermont, y deseoso de estudiar

(1) Tuve ocasión de hacer una *enquête* en el trasatlántico *La Savoie* que me condujo á Nueva York. Entre quinientos y pico de emigrantes, en su totalidad italianos, polacos y húngaros, sólo hallé diez y siete españoles vascos.

las condiciones sociales de la misma, allá marché dirigiéndome á Montpelier como centro del trabajo. La forman sobre unos mil quinientos individuos repartidos entre Barre, Montpelier, Northfield, Burlington, Quincy (Massachussets), principales puntos de la cuenca granítica. Dada la naturaleza de estas canteras, suponía que todos los españoles vendrían de Castilla la Nueva, pues las sierras de Guadarrama, Somosierra y las estribaciones de Despeñaperros contienen ricas vetas graníticas, así como que el conocimiento de la piedra les había facilitado la colocación. Grande fué mi sorpresa cuando supe que todos ó casi todos proceden de la provincia de Santander y de un radio de una legua alrededor de la capital (La Cavada, Navajeda, Liérganes, Solares, etc.).

¿Cómo vinieron á establecerse aquí?

Los quince ó veinte años de vida de la colonia es una antigüedad que hace imposible fijar con exactitud los primeros establecimientos. Uno de los *pioneer* fué un tal Canales, y probable es que sólo al azar debiera el llegar hasta Montpelier. Entonces comenzaba la fiebre de edificaciones en las grandes capitales, y las canteras de Vermont necesitaban gente experta para el trabajo. Con la demanda de brazos los jornales subieron pronto, y cruzando el Atlántico la noticia de la suerte de esos primeros emigrantes, comenzaron á venir otros mozos de su pueblo ó de otros comarcanos. Pero esa emigración no era la huída del desesperado que deja su hogar sin oriente fijo; todos sabían que al venir á los Estados Unidos debían conocer algo del oficio, y animados por

la esperanza de los altos salarios, pasaban allá en España el aprendizaje de picapedrero. En aquel entonces comenzaron á emplearse aquí las herramientas de aire comprimido (por desgracia en España todavía desconocidas) y las máquinas Mac Donald, y esto retardaba el avance del obrero, que debía pasar un largo tiempo hasta el dominio de los buriles y martellinas mecánicos. Estos útiles exigen sólo suma destreza en su manejo, puesto que la energía del aire comprimido se distribuye por tubos de caucho, y por eso el obrero español, acostumbrado á ayudarse con la maza y bujarda de mano, llegaba completamente incapacitado.

Ahora, en general, el aprendizaje es forzoso, según los Estatutos redactados á raíz de la huelga de 1908 (1). En ellos quedó establecido, previo convenio entre patronos y obreros, que todo obrero nuevo debe probar la clase de trabajo durante tres meses después de su entrada en el taller, firmándose entonces el contrato con el patrono y principiando el plazo de tres años que ha de pasar como aprendiz. Para juzgar de la capacidad del principiante ó regular las diferencias que puedan surgir sobre su admisión, el art. 6—*Miscellanous*—de los Estatutos, establece la constitución de un tribunal arbitral, compuesto de seis miembros: tres de la Asociación de Fabricantes y tres de la Delegación Regio-

(1) Agreement and bill of prices governing granite cutting, tool sharpening and polishing in Montpelier, Vermont, branch of the granite cutters international association of America. 1908-1911.

nal de la Asociación Internacional de Trabajadores en Granito, debiendo contar la mayoría con las dos terceras partes de sufragios. En caso de disconformidad, este tribunal recurre á otro, compuesto de tres miembros: uno por cada Asociación citada y el tercero nombrado de común acuerdo, debiendo fallar en el término de quince días por mayoría de votos. Con todo, el obrero, una vez aceptado, cuenta con un jornal muy superior al que ganaba en España. Según el art. 2.° de los citados Estatutos, todo obrero será remunerado, el primer año de trabajo, con 37 y $^1/_2$ céntimos por hora, 38 céntimos el segundo año y 38 $^3/_4$ el tercero. Este prorrateo constituye un salario en la jornada laborable de ocho horas, de 3 $^3/_4$ y 3,10 pesos, mientras que en España á lo sumo tiene un aprendiz 4,50 pesetas, pudiendo llegar hasta seis pesetas un hábil operario, que aquí será retribuído de 4,50 á 5 pesos.

Suponiendo que el obrero trabaje veinticuatro días al mes como término medio, tendrá en América 72 pesos mensuales por 144 pesetas en España, y considerando como gasto personal 75 ú 80 pesetas (en el mes) en España por 20 ó 25 pesos que viene á gastar el obrero en América, tendremos que, mientras en la Península, viviendo con suma estrechez, puede ahorrar 12 ó 15 duros, aquí, no careciendo de lo necesario, economiza de 40 á 50, mas el premio que la moneda americana tenga sobre la española, que oscila entre 10 y 12 por 100. Este es el punto de mira de todos los emigrantes: trabajar durante ocho ó diez años, y luego de reunido un capitalito de tres ó cuatro mil dollars volver al pueblo

natal y establecerse allí ó en la capital de la provincia donde sus trabajos sean mejor apreciados, ó donde podrá dedicarse al comercio con esa especial maña de los pasiegos. *El oficio de cantero en América acaba la vida,* dicen ellos; y la verdad es que al entrar en uno de esos enormes talleres, en que los bloques de varias toneladas se manejan como si fueran guijarros y el estruendoso repiqueteo de las máquinas aturde al visitante, el ánimo se apoca y amedrenta. Al poco, os habituáis y comienza á nacer en vosotros el interés por tal trabajo ó la precisión de tal mecanismo. Cada obrero, abstraído en su obra, trabaja sin cesar con verdadera recíproca emulación, que es el mejor inspector de los operarios. Para certificar la asistencia basta sólo una suave presión en el número correspondiente del reloj indicador; la máquina dará cuenta de su persona.

Yo no sé qué mágica influencia ejerce la vida americana sobre los individuos que recibe de fuera, que los transforma por completo. Los sociólogos partidarios de la teoría del medio ambiente, tienen en esta tierra un vasto campo de experiencias y de hermosos ejemplos. ¿Cuáles son los dos principales determinantes de esa transformación? En mi sentir, la libertad y el trabajo. La libertad es el mejor cáustico para curar los excesos de la misma libertad, y los latinos, aherrojados por enmarañada red de ordenanzas, leyes y decretos, imbuídos de fanáticos principios de secta, y gozando en ciertos casos de omnímoda libertad —tan omnímoda que deja al obrero falto de guía,— apenas comenzamos á respirar otra atmósfera, despiértase en nosotros las

cualidades adormecidas que se depuran y perfeccionan con el aguijón del amor propio en el trabajo. *Mucho se trabaja, pero bien se cobra;* gráfica expresión del obrero que condensa todo su juicio sobre estas instituciones. Hasta su concepción del patrono llega á transformarse. En Europa, bajo las tendencias de la Internacional y las socialistas ideas del *roi* Pataud, el patrono es el vampiro que chupa la sangre al proletario, el explotador de la fuerza bruta del trabajador. El patrono, por su parte, falto de confianza en la gente que emplea, recela constantemente de sus asalariados en previsión de un *sabotage*. Aquí, por una amplia tolerancia de ideas, en que se dejan aparte las tendencias de religión que tanto concitan las pasiones, obreros y patronos cooperan á la obra común de la producción en la mejor armonía. Hasta los reglamentos de los Trade Unions han sido redactados bajo ese principio de concordia entre directores y dirigidos, garantizando las condiciones de un buen trabajo, y protegiendo al obrero para que la labor se efectúe en las mejores condiciones higiénicas.

En el orden físico el emigrante sufre también la influencia del medio. Su aseo es más atildado que en su patria; gusta de los deportes y habla con desdén de ciertas rutinas antihigiénicas, seguidas todavía allá en el pueblo.

El reflejo del medio, que se ve de una manera tan marcada en todos los emigrantes, se hace mucho más ostensible en sus hijos. Para hacer suyos los jóvenes, América tiene cualidades cual ningún otro pueblo del

mundo. En busca de esos admirables ejemplos de «americanización», he recorrido las diferentes salas de la *elementary* y *high school* de Montpelier, acompañado del superintendente de educación y director de las escuelas Mr. Brownscombes. Excepto en dos, en todas hallé alumnos españoles (aquí comienza la influencia de América al conseguir que todos los emigrantes envíen sus hijos á la escuela), que preferían el inglés al español; y cuando les preguntaba qué tierra les gustaba más, «aquí se vive mejor», me contestaban con cierto orgullo revelador de la satisfacción de encontrarse en este medio.

Cuando veo tales ejemplos, mi ánimo se consuela ante la benéfica influencia que América puede ejercer sobre mis compatriotas, y deseo con fervor que esta corriente se haga más general, que nuestros emigrantes vuelvan á la madre patria saturados de las ideas de este noble pueblo. Ellos serán para España injerto de regeneración; levadura de buenos principios que, poco á poco, se irá amparando de las conciencias hasta desterrar esa endémica *abulia* que tan irresoluto tiene á uno de los más admirables pueblos de la tierra.

Montpelier (Estados Unidos).

LA BOWERY Y CHINATOWN

La fuerza arrebatadora de las grandes urbes hace que éstas, cada vez más, vayan atrayendo y agregando los burgos y poblaciones que las rodean. Así, el primitivo Nueva York, reducido á la lanzadera de tierra que circundan el Hudson y el East Rivers, fué asimilándose los pueblos aledaños hasta formar el gran Nueva York con Brooklyn, Long Island City, Coney Island y Staten Island, además de una docena de villorrios de panaderos y lavanderas que también han sido absorbidos por la fuerza avasalladora de la Cosmópolis americana.

Pero dentro de la misma pueden hacerse dos divisiones características: *Up town* y *Down town*, los barrios altos y los barrios bajos. Aquéllos son morada de los *well-to-do*, la burguesía neoyorquina; están urbanizados á la moderna con amplias calles sombreadas por doble fila de árboles, guardando en lo posible la estética de la edificación. El alto Nueva York puede decirse que comienza en la calle cuarenta y dos, agrupándose á los dos lados de la gigante espina dorsal, que for-

ma la Quinta Avenida y el Central Park, llegando hasta las alturas de Columbia University y de Bronx. En cambio, hacia la Battery, sobre todo desde Madison Square y á medida que nos separamos del eje trazado por el Broadway, encontramos el Nueva York característico, el Nueva York de los negociantes y el de la ralea. ¡Tristes pero evidentes contrastes de la vida! Al lado de aquellas ciclópeas habitaciones en que el autómata humano hace transacciones por miles de millones sobre el tabaco, el algodón, el azúcar, el petróleo, el acero, los ferrocarriles ó quizás sobre el «bluff» —negocios que sólo están en la imaginación de unos cuantos agiotistas— se encuentran los ropavejeros y pequeños comerciantes que en sus zaquizamíes tratan de vender un artículo por centésima vez. Junto á Wall, Ann y Rector Streets, fortalezas de la banca y el negocio, están Elisabeth, Pell y Doyers Streets pululando de gente maleante en abigarrada miscelánea internacional; junto al poderoso, cejijunto é imperativo, que desde su despacho por teléfono ó en la Bolsa, conmueve al mundo entero, está el malandrín de instintos rufianescos, eterno merodeador de las plazas públicas ó el importuno mendigo, que no suplica la caridad, sino que os dice: *give me one cent for drink*, deme usted un centavo para beber.

Ese barrio, guarida de gente maleante, atarjea social de desocupados ó pordioseros, es el que más interés ofrece al turista, recibiendo el nombre de Bowery su arteria principal. La Bowery constituye la Quinta Avenida de los barrios bajos, dándose cita en ella toda

clase de individuos; vendedores ambulantes, empleados, mecánicos, trajineros, marinos, descargadores del puerto, políticos de *baratillo,* mozos de cuerda, sacamuelas, comisionistas, traperos, cantantes de *music-hall,* artistas sin trabajo, se estacionan durante largas horas á lo largo de las aceras, charlando, matando el tedio, esperando contrata ó el momento oportuno para ejercer su *industria.* A lo largo de esa calle se encuentran una serie de zahurdas donde se vende de todo: ropas usadas, botas, sombreros viejos y fuera de moda, tirantes y corbatas en grotesco montón, donde el comprador elige y prueba en plena calle. Más adelante tropezamos con la sección *harmónica;* bamboleados por el viento y pendientes de una fuerte percha, presentan sus cascadas y aboyadas fauces infinidad de instrumentos de música de viento, mientras que por las paredes y en mesas sobre la acera ofrecen sus desdichas guitarras sin cuerdas, bandurrias, mandolinas, cítaras, laúdes, banjos, acordeones, ocarinas, armónicas, etcétera. La revista termina con la sección *macabra,* formada por toda clase de armas llenas de herrumbre y siempre en mal estado, y la *ornitológica,* de aves en libertad y enjauladas, concurriendo con sus trinos á aumentar la algarabía. Al lado de esa exposición universal de desdichas, otras tiendas abren sus puertas, pero de una categoría más elevada, alternando con grandes almacenes de pertrechos para la marina ó fruterías italianas.

Lo más característico de estos barrios es la aglomeración de las diferentes nacionalidades formando man-

zanas ó secciones compactas de individuos de un mismo país de origen. Los italianos establecen sus reales desde Elisabeth Street, constituyendo la pepueña Italia *the little Italy,* como *Chinatown*—la ciudad china—tiene su centro en Pell y Doyers Streets; los alemanes en Houston Street y los húngaros desde la Segunda Avenida, estando esparcidos por todas partes los judíos, polacos, rusos, armenios, rumanos é irlandeses. Todos tienen sus escuelas, sus Bancos y hasta sus teatros nacionales. El viejo Teatro Bowery, que conservó por algún tiempo las tradiciones del teatro inglés, se somete hoy día á las exigencias del público, que pide representen en alemán ó en yiddish—dialecto hablado por los judíos rusos.—La lengua alemana domina en los Atlantic Gardens y en Irving Place Theater y los italianos tienen su Teatro Italiano en la Bowery, como los chinos su Teatro y su Templo en Doyers Street y los irlandeses en la de Miner. Esta variedad se echa de ver mucho más cuando pasamos de uno á otro barrio. El italiano, conservando el cachet de la patria; las mujeres, con sus ropas de colores chillones, sentadas en las puertas *gossiping,* como dicen los americanos, entretenidas con cuentos de comadres; los hombres, desocupados, formando grupos, decidores y parlanchines, siempre gesticulando. De vez en cuando aparece en una fachada un nicho ó altarcillo con la Madonna ó el Santo de la devoción lleno de exvotos y *lampioncini,* y por todas partes grotescos y graciosos anuncios, toscamente escritos ó dibujados, ya de una *trattoria,* ya de un *avvocato* de secano ó un curandero que atrae á la

clientela con la sugestiva cartela: *Infermeria italiana ora della 9 alle 9.—Si curano tutte le malattie.* Los chinos, con sus pintorescos trajes y su rítmico andar; las tiendas pintarrajeadas de mil colores, de las que sale un punzante aroma, conjunto de mil perfumes buenos, almizcle, sándalo, clavo, té, etc., pero desagradable en su conjunto; las fachadas llenas de farolillos y banderas con el dragón y monstruos sínicos, y dentro el tipo del ladino comerciante de una domesticidad y suavidad pegajosas, única en el mundo para hacerse comprar los objetos que os ofrece. El orfebre que hace objetos primorosos en filigrana y sortijas con signos chinos, trabajando detrás de un recio alambrado para ponerse á cubierto de un golpe audaz de sus compatriotas; la ausencia casi absoluta de mujeres orientales y las particularidades de la cocina y de los restaurants chinos, son tópicos que hacen más interesante la visita de esos barrios.

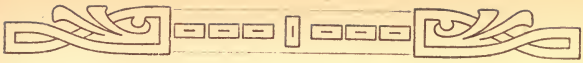
Esas grandes agrupaciones de una misma nacionalidad constituyen el obstáculo más fuerte para la difusión del inglés y la americanización del emigrante, y siendo muchos de ellos *undesirables,* mantienen y fomentan los instintos criminales que trajeron de su país. Entre los italianos, por ejemplo, es frecuentísimo el empleo del arma blanca para solventar sus querellas, y la sociedades secretas tienen en esos barrios gran número de afiliados, así como entre los quince ó veinte mil chinos de Chinatown hay bastantes cofrades de la sociedad *The Three Brothers,* que tanta fuerza tiene en la colonia china de San Francisco. De vez en cuan-

do, un crimen misterioso se comete; los autores, envueltos en el mayor secreto, ganan la ayuda de sus compañeros merced á las prácticas de secta, causando la desesperación de la policía que tropieza siempre con la inmutable impasividad de la facies oriental. El interrogatorio podrá ser eficaz en individuos de la raza blanca; á veces un gesto socarrón ó una fingida estulticia delatarán al hombre de más serenidad. Pero el chino es inalterable; las cuestiones capciosas, las preguntas más agudas, el halago, la tentación, la ira ó el castigo encontrarán siempre el mismo rostro de ojillos oblicuos y penetrantes, y como palabras las ya sacramentales entre ellos *nada vi, nada dije, nada oí.* Sin duda, para no olvidar la utilidad de la práctica de estas normas, tienen muchos chinos y venden en los comercios un amuleto memorandum muy expresivo. Es un grupo de tres monos sentados en cuclillas: uno cubre sus ojos con las manos, el segundo se tapa la boca y el tercero lleva las manos á las orejas como encareciendo las ventajas del dominio de sí mismo.

Esta especial manera de ser de estas gentes y alguno que otro crimen, comentados y exagerados por los rotativos, han dado á los barrios de la Bowery una fama detestable, teniéndose por peligroso el aventurarse á recorrer las calles por la noche. A la amabilidad y deferente atención del Commissioner of Police de Nueva York debo el haber podido hacer interesantísimas observaciones entre esa clase social con toda seguridad. Recomendóme al jefe de policía de Elisabeth Street, quien me dió como guía un simpático detective, gran

conocedor de toda aquella gente. Al Captain Michael Galvin, de la Mercer Street Station, como al teniente Rayens y á mi buen amigo John Kirland Clark, del District Attorney's Office, me complazco en manifestarles este público testimonio de gratitud.

Nueva York, 1910.



LOS TENEMENTS

...A las once de la noche salíamos de la Elisabeth Police Station, mi amable guía, el detective puesto á mis órdenes por las autoridades de policía, y el amigo Garver que me acompañaba en mis investigaciones. Nos proponíamos completar la visita del East Side—los barrios del extremo Este—y después de la Bowery y Chinatown, quizás de mayor interés sociológico, se presentan los *Tenements*. La palabra *Tenement* tiene como equivalente castellano la de habitación, pero en el sentido antonomástico con que se la emplea en Nueva York, significa más bien casa de vecindad ó de dormir, llamándose entonces *Tenements houses*. Se desparraman á uno y otro lado de la Bowery, por las calles de Orchad, Marked, Allen, Ludlow, etc., con aspecto de sordidez aterradora; son construcciones, en su mayoría, viejas y destartaladas que hacen todavía más miserables su vista por las trazas de sus moradores. Exteriormente los *Tenements houses* tienen el sello de la mayor parte de los edificios del *Donwtown* que están cerca de

los Docks; las paredes de atobones de un rojo bermellón ó de almagra, mugrientas y sucias, con el hollín pegajoso que parece flotar en esos ámbitos, mezcla de vaho humano y polvillo de carbón; cruzadas sus fachadas por los balcones y escaleras de escape, depósito y exposición permanente de trastos viejos y tendedero de ropa multicolor que se agita y bambolea continuamente al huracanado soplo del viento del *Sound;* y de arriba á bajo, sin orden ni concierto, el anuncio, ese eterno enemigo de la estética panorámica, que, aquí siquiera por una vez, ha de sernos grato cuando cubre con su chillona policromía la asquerosa desnudez de los edificios.

El interior de estas moradas es todavía más astroso; aquí conviene hacer una distinción entre las casas de vecindad y los hoteles ó casas de dormir, en los que suele observarse más limpieza, sin duda por las continuas visitas de las autoridades. Visitemos unas y otras; el acceso, sin zaguán ni vestíbulo, lo constituye un estrecho y obscuro corredor que termina en una escalera de caracol en cuyos rellanos desembocan varios corredores en donde se ven sumidos, en misteriosa lobreguez, las puertas de los diferentes cuartos. Estos, á lo sumo, se componen de tres ó cuatro piezas, una de ellas, la mayor, sirve para todo uso: taller, recibimiento; en muchas, cocina durante el día, y dormitorio por la noche.

Apenas llegamos á uno de esos corredores centrales, llama nuestra atención el ruido de los diferentes oficios que se practican en una misma habitación. Llamamos

en diferentes aposentos; en unos nos abren, en otros no contestan. Al abrir la puerta vemos, á través de la neblina de una atmósfera enrarecida por la respiración humana y por el humo del pábilo de un velón de petróleo, hasta media docena de personas; una joven escuálida y anémica gasta sus fuerzas en el rodar continuo de la máquina de coser, como oficiala de sastre; otras trabajan en artículos de cuero; las más, pasan las horas desperezándose en el más estúpido *far niente*. Más tarde, cuando hayan terminado la labor del día, otros individuos se recogerán en la misma madriguera, los hijos que, para mayor libertad, los envían á la calle, ó algún huésped realquilado sólo para dormir, y en colchones sobre el suelo formarán la más extraña algarabía.

En los hoteles para dormir el mismo aspecto sórdido se presenta, mezclándose el acre relente de la bestia humana con el penetrante olor de los desinfectantes que los hosteleros vienen obligados á emplear diariamente. Al nivel de la calle suele haber la sala restaurant, ó mejor salón de bebidas, pues se despacha más líquido que sólido. Por quince centavos se tiene derecho á unas sopas de café, un buen bock de *stout* y á la plaza ó lugar reservado arriba en la gran sala para dormir de pie. ¡Donosa paradoja! En efecto, los pisos superiores se componen de amplias cuadras ó salas dispuestas como las bodegas de los barcos, con grandes estanterías de tablas en las paredes para los afortunados que pagan diez centavos sólo para dormir; y en el centro, sostenidas por fuertes postes de madera, hay gruesas cuerdas á 1,60 ó 1,70 de altura. De ese modo, puestos de pie los

huéspedes, pueden apoyar los brazos y reclinar la cabeza en la maroma. Acercaos un poco; examinad los tipos. Veréis allí, en maridaje extraño, representada la hez de todos los pueblos: caras mutiladas ó surcadas por cicatrices; facies estólidas y embrutecidas de alcohólicos y degenerados; individuos que perdieron la noción de la vida convertidos en piltrafas sociales, en los que sólo alienta la fuerza y los instintos de la bestia. Lectores, ¿no os causa asombro ese cuadro de miseria en un Nueva York, la ciudad del dinero y del despilfarro? ¡Ah, grandes urbes, qué sarcásticos contrastes nos reserváis y que ocultáis á la generalidad de los visitantes! Nueva York, París, Londres, Buenos Aires, son las poblaciones del lujo y la ostentación, pero son también los centros humanos que, allá en las celdillas de los barrios pobres, acuartelan esa inmensa legión de miserables, víctimas y desecho de las cosmópolis, que, en sus crisis de desasosiego y acomodo á un género de vida, engendran el aterrador problema social del pauperismo.

Ese estado especial en Nueva York ha sido objeto de estudio detenido por parte de diferentes sociólogos, sin que sus esfuerzos hayan resuelto el malestar reinante. Hunter, en su obra *Poverty,* trata con gran minuciosidad esta cuestión de los *Tenements* combatiendo á aquellos que, como Mr. Riis, concentran todas sus medidas en el grito *Abolish the tenements,* sin ver que el *tenements* es sólo manifestación de un estado social que conviene atacar en su raíz. En Nueva York la emigración es la causa inicial de esa ralea; las «Indias» han sido y son «refugio y amparo de los desesperados, Igle-

sia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos». Del medio millón de individuos que aproximadamente cada año llegan á Nueva York, más de la mitad son gente «undesirable», sin oficio ni beneficio que desembarcan sin oriente alguno, y por necesidad se convierten en parásitos. Además, muchos de ellos llegan con una aversión obstinada hacia los trabajos del campo. Según las Memorias de la *Jewish Agricultural Aid Society*, sostenida con los pródigos esfuerzos del Barón de Hirsch, es casi completamente imposible sacar partido de los judíos como *farmers* (agricultores); los armenios, turcos y griegos prefieren ser buhoneros y tenderos de baratijas á ser obreros; los italianos, casi todos sicilianos, se dedican á los trabajos de ferrocarriles y tranvías, pero consideran como su desideratum los empleos en las ciudades, por ejemplo, los servicios de Policía urbana, especialmente el oficio de barrendero.

Estas estadísticas nos dan la clave del pauperismo americano engendrado por el elemento inmigrante moderno, que acrece los brazos en los centros de población y con ellos multiplica la competencia que termina en la baja de salarios y el encarecimiento de la vida. ¡Cuánta verdad encierra la sentencia del Eclesiástico *non oderis laboriosa opera et rusticationem creatam ab Altissimo!* El absentismo europeo se ha trasladado á América con acentuada gravedad, congregando en las ciudades, como dice Hunter, «la pobreza de Rusia, la de Italia, la

de Polonia, la de Hungría, y ¿qué no tendremos de malo de las otras naciones?». Van Dyke, estudiando el mismo problema (1) con relación á las medidas que debe tomar el Poder Central americano, nos dice «es deber primordial del Congreso ocuparse en los peligros de la inmigración y atajar su progreso en vez de descargar todo el peso de la empresa sobre los hombros de Nueva York». Sólo en su presupuesto municipal figuran más de diez millones de dollars destinados á cubrir las lacras de la miseria, descontadas el sinnúmero de fundaciones de caridad que se sostienen con fondos particulares. Repasando las estadísticas demográficas y criminológicas se encuentra una proporción alarmante de elemento extranjero que, desde ese momento, se convierte en carga pública. Estriba, pues, la obra social en mejorar la condición del emigrante y elevar su nivel moral; entonces los *Tenements* dejarán de ser focos de miseria y enfermedades, y guarida de sin trabajo para convertirse en cuarteles de individuos disciplinados y educados.

No podemos pasar por alto, al tratar de las instituciones que se han propuesto la educación y mejoramiento de los inmigrantes, las ventajas indiscutibles que se deben á los Settlements. Como su nombre indica, el Settlement (fundamento, establecimiento, colonia), tiende á hacer establecer y á echar raíces en la nueva tierra, un elemento tan inseguro como el inmigrante. A esa acción contribuyen con acendrado ahinco una por-

(1) *The New New York*, pág. 266.

ción de individuos de las mejores clases sociales, política y plutocráticamente hablando, socorriendo con largueza las necesidades de los desvalidos, y tratando de educar al enorme contingente de analfabetos que cada día desembarcan en los Estados Unidos. Hasta ahora se han establecido en las grandes poblaciones; los University Settlements de Nueva York, Hull House de Chicago, Women's Settlements of Denison House y el Frances Willard Settlement de Boston, funcionan con gran éxito y prosperidad, bien difundiendo la instrucción, bien recogiendo á los niños que vagan por las calles, bien haciendo continuadas conquistas al vicio, arrancando de los antros miserables algún desgraciado y encauzándole por la senda de la honradez. Entre todos los apóstoles que se dedican á esa obra tan moral de regeneración, precisa destacar algunos nombres, verdaderos adalides de ese sacerdocio en Norte América. Jane Addams es para América la Florence Nightingale inglesa, á la que Mr. John Burns coloca en el catálogo de los santos americanos; Mr. Robert A. Woods, de clara y perspicaz inteligencia y fecunda imaginación, que ha cotribuído á organizar totalmente los Settlements, ó Mr. Stokes que ha consagrado todos sus esfuerzos á dicha obra social, poniendo á su servicio su inmensa fortuna y dando continuas pruebas de su renunciamiento á la vida y sacrificio, casándose con una judía rusa educada en los Settlements.

La obra de los Settlements requiere un tino especial para conseguir la unidad entre los elementos heterogéneos de las distintas razas. Comienzan por inculcar los

hábitos de higiene física y de sociabilidad por medio de los deportes y espectáculos; luego, á la higiene del cuerpo sigue la del espíritu, sembrando en esas imaginaciones vírgenes ó viciadas los santos sentimientos de la hombría de bien, el respeto mutuo, la solidaridad, el amor al prójimo. Para los Settlements el principio de fraternidad es el pivote de toda la obra; quien abrace esa religión de mejoramiento del necesitado, ha de ir á ella con cuerpo y alma, sin el fariseísmo é hipocresía que se observa en muchas confesiones religiosas. *Those Who love and serve their fellow-men and seem to be cold towards God, are more religious than those who seem to love and serve God and are cold towards theirs fellowmen.* Quienes aman y ayudan al prójimo y se muestran tibios para con Dios, son más religiosos que los que fingen amar y servir á Dios siendo indiferentes para con el prójimo; he aquí resumido el catecismo (1) de los Settlements. Dirigirse hacia el necesitado, ayudarle, socorrerle y rescatar su espíritu de la inmundicia moral que le envuelve, y al mismo tiempo hacer obra nacional y patriota injertando los hálitos de agradecimiento hacia esa Gran Madre que los protege y ampara... Haciendo estas reflexiones me acuerdo de los cantos que los niños entonan en los Settlements, fórmula expresiva de la labor de los mismos. *Flag of our Great Republic, inspirer in battle, guardian of our homes, whose stars and stripes stand for Bra-*

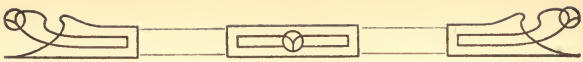
(1) A. Francis. Americans, an Impression.

very, Purity, Truth and Union, we salute thee. We, the natives of distant lands who find rest under thv folds, do pledge our hearts, our lives, our sacred honour to love and protect thee, our Country, and the Liberty of the American people forever (1).

Nueva York, 1910.

---

(1) Salve, Salve, bandera de nuestra Gran República, nuestro aliento en las batallas y salvaguardia de nuestros hogares, cuyas estrellas y barras representan valor, sinceridad, verdad y unión. Nosotros, nacidos en lejanas tierras, que encontramos felicidad bajo tus pliegues, empeñamos nuestros corazones, nuestras vidas, nuestro honor sacrosanto, por tu amor y la libertad del pueblo americano.



EL ALMA MATER

BRAVE MOTHER YALE (1)

Fairer than love of voman
Stronger than pride of gold,
Stands, nor shall fail, love for old Yale,
Mother of love untold.
«Mother of love» proudily we call thee,
Singing together adown the long line,
Light from above ever befall thee!
Hear thou and cheer thou the hearts that are thine.

La fuerza constructiva de las naciones radica en la escuela. En tal sentido, los Estados Unidos de América del Norte poseen el más puro crisol de nacionalización. No sólo atienden con especial cuidado al cultivo de las

---

(1) Más alegre que el amor de una mujer,
Más fuerte que la ambición por el oro
Permanece, sin vacilar, el amor por la vieja Yale,
Madre de amor incalculable.
¡«Madre de amor», como orgullosamente te llamamos,
Cantando todos en compacta legión
Que recibió tu luz!
Oye y conforta á los corazones, que son tuyos.

altas instituciones educacionales, sino que, conociendo la gran necesidad de americanizar el inmenso contingente migratorio, dedican todos sus afanes al desarrollo del medio ambiente que ha de formar la nueva generación prohijada.

En la pizarra de una escuela nocturna, abierta principalmente para emigrantes, vi escrito el siguiente pensamiento, que muy bien puede sintetizar el sistema pedagógico americano: *If the torch of liberty is to enlighten the world, it must be fed from the lamp of knowledge.* Si la antorcha de la libertad ha de iluminar al mundo, es preciso que sea con la luz del entendimiento; sano precepto que las autoridades americanas tienen muy en cuenta, inculcando, poco á poco, en aquella población, no sólo analfabeta, sino desconocedora del inglés, el idioma primero, y más tarde, con procedimientos educativos únicos, ese dominio «Self-control» que guía la voluntad, sorteando las mil dificultades que la ruda lucha por la existencia puede depararle. Con esa táctica la instrucción se hace obligatoria de hecho, por una necesidad del pueblo, como satisfacción del anhelo que todos los individuos sienten para mejorar su condición moral, base de la prosperidad material, sin verse obligados por la coacción del precepto legal, que si bien existe, rara vez ha de aplicarse. Las estadísticas de analfabetos arrojan las proporciones siguientes:

		Saben leer no escribir.	Por ciento	Ni leer ni escribir.	Por ciento
Blancos.....	3.570.793	645.959	20.2	2.554.787	79.8
Criollos.....	1.913.611	445.263	23.3	1.468.348	76.7
De padres extranjeros....	178.847	35.250	19.7	143.597	80.3
Extranjeros...	1.287.135	200.696	15.6	1.086.439	84.4
Color	2.989.323	309.884	10.4	2.669.439	89.6
Negros	2.853.294	306.303	10.7	2.546.891	89.3
Chinos	25.396	1.024	4.0	24.372	96.0
Japoneses	4.386	137	3.1	4.249	99.9
Indios	96.347	2.420	2.5	93.927	97.5

Las escuelas se ven frecuentadas por un total de 26.110.788 alumnos que cuentan de cinco á veinte años, cantidad que puede descomponerse en 22.490.211 de blancos y 3.500.194 de elemento de color. De esa suma total se encuentran de cinco á diez y siete años 21.573.492 y de diez y ocho á veinte años 4.537.296, siendo varones 12.972.994 y hembras 12.920.271.

Con los datos que anteceden puede calcularse el sinnúmero de escuelas diseminadas por los territorios de la Unión, referentes sólo á la enseñanza primaria, y distribuídas con las gradaciones de Kindergartens, elementary (primary and grammar) y Secondary (high schools and academies). Además de estas instituciones, la obra pedagógica americana cuenta con Universidades y colegios, escuelas profesionales, Escuelas Normales, *City evening schools* (escuelas nocturnas), *Business schools* (escuelas mercantiles), *reform schools* (reformatorios), *schools for deaf* (sordo-

mudos), *schools for blind* (ciegos), *schools for feeble-minded* (escuelas de psiquiatría), las escuelas para las reservas de indios, orfelinatos y escuelas de Bellas Artes.

***

Vamos á limitar nuestro estudio á las grandes instituciones de alta cultura, entre las que se encuentran, además de las escuelas profesionales, la Universidad. La acepción que en Norte América se da á la Universidad es distinta de la que le damos los pueblos europeos; no es propiamente el laboratorio de enseñanza superior de especialización, sino más bien una mezcla de nuestras instituciones de enseñanza secundaria (Gimnasios alemanes, Liceos franceses é Institutos españoles) y de estudios de facultad. Pero los verdaderamente de especialización se circunscriben en los cursos de la Graduates schools. Por eso la Universidad americana se llama más propiamente Colegio, y á este nombre responde, además, su constitución y régimen interior.

Innumerables son estas Universidades ó Colegios en los Estados Unidos; las estadísticas del Bureau of Education señalan más de 464 distribuídos con gran irregularidad, pues si echamos una ojeada por el mapa pedagógico de la República observaremos que la cultura americana tiene su foco en el Este, disminuyendo y haciéndose más raras las instituciones pedagógicas á medida que vamos hacia el Oeste, aunque en el Far West modernamente se hayan fundado dos de las grandes Universidades americanas (Stanford y Berkeley).

Esta gama tiene su explicación considerando que el núcleo nacional y de población se halla también en el Este y que toda la cultura americana reconoce como su hogar las Universidades de Harvard, Yale y Columbia.

Las Universidades americanas hállanse organizadas según el modelo de sus similares del Reino Unido (Oxford y Cambridge). No es el internado propiamente dicho, sino el sistema de residencias el que se practica en la mayor parte de los colegios americanos. Casi todas ocupan inmensa área con parques de *sport* y jardines, en donde se hallan edificados una serie de pabellones destinados á dormitorios y salas de conferencia. Por lo común, los dormitorios son construcciones levantadas por la munificencia de los Mecenas americanos, que testimonian de ese modo el agradecimiento hacia la Universidad por donde pasaron. Reunen todo el confort que las necesidades modernas exigen, y se compone de una sala-despacho común y dos alcobas con sus servicios de hidroterapia é higiene; de esta suerte hay 50 ó 100 habitaciones en cada pabellón, pudiéndose alojar en muchas Universidades hasta 3 ó 4.000 estudiantes. La de Chicago, en este respecto, debe á la generosidad de Rockefeller ser un modelo admirable.

Además de estos edificios indispensables, hay otros que se consideran como anexos al Alma Mater y que ejercen una gran influencia en el espíritu de la colectividad: los pabellones de las Hermandades ó Sociedades secretas.

En cuatro grupos pueden dividirse los estudios uni-

versitarios que forman el «curriculum»: *freshman, sophomore, junior* y *senior*. La entrada á la categoría de *freshman* se consigue por medio de un examen de ingreso (entrance examination), cursándose luego en el período de cuatro años las materias que constituyen el bachillerato, enciclopedia de diversas disciplinas parecida á la que propinamos á nuestros alumnos del Instituto, aunque mejor entendido, pueden los estudiantes elegir entre algunas de las secciones de Ciencias ó Letras, según los estudios especiales que luego quieran seguir en determinadas escuelas. No hay por qué decir que los programas, al igual de los de todo el mundo, se hallan rellenos de arduas cuestiones, si bien inspirándose en un mejor sentido pedagógico que nuestros planes de enseñanza, procuran hacer estudios cíclicos (sobre todo en las secciones históricas y literarias), ya que el estudio general y de conjunto se supone hecho en la *High* y *Preparatory schools*.

Paul Bourget, en Outre Mer, al contarnos su visita á Harvard, considera como una de las etapas más felices de la vida de un joven el tiempo vivido en Oxford ó una Universidad similar. Hay, en efecto, en la vida universitaria americana un espíritu de clase y compañerismo todavía más desarrollado que en Inglaterra; el estudiante considera el valor de la palabra «camarada» con el que traba verdadero afecto, formándose así una tendencia de apoyo mutuo y solidaridad que ha de influir grandemente en los destinos nacionales. Además este espíritu de compañerismo se fomenta y propaga con la constitución de multitud de Sociedades deporti-

vas, aliciente de unión para la juventud que cultiva de ese modo el cuerpo, al mismo tiempo que evita los peligros que la moralidad pudiese tener en la vida ociosa; así, encontramos en las Universidades toda una serie de Asociaciones musicales, teatrales, pictóricas, gimnásticas, de regatas, *foot-ball*, sin olvidar el *base-ball,* juego nacional y en el que se pone muchas veces la honra de la Universidad. Cada Colegio tiene su equipo, y en cualquiera de los ejercicios se lucha con verdadero entusiasmo y denodado valor, y, aunque los equipos de estudiantes siempre luchan entre ellos, la emulación es mucho mayor que si se tratase de profesionales. El amor propio de los equipos se comparte por las familias que llegan de todos los puntos de América á presenciar la fiesta, no titubeando en los gastos ni molestias del viaje. En el gran juego de *foot-ball* celebrado entre los equipos de Yale y Princeton (azul y amarillo-marrón), una muchedumbre de más de 40.000 personas se congregó en el Stadium de Yale, recaudándose más de 70.000 dollars, que ingresaron en las cajas de las respectivas Sociedades. Lo mismo sucede con los Clubs de regatas ó de *base-ball* y la *Dramatic Association,* que celebra sus *tournées* de representaciones en un radio bastante considerable.

El cuerpo docente de estas Universidades fórmanlo legión inmensa de profesores, divididos en cuatro grupos ó categorías: Instructors, Assistans Professor, Associate Professor y Professor, en número adecuado para que la enseñanza resulte eficaz. Las grandes Universidades de Harvard, Columbia ó Yale cuentan con

612, 628 y 400 profesores, respectivamente, para 5.109, 5.887 y 3.276 alumnos; así se cumplen las condiciones pedagógicas de que la autoridad y enseñanzas del profesor no se disipen y haya una verdadera comunicación entre alumnos y maestro. ¡Cuán tristes consideraciones se desprenden al comparar estas instituciones con las de nuestra Patria! Cursos hay en nuestras Universidades, por añadidura de clases prácticas, en que un profesor ha de atender á más de 500 alumnos. ¿Qué eficacia podrá tener sus enseñanzas? Claro es, se me contestará, que las instituciones americanas gozan de independencia y autonomía, que no son ramas administrativas y que, con la iniciativa particular, se desenvuelven y progresan como nunca pudieran hacerlo bajo la tutela del Estado; pero de eso á considerar la enseñanza como fuente de ingreso, hay un abismo. Júzguese del titánico esfuerzo que las Universidades americanas antes citadas pueden llevar á cabo con los datos siguientes:

	Capital.	Vol. bib.	Prof.	Alumn.	Renta anual.
Harvard.	22.716.759	850.278	612	5.109	1.827.789
Columbia.	26.704.539	434.194	628	5.887	2.207.501
Yale	10.561.830	575.000	400	3.276	1.240.208
Girard College.	23.781.870	17.085	69	1.684	1.909.208

De ese modo se comprende que todos los Laboratorios y medios de investigación estén perfectamente montados.

Sin embargo, hemos de hacer algunos reparos á los

métodos pedagógicos empleados en estas Universidades. La eficacia de los mismos no responde á lo que podía esperarse de medios tan cuantiosos, y frecuentemente se observa que, si la enseñanza general es bastante práctica, los estudios de especialización y que debieran darse en la escuela de graduados dejan mucho que desear comparados con los trabajos que se realizan en las Universidades europeas (sobre todo francesas y alemanas). El defecto estriba, en mi sentir, en la amalgama de los sistemas inglés y alemán que dominan en casi todas las Universidades americanas. Gran parte del profesorado americano se ha formado en Alemania, y aquende los mares trajeron la práctica alemana de los Seminarios, tropezando con la falta de preparación de los alumnos que terminaban el bachillerato sin la base suficiente para emprender trabajos de investigación. Este defecto lo he oído repetir con frecuencia á los mismos profesores que tratan de reformar tal estado de cosas, abriendo informaciones en las que las grandes autoridades pedagógicas americanas proponen los remedios más adecuados.

Habría, sin embargo, que reformar en absoluto el sistema universitario en el sentido de estimular más la iniciativa del alumno hacia las letras. El estudiante americano, claro es, con rara y honrosas excepciones, desea entrar en la Universidad con la perspectiva de una vida agradable y distraída. La cuestión es ganar el diploma, porque en un pueblo de dinero y negocios la única manera de aristocratizarse y elevarse sobre el nivel común es la de presentar un título académico;

pero durante su permanencia en el colegio se entrega casi en absoluto á los deportes, que demandan de él un entrenamiento que agota sus fuerzas y le privan del reposo necesario para el cultivo de las letras. En la elección de Universidad el alumno atiende en gran parte á la preponderancia que en la misma tengan los deportes; las mismas autoridades de los colegios realizan la propaganda cantando las ventajas de la cultura física, llegando hasta dar las condiciones del tipo universitario. En Yale Alumni Weekly (Abril, 1, 1908) se publicó un artículo por el Dr. Frank J. Born, Director y examinador médico del Gimnasio de Yale, sobre las ventajas de la cultura física y la superexcelencia del tipo de Yale sobre los de otros jóvenes de la misma edad; «á pesar, nos dice, de las críticas que la cultura física recibe en los colegios por parte de los intelectuales, su valor como incentivo para el desarrollo de un excelente tipo de jóvenes y como factor moral para el desenvolvimiento del carácter, es innegable». Hoy, por el contrario, los detractores del Gimnasio, habiendo observado atentamente la cuestión, trocaron sus invectivas por entusiasmo y, en consecuencia, el atletismo sigue ocupando un lugar preeminente en la vida de los *undergraduates*. Cada equipo tiene sus *paraphernalia* ó cuartos de trofeos, en los que se coleccionan las copas y premios ganados en los diferentes encuentros.

No somos nosotros enemigos cerrados del desarrollo físico; antes al contrario, quisiéramos que en nuestra juventud se inculcase esa afición por el deportismo y que persistiera durante la vida universitaria, convenci-

dos de que, en justa medida, sería hasta el acicate más poderoso para el trabajo, considerando con Spencer que «conviene hacer primero al animal y luego al hombre». Pero el desarrollo excesivo de los deportes y el fomento de la emulación hace caer en el polo opuesto, perjudicando al estudiante moral, física é intelectualmente. Ultimamente, y entre el elemento docente de las Universidades, hay cierta corriente de reacción hacia una mayor severidad en los estudios y censura para el atletismo. Al efecto, el Consejo de la Universidad de Yale protege y fomenta la producción de una serie de publicaciones en que puede tener cabida todas las orientaciones de los alumnos. Sólo de la Universidad de Yale salen más de quince publicaciones redactadas por estudiantes ó profesores; desde el diario de noticias, pasando por el semanario ilustrado humorístico, hasta la revista bimensual, y de las prensas de Yale salen: el *Yale University Bulletin,* el *Yale Courant, The Yale Record, Yale Alumny Weekly, Yale Literary Magazine, Yale News, Yale Law Journal, Yale Review, The Yale Scientific Monthly, Yale Medical Journal, Yale Divinity Quarterly*, etc., etcétera, prueba manifiesta del trabajo intelectual.

A pesar de todas nuestras observaciones acerca de la Universidad americana, no puede negarse la gran influencia que ha tenido y tiene en la vida nacional. Deja una huella de añoranza y veneración en los espíritus de sus hijos que perdura toda su vida, constituyendo una generación que, aun diseminada y separada por las múltiples orientaciones que cada uno toma, se mantiene

unida por vínculos de afecto y recuerdo. Cada generación escolar (clase) redacta, á la toma de grado, un libro *(class Book),* en el que constan, además del retrato, las opiniones, condiciones personales y proyectos para la vida futura de cada estudiante, libro que se reimprime de tiempo en tiempo con las variantes realizadas: de ese modo, la fraternidad y compañerismo de la vida escolar se perpetúa, y á través de los años tiene cada estudiante noticias de sus camaradas y del destino que la suerte le ha deparado en la vida.

Cuando una institución ejerce influencia tan decisiva en un grupo social hasta moldear el carácter de los individuos y prepararlo idóneamente para la vida, con razón puede llamársele *our Brave*, *Brave Mother*.

New Haven (Connecticut).

EL TAP DAY

... La bulliciosa algarabía del *campus* denota algo extraordinario en la vida universitaria. Los estudiantes, saliendo de los dormitorios, se reunen bajo el clásico tilo de Durfee Hall, emblema de las glorias del *Alma Mater*. Es el día señalado para la elección de miembros de las cofradías ó Hermandades: El *Tap Day*. Son las cinco de la tarde, y un movimiento de expectación se esparce por la muchedumbre congregada; las ventanas de los dormitorios hállanse engalanadas con trofeos universitarios, y las familias de los estudiantes, invitadas al efecto, contribuyen á dar mayor alegría á la fiesta. De pronto, y al toque de las cinco campanadas, entónase el himno al *Alma Mater*; ábrense con sigilo las misteriosas puertas del edificio de la Hermandad y sale cautelosamente uno de sus miembros, y así todos, uno tras otro, con intervalos de cuatro ó cinco minutos. Por diferentes caminos lléganse al campo mezclándose entre los estudiantes, hasta tropezar con el que buscan, y abordándole le dán una palmada en el hombro (Tap

Day—dia de la palmada) é imperiosamente le ordenan vaya á su cuarto (go to the room); el neófito, seguido del padrino, va á su habitación, donde le comunica y le inicia como nuevo elegido. Esa operación se repite hasta tanto todos los nuevos miembros no han sido designados, y la fiesta termina entonando los himnos estudiantiles en la más cordial y juvenil alegría.

Para el extranjero que presencia la anterior ceremonia, ofrécesele la consideración de la falta de sentido real de tamañas prácticas. ¿A qué fin conducen esas solemnidades sometidas á un ritual escrupuloso y ridículo? De todas las Hermandades, sólo tres gozan de la preeminencia de ese ceremonial. Las llamadas *seniors societies* ó Hermandades de alumnos del último curso; las *Skull and Bones*, *Scroll and Key* y la *Wolf's Head* teniendo la especialidad de no llevar por nombres letras griegas como la mayor parte de las otras Asociaciones y estar sometidas sus reglas al secreto más absoluto. En efecto, nunca se oirá nombrar, ni siquiera entre los iniciados, á dichas entidades, llevándose el rigor del sigilo hasta el extremo de que el mismo mozo encargado del cuidado del edificio está afiliado á la Hermandad. Las Asociaciones de Seniors se componen en general de gente que se ha distinguido, bien en los estudios, bien en los deportes ó en cualquiera dirección, por su aplicación y constancia. No hay en ninguna otra Universidad americana una institución semejante, y dado su espíritu de verdadera religión, sólo podrían existir en Harvard. El mismo secreto que se guarda en la organización y relaciones de la Sociedad está representado en los edifi-

cios de las mismas, que semejando sarcófagos ó tumbas egipcias, no ofrecen en su fachada ni una sola ventana recibiendo la luz cenital, y si reciben luz lateral es tan velada y á través de tantos obstáculos, que es imposible distinguir nada desde fuera.

Además de estas Asociaciones que constituyen la suprema aspiración de todo estudiante, existen infinidad de otras con nombres griegos que están diseminadas por todo el territorio de la Unión con filiales ó Sociedades hermanas. De éstas hay más de un centenar entre las Hermandades generales, las femeninas y las especiales de medicina y derecho, contando algunas más de 15.000 asociados, como la *Delta, Kappa, Epsilon*, ó la *Phi Beta Kappa*. Esta última es más que centenaria; la *Phi Beta Kappa* fué fundada en William's y Mary College, Williamsburg, Va., en 1776, y hoy día cuenta con más de 71 capítulos distribuídos en las diferentes Universidades. Según las estadísticas, pueden calcularse en más de trescientos mil los asociados en fraternidades ó Hermandades de colegios divididos en miembros activos y honoríficos ó inactivos; en esta última categoría entran todos cuantos al terminar sus estudios dejan la vida corporativa de las Universidades para diseminarse entre los diferentes estratos sociales.

Esta es, en esquema, la organización de las Hermandades, Asociaciones ó fraternidades estudiantiles. Ahora bien; ¿á qué fin responden? ¿Es conveniente su existencia? Mucho se ha combatido la razón de ser de estas Asociaciones, que, ligadas por el vínculo del secreto, no pueden, como toda sociedad secreta, desplegar sus mé-

todos y desarrollar sus fines, sean de ayuda, protección, estímulo ó iniciativa. Pero lo cierto es que su influencia é importancia ejerce una presión benéfica sobre la juventud, presentándole la entrada en esas Hermandades como el pritaneo de los distinguidos, afanándose de este modo por llegar á ser el primero en cualquiera manifestación de la vida social. Otro aspecto, y no despreciable, de la influencia de estas Hermandades, es el aliento que infunden al cuerpo estudiantil para estrechar y vigorizar los vínculos de solidaridad y compañerismo. Esta es una de las características más importantes de la vida americana, y que se ve en todas sus manifestaciones contrastando con la enemiga, espíritu de rebeldía y de defensa, que supone un país en donde el *Struggle for life* se produce de una manera tan violenta. Pero esto no es en la escuela; la juventud está unida por lazos indestructibles de compañerismo que perdurará, sea cual sea la orientación que se tome al salir de la escuela, y hállese donde se halle. Así se ve cómo personajes que sus méritos ó la suerte ha encumbrado, no se desdeñan recibiendo á sus cofrades, los que tienen en el signo ó emblema de la Sociedad un apoyo decidido en sus pretensiones. Y como á las Sociedades no llegan sino los verdaderamente distinguidos, forman luego una especie de aristocracia, porque aquella supremacía obtenida en los estudios, en los deportes ó por la abnegación en el trabajo, se conserva para formar la clase directora. Examinando las listas de socios de muchas de las fraternidades no secretas, veremos cómo en ellas figuran hombres que ocupan los puestos más preeminen-

tes de la sociedad. En la *Alpha Rho,* están Joseph F. Johnson, decano de la Universidad de New York; William R. Shepherd, profesor de Historia en la Universidad de Columbia. En la *Alpha Delta Phi,* el Presidente Roosevelt y Charles W. Eliot, Presidente de Harvard; en la *Delta Kappa,* Robert, E. Peary, explorador polar; Whitelaw Reid, Embajador en la Gran Bretaña; Arthur T. Hadley, Presidente de Yale. En la *Delta Phi,* John Astor, capitalista; Pierpon Morgan, financiero; Charles Scribner, publicista, etc. Y así se encuentran infinidad de nombres que hoy dia figuran en la política, la banca, el comercio ó la intelectualidad.

Por eso no puede considerarse como perjudicial la influencia que estas Sociedades ó Hermandades puedan ejercer en el cuerpo social.

Yale'Varsity.

New Haven (Connecticut).

LA MUJER AMERICANA

Resulta algo atrevido pretender señalar el tipo de la mujer americana; pero en la sociedad yanqui, el factor femenino tiene un relieve particular y propio que merece un capítulo especial. La mujer americana viene á representar el elemento más característico de la América del Norte, desempeñando un papel de exhibición y presentación, como si fuera el producto más genuinamente americano.

Ella es la que, atravesando el Océano, aparece en París, Londres ó Berlín para hacer gala de un fausto y tren de vida que delata los millones que dejó *abroad*. Reunidas en barrios, continúan en Europa la vida de allende los mares, dando sus tertulias, sus reuniones, sus pequeñas conferencias, audiciones musicales, etcétera, etc., y allí, donde lo más atrevido de la moda tiene su muestrario, la joven americana actuará de protagonista, siendo una nota muchas veces excéntrica, siempre llamativa, en el conjunto monoritmo de las sociedades europeas. Comparad las tradicionales reuniones

de la nobleza inglesa ó de la rancia aristocracia del Quartier Saint-Germain con los snobismos de los arrivistas del barrio de la Estrella, de la Avenida Kléber y Marbeuf, y al punto llamará vuestra atención algo extraño, nuevo, inusitado, á lo que vuestra sensibilidad europea no está acostumbrada. Son los modales, es el ambiente, es el alarde de joyas atrevidas y deslumbrantes, es el concierto chillón y disparatado de ropas y atavíos; es, en fin, la algarabía de voces mezcladas con una nasalidad penetrante que da un no sé qué de raro y desproporcionado á la conversación. ¿Es la fuerza de la vida? ¿Es la pujanza de un pueblo joven que se manifiesta en esas opulencias y exuberancias? ¿Acaso son alardes de una novedad importada y que á toda costa quieren implantar? ¿Quién sabe la causa? Lo cierto es que la americana triunfa en todas partes, es cortejada por do va con servil pleitesía, manifestada las más de las veces por un ridículo proselitismo. A este efecto, echad de ver cómo en casi todas las ciudades visitadas por la sociedad inverniza, el comercio, la industria, tributan este vasallaje exponiendo y anunciando sus productos como especialidad para los huéspedes americanos; los alrededores de la Ópera de París, y los almacenes de los bulevares tratan por todos los medios de congraciarse con los portadores del dollar que, con una candidez muchas veces verdaderamente infantil, pagan pródigamente artículos ñoños y ridículos que bautizan con el sugestivo título de *souvenirs*. Es la pícara cualidad del comerciante que se amolda á los gustos del público, que busca sus debilidades, y que á fuer-

za de adaptarse y doblegarse á la voluntad del cliente, acaba por hacerle suyo y endilgarle la chuchería. Así no es extraño verse sorprendido ante muchos escaparates parisinos durante la *saison américaine* con los rótulos y carteles *sólo para americanos,* y cubiertas paredes y vitrinas con estandartes y oriflamas de los pueblos del Nuevo Continente. No hay que decir que en esta época el París de los bulevares no es francés; el inglés domina en todas partes: en bars, cafés, teatros, almacenes, joyerías, y el pueblo yanqui, muy ufano, puede envanecerse de esta especie de penetración pacífica, aunque muchas veces es irrupción violenta, que paga, dejando sendos millones allí donde se estaciona.

Bien merece, pues, que consagremos un estudio ó esbozo de psicología á la que con tanto refinamiento representa el alma nacional. Sólo hemos de parar nuestra atención en la mujer americana de la alta sociedad; es decir, en la que contando con medios suficientes de fortuna, puede moldear su carácter con entera independencia, tomando un aspecto especial, que es lo que constituirá el tipo americano. Tomemos á la joven cuando todavía es niña. Envuelta entre holandas ríquísimas; rodeada de un lujo y comodidades sibaritas, el pequeño bebé crece y se desarrolla entre doncellas é institutrices, sin que la constante relación de la madre, que en otros puntos y en otras clases se observa, pueda moldear ese carácter, ese espíritu naciente que se desarrollará sólo por sus propias fuerzas, con una nota de independencia é individualismo que más tarde en la joven ha de ser la característica. Con los años van exigién-

dose nuevas necesidades, y el bebé llega á niña y la niña á joven, y entonces hay que pensar en su educación, que siguiendo por la misma línea de independencia, entregan los padres y confían á determinados profesores ó instituciones pedagógicas. Y es un Wellesley College ó un Bryn Mawr, ó mejor, en las clases millonarias, profesores particulares, quienes se encargan de darle esa instrucción é iniciarla en los deportes, que el día de mañana han de ser sus principales adornos. Termina sus estudios ó su educación, y la joven americana está preparada para lanzarse en sociedad. En América la palabra sociedad se escribe con letra mayúscula; eso revela el culto idolátrico que se le presta; por eso la entrada en la misma de una joven, sobre todo si pertenece á familia preeminente, es considerada como un acontecimiento del cual se hacen eco todos los periódicos. Y esa prensa vocera y sensacional da toda clase de detalles sobre las cualidades de la neófita, su guardarropa, joyas, deportes que cultiva, premios que obtuvo en los campeonatos, perros ó caballos favoritos, larga genealogía de ascendientes, sin olvidar el punto más interesante: la dote que podrá llevar cuando sea pretendida. Con ello llenan columnas y columnas y entablan largas controversias con cuestiones como la siguiente: ¿A dónde irá á parar la dote de Miss X? Y salen los dos bandos al palenque: los que patrocinan que se ennoblezca ese montón de oro con un título europeo, ó los que sostienen que el éxodo de capitales debe cesar y que la joven debe casarse y quedarse en América.

La mujer americana tiene constantemente en sus la-

bios el recuerdo del hogar—*sweet home;*—pero, en verdad, sin duda es más dulce para ella, porque lo añora y no lo conoce. La familia con esa intíma trabazón, ese calor afectivo del hogar europeo, sobre todo francés y español, no existe en América, y no comprendo cómo pueda cantar las excelencias del hogar quien apenas las ha saboreado. Tanto la joven soltera como la mujer casada gozan de una libertad sin límites; frecuentemente emprenden viajes ó paseos que pensaron de repente, dejando sólo un aviso epistolar al marido ó á los padres; pasan el día en su pasión favorita del *shopping*—de compras—por almacenes y tiendas más frecuentadas, detiénense en la librería de moda para adquirir las últimas novelas y encargar las revistas de actualidad; van á visitar las exposiciones de cuadros ó grabados antiguos, de industrias indias ó mobiliario, porque los periódicos le han señalado tales estaciones como necesarias para un tipo *up-to-date*. Como tanta ocupación cogiólas muy lejos de su casa, fueron á comer al Club ó al restaurant de moda, para volver á comenzar la peregrinación en la prima tarde, asistiendo á alguna conferencia de arte ó audición musical hasta la hora del té, en que es preciso su presencia al bar ó la sala de té más acreditada. Y siempre es necesario adoptar un aire de preocupación y de tráfago, como quien se ve secuestrado por las ocupaciones. Refirióseme el caso de una joven de la alta sociedad neoyorquina, que llegó apresuradamente al *five o'clock,* apeándose del automóvil; entra aceleradamente en la sala, pide un chocolate, y al servírselo demasiado caliente, apenas lo tocan sus la-

bios; lo deja *porque no tiene tiempo que perder,* y sale con aire preocupado del restaurant. Una vez en la acera se pregunta: ¿Qué tengo yo que hacer? ¿Dónde voy yo? Y con aire decidido toma el automóvil y ruega al *chauffeur* acelere la marcha, preguntándose repetidamente: ¿Dónde voy yo? ¿Qué tengo yo que hacer?... ¡Oh eterna volubilidad femenina! ¡Oh inconsistencia de carácter! Pretender adulterar el santo vocablo de la ocupación y el trabajo con fútiles pretextos de pasatiempos y devaneos. ¿Pero acaso puede achacarse ese mal sólo á las hijas de América? ¿No encontramos hermanas suyas en nuestro viejo solar? Sólo que la americana hace gala de su atareamiento, y con esa exageración propia del pueblo de lo extraordinario, el contraste es mucho más notado.

Hasta el tipo físico de la americana se ha llegado á moldear con caracteres especiales, y llama extraordinariamente la atención que en un país donde todas las razas se han fundido y viven bajo todos los climas, llegue á constituirse un modelo *sui generis* inconfundible con ninguna otra joven europea. El tipo de Gibson girl se ha popularizado demasiado para ser desconocido, y sean morenas ó rubias, blancas ó cetrinas, tienen una figura y modales característicos: *el aire americano.*

A la segunda generación, dice una neoyorquina, las manos se han hecho menos bastas, los modales han cambiado, y los nietos de un *newcomer* obrero se convirtieron en *gentlemen.* Es el dinero el que hace eso; el dinero que viste, pule y adorna todo lo que toca. Sin embargo, está fuera de duda esta transformación de las condicio-

nes antropológicas de las diferentes razas inmigradas tendiendo á la unificación. El profesor Boas ha hecho estudios sumamente interesantes que, si no concluyen con la existencia de un *tipo americano,* por lo menos confirman la importancia del medio ambiente. Sus observaciones nos atestiguan que, de las razas inmigradas, á la segunda generación, los dolicocéfalos han perdido en dolicocefalia, y los braquicéfalos en braquicefalia, llegando á la formación de un tipo medial. Esta opinión, además de apoyarse en estadísticas, es tanto más defendible porque bien sabida es la gran parte que los elementos telúricos toman en la formación de un tipo antropológico.

Mientras la mujer lleva esta vida de distracción y de representación, puesto que en realidad la que representa la familia es la mujer, el marido, allá en la oficina, en la Bolsa ó en la fábrica, consume sus energías para amontonar lo necesario á sostener el tren de vida familiar. Su esfuerzo total es *to make monney*—hacer dinero;—su mujer se encargará de gastarlo, ya en las playas de moda de Newport ó de Magnolia, ya en los salones de las grandes urbes europeas, ya en los resplandecientes saraos de la quinta Avenida. Y esa vida de trabajo y sufrimiento, si bien voluntaria, porque el hombre *money-getter* se afana por ir tras el dollar, no ve la recompensa que en la familia europea se encuentra en la estructura moral de la mujer. Los sinsabores, las penalidades que la lucha por la vida nos depara, tienen entre nosotros el aliento y estímulo de un corazón que allá en el hogar, no tan ponderado ni tan *dulce*

como el *home* inglés y americano, pero sí más sano y afectivo, late con nosotros; allá muchas veces la diversidad de orientación y derrotero de marido y mujer crea caracteres opuestos incompatibles é incomprendidos, que ni siquiera se reprimen con la resignación y el sufrimiento, por la facilidad del divorcio. Este último es el arma más disociadora y funesta para la unidad de la familia, que á la larga ha de traer desastrosas consecuencias y repercusiones en el cuerpo social. Ya muchos sociólogos y pensadores se han ocupado en ello, y la misma Mrs. Taft, mujer del presidente de los Estados Unidos, confesaba que «la facilidad del divorcio es un gran peligro para nuestra nación, y con horror aumenta en vez de disminuir. Cuando un pueblo presenta un relajamiento tan grande de vínculos morales y de familia, cuya unidad puede ser rota por la más ligera palabra, queda imposibilitado para presentarse ante el mundo con la fuerza moral que da una sola alma y un solo pensamiento». En realidad, como observa Marc Debrol, la mujer no puede unirse absolutamente á un corazón al que olvidará fácilmente mañana si tal es su placer.

La imaginación de la joven americana no le ofrece sino lo quimérico y fantástico; por eso no concibe más que lo desmesurado, rayano en lo extravagante; en todo es extremada, y sus dicterios ó apelativos son los más superlativos del Diccionario. Los adverbios *lovely, awfully, absolutely* los emplea constantemente; por la cosa más indiferente dirá *love* ó *hate* ó *I am crazy about*... Odia ó quiere sin límites, pero sin que ese

sentimiento parezca salir del corazón, llevada muchas veces de esa propia jactancia adquirida por el culto idolátrico que se la presta. Su admiración no tiene dominio ninguno; su entusiasmo ninguna válvula; sus sentimientos nacen y se expresan con una alarmante espontaneidad, inconscientemente. Por eso la natural inclinación de la americana por las aventuras románticas, impelida por la necesidad de excitantes, alimento que encuentran profusamente en magazines y revistas. Amante de colecciones y clasificaciones—aquí se destaca bien la nota americana,—tendrá profusión de cuadernos con los recuerdos (remember books), libros de viaje con las *journeys I have made,* libros que ha leído, impresiones, etc., pues en su afán de cultivar la sociedad toma nota de todo, aunque esta impresión se vea muchas veces vacía, falta de alma; y con su individualismo exagerado llega á convertirse en egoísta, creyendo que sólo ella es completa, que su voluntad es absoluta é inflexible. «Extremadamente femenina en sus movimientos y figura, dice Marc Debrol, y civilizada hasta el último grado de refinamiento en todo cuanto concierne al ser físico, lujo y placer, no se encuentra la misma delicadeza de sentimiento en su espíritu. Su epidermis llegó á ser muy sensitiva encima de su corazón, pero como la lluvia humedece la superficie sin llegar á la raíz y á sazonar el subsuelo, así las exquisiteces no llegan al alma de la americana». Y es que en todos sus ademanes y modales, en toda esa educación recibida aun á fuerza de dispendios y de pródigas recompensas, falta algo inexplicable que no es posible

hallar en la sociedad americana: es el peso de las centurias que moldean y facetan un pueblo. Todo cuanto haga ese pueblo vigoroso y joven inspirándose en las maneras de la vieja Europa, será pegadizo y grosera mímica que ahogará, con el remedo, las buenas cualidades nativas. Que éstas son muchas y buenas, pruébalo la pujante vitalidad de ese pueblo cristalizado en una voluntad de acero hacia el engrandecimiento de su nación. Si la americana se distingue y muchas veces se pone en evidencia, es porque con ello hace resaltar á su país; por eso, cosas que llamaríamos excéntricas ó extravagantes, las denominamos *quite american,* complétamente americanas.

Estas cualidades, admirable materia prima para el progreso de una colectividad, y de una colectividad joven, se dominarán y encauzarán con el paso de los años, que si en los individuos traen la sensatez y cordura en la acción, en los pueblos determinan el temple y calibre de la civilización. A la fiebre de orgullo y jactancia sustituirá el juicio razonado y el lento amasijo del alma nacional, á cuyos fines tan eficazmente cooperan un sin fin de instituciones. En estas ya se educan una inmensa legión de jóvenes, también americanas, porque de América son, pero no americanas en el sentido chocante de la palabra, que cultivan su espíritu con hábitos de abnegación, altruismo y modestia; y ellas son las que más contribuyen á formar el alma nacional, pasando su juventud en los laboratorios de las *high schools* y Universidades para luego hacer el sacrificio de su vida en aras de la civilización; matando todos sus im-

pulsos de notoriedad y quimeras con la constante, pausada y eficaz labor, día por día, perseguida y realizada de la lucha contra la ignorancia y el rescate á la luz de un alma adormecida en las brumas de la indiferencia.

Estos tipos, mayor en número que los que bullen y pululan por los salones mundanos, no suenan ni atraen la atención como la marimacho estrafalaria, pero, á la larga, se las conocerá en su obra, obra de engrandecimiento y prosperidad. Para estas últimas elevo mi más acendrado sentimiento de admiración.

Nueva York, 1910.

LA PRENSA AMERICANA

Si en todas partes la prensa constituye la palanca más poderosa de la vida, en América es la vida misma. En efecto, á la prensa americana pueden aplicarse las palabras de H. Berenger en *L'Action,* de que el periódico «forma la opinión pública, es decir, las costumbres; fortifica ó destruye la familia y la escuela; hace ó deshace las famas; arruina ó edifica los ministerios; hasta tiene en su mano la paz ó la guerra. Los hombres públicos, los escritores, los artistas, los políticos, los funcionarios, se hincan de rodillas delante de su poder uniforme y misterioso... Contra su imperio indefinido y anónimo nada prevalece». Los Estados Unidos, que han encarnado la última palabra del progreso en casi todos los órdenes de la actividad, debían también enseñarnos el inmenso é indestructible poder de la hoja impresa, transformando y modernizando el periódico y haciendo de él el alimento necesario de la comunidad social. Basta considerar que en sólo los Estados de la Unión ven la luz pública unos 21.394, cuyo valor puede calcularse en unos 239.505.949 dollars; que en junto, salen diariamente unos

139.939.279 números, y al año más de 10.325.143.188; que esa colosal industria mantiene á más de 48.781 empleados y sobre 96.857, y que consumen más de 2.700.000 toneladas de papel, producto de más de 100.000 acres de bosques.

La importancia de la prensa en ninguna parte se deja sentir como en América; según una estadística del movimiento periodístico mundial llevada á cabo recientemente, aparecen unos 60.000 periódicos diferentes en todo el mundo. De ellos corresponden: á los Estados Unidos, 25.000; siguen Alemania y Gran Bretaña, con 8.000; Francia, con 5.000; Japón, con 2.000; Italia, 1.500, y en progresión decreciente Austria-Hungría, España y Rusia. Esta escala viene á denotar, hasta cierto punto, el grado de inteligencia y progreso de las naciones, puesto que la cultura está en razón directa del cultivo de la prensa. Al comenzar la jornada, la primera operación del americano, criollo ó inmigrado, es la lectura del periódico ó de los periódicos, pues generalmente lee uno de los rotativos populares y otro escrito en su lengua de origen. En los trenes que transportan de los suburbios á la capital, en el *subway*, tranvías, *Dairy lunchs, bars,* etc., no se ven más que periódicos y periódicos que asustan, de ocho, doce y veinte páginas; en sus columnas la avidez del lector se sacia, empapándose de las noticias del día coloreadas de uno ú otro tinte, según el matiz de la publicación. Allí encuentra el necesitado sin trabajo cientos de ofrecimientos y unas cuantas páginas cubiertas de anuncios, que le ofrecen cuantos objetos necesita. Por eso la prensa americana

es única en su género; en otras partes el periódico comenzó por ser un órgano transmisor de noticias, después un reflejo de la opinión pública. En América desde el primer instante ha sido un molde de esta opinión, un generador de conciencia social. Tan en absoluto se ha adueñado de la vida, que sus páginas constituyen el palenque necesario de toda contratación. Esas 21.394 publicaciones obtienen 145.517.591 dollars, ó sea un 47 por 100 de sus ingresos de la publicidad, y 111.298.691, esto es un 36 por 100 de la venta y suscripción.

Sin duda alguna son varias las causas que han contribuído á esta transformación industrial de la prensa. H. Holt, el ilustre director del *Independent*, las resume en seis principales: Primera. El abaratamiento de los medios de información, correos, teléfonos, telégrafos, etc. Segunda. La introducción de las máquinas de componer (linotipia) y rápidas máquinas de imprimir. Tercera. La implantación de los medios gráficos de información, que de muy poco coste, los hace necesarios en cualquiera publicación. Cuarta. La difusión y aumento de la cultura por todo el país. Solamente nuestras escuelas, dice, sin contar los centros de alta cultura (escuelas especiales y Universidades) gradúan á más de 125.000 estudiantes por año. Quinta. El uso de la pulpa de madera para la manufactura del papel, que con esa materia prima se abarató notablemente. Sexta. Como la más importante, el enorme desarrollo del anuncio.

Es curiosísimo hacer un estudio detallado de la publicidad de la prensa americana, deduciendo de él cómo

sin la aportación del dinero del anuncio, la industria periodística sería ruinosa. El anuncio apenas era conocido hace sesenta ó setenta años y cítase en los anales del periodismo americano el ejemplo de E. & Fairbanks Company que se anunciaba en la *Tribune,* de Nueva York, pagando por el reclamo 3.000 dollars, cantidad mezquina cuando se ve que sólo veinte almacenes de fama en Nueva York emplean 4.000.000 de dollars al año en anuncios, y que una casa de Chicago pagó 500.000 dollars por año para vender por valor de 15.000.000 de dollars. Todo en general se anuncia en esta tierra: los ferrocarriles, las Universidades, los templos, los matrimonios, etc., etc., pero con derroche de literatura, pues si se estudia á fondo el anuncio, se verá la superioridad de su texto sobre la redacción de la parte editorial. Y es que muchos lectores sólo atienden al anuncio, y como dice el Rev. Cyrus Townsend Brady, el anunciante ha de conquistar la voluntad de muchos miles de lectores, mientras que el colaborador sólo ha de vencer la voluntad del director de la publicación. El mismo autor señala en *The Critic* que los 39 magazines de mayor circulación, que tienen una tirada de unos 10.000.000 de números, pueden hacer llegar una página de anuncios á más de 600.000.000 de lectores, esto es, siete ú ocho veces la población de los Estados Unidos, por la asombrosa insignificante cantidad de 12.000 dollars, ó sea 0,02 de centavo por cada lector. El total pagado por los compradores de estos 39 magazines es de dollars 15.000.000, por cuya cantidad recibían 36.000 páginas de texto y grabados y 25.000 páginas de anuncios. La can-

tidad ingresada por publicidad ascendía á unos 18 millones de dollars.

Estos ingresos son más cuantiosos en los semanarios y mucho más en la hoja diaria, en alguna de las cuales llega á constituir la publicidad el 90 por 100 de sus ingresos. Así se comprende que puedan venderse los periódicos al precio ínfimo de uno y dos centavos, cantidad que no cubre ni la mitad del coste de tirada y papel; y que es un gran negocio, díganlo las colosales fortunas que se han improvisado detrás de la hoja diaria; un Pulitzer, que de emigrante y sin cultura, en treinta años, hace un capital de más de 30.000.000; un Gordon Bennett, que comenzó el *New York Herald* con 3 ó 4.000 francos, y hoy únicamente su palacio editorial, que por un sibaritismo de millonario consta sólo de dos pisos en un barrio donde todas las edificaciones llegan á las nubes, constituyendo un sin igual templo del trabajo de mármoles y bronces y dando nombre á la plaza ángulo del Broadway y la sexta Avenida, *New York Herald Square,* vale millones y millones y sus potentes máquinas tiran por hora 300.000 ejemplares de cuatro páginas ó 150.000 de ocho y 70.000 de diez y seis, plegados y preparados en paquetes de 50 ejemplares; el *New York Times,* el *World,* etc., son vivos ejemplos de la pujanza del negocio periodístico. Tan grande es el afán de la publicidad, que se fundan periódicos sólo con ese fin, aunque en apariencia sea otro su propósito. Mr. Curtis, propietario del *The Ladies Home Journal,* espontaneándose en una interviú sobre los motivos que tuvo para fundar su periódico, nos dice «que no fué su

propósito ejemplarizar, instruir ó entretener á un millón de mujeres con poemas, novelas ó figurines. Para ser franco, aseguro que *The Ladies Home Journal* ve la luz pública sólo para los anunciantes, y la razón por la que puedo ofrecer una lámina atrayente ó una historia sugestiva que alegre y cautive al lector, es porque el anunciante me paga 4.000 dollars por una página ó 6 dollars por una línea». No es raro, por consiguiente, que en este frenesí de publicación se haya llegado al ejemplo estupendo de que una sola casa de Chicago impusiera en la oficina de Correos (el 15 de Marzo de 1909) 6.000.000 de catálogos con un peso de 450 toneladas.

***

Si esta profusión del anuncio se debe á la difusión de la prensa, hemos de examinar cuáles son las causas que motiva esa diseminación de noticias. Dejando á un lado las ya expuestas y que se refieren más á la facilidad de impresión y edición que á la influencia que puedan ejercer los periódicos sobre el público, estudiaremos en primer término el *urbanismo* ó poder de las grandes ciudades, y después llegaremos á la naturaleza del periódico, *ultima ratio* de la influencia que la prensa ejerce en las muchedumbres. En los Estados Unidos el centralismo de las grandes urbes se deja sentir de una manera patente en las colectividades por medio de la prensa. Todo el inmenso territorio de la república puede considerarse á este efecto dividido en siete centros principales: al Este, New-York, que lanza sus noticias

dentro de un radio de doscientas millas; Boston, al Nordeste, con su tipo de prensa sensata y conservadora, como cuadra á la cuna del puritanismo; Chicago y San Luis, para el centro; Nueva Orleans, al Sur, y San Francisco, en el lejano Oeste, tomando ahora importancia suma todo el Noroeste con Seattle por capitalidad. La prensa, irradiando de esos centros y ocupándose con preferencia en los asuntos locales, hace que los lectores vivan en una constante comunicación con la gran urbe primero y después con el extranjero, por las noticias que recibe de la *Associated Press;* pero desconoce lo que ocurre en su *misma casa,* en la región de al lado. Y no sólo esta comunicación entre la urbe y el foráneo se realiza por la prensa de la capital, sino también por el periódico de segundo orden, que toma toda su información del rotativo, lo que viene á determinar la zona de influencia de un periódico. Si hacemos un viaje á San Francisco desde Nueva York, observaremos palpablemente esta influencia. El primer día nos ofrecerán el *Times,* el *Sun,* el *Herald,* etc.; al día siguiente entraremos en la zona de Chicago, después en la de Salt Lake, más tarde en la de Ogden, y por último, llegarán á nuestras manos los periódicos de San Francisco; y si volvemos por la de San Francisco á Santa Fe, tendremos que informarnos en la prensa de los Ángeles, Denver y Nueva Orleans.

La determinante principal de la naturaleza del periódico americano es la idiosincrasia del público. Compuesto éste en su mayoría de inmigrantes que han adquirido una cultura ligera, tallada á la americana, es decir,

fácil á entregarse á todo lo maravilloso y sensacional, el periódico de noticias extraordinarias ha de ser el que responda más al prototipo de la prensa americana. En general, las materias asunto de la prensa están clasificadas en cinco grupos: noticias, ilustraciones, literatura, controversia, anuncios, y según la naturaleza de uno ú otro periódico, así es mayor el predominio de una de esas secciones. Por ejemplo, la guerra, política, negocios, deportes y crímenes tendrán una gran extensión y se anunciarán con títulos sugestivos en la prensa sensacional, mientras en los periódicos conservadores dominarán las polémicas ó controversias sobre opiniones políticas, los artículos de literatura y la exposición escueta del hecho ó suceso diario. Evidente es que esta última clase de prensa no tiene ni la difusión ni las ventajas pecuniarias de la primera, á pesar de que su importancia es decisiva y que su opinión pesa, desde el punto de vista sociológico; al pueblo hay que darle lo que pide, y como su imaginación infantil admira y desea lo fantástico y extraordinario, los periódicos que muchas veces han comenzado con propósitos de una crítica austera y exacta, de decir la verdad y nada más que la verdad, sin que la realidad del hecho se desvirtúe por fines bastardos y secundarios, han terminado cayendo de lleno en el gran cauce de la prensa amarilla (yelow press), la que tiene como base principal de su redacción el aumentativo, el ditirambo, la lisonja ó, por el contrario, la crítica más acerba ó los calificativos más abyectos; la vida y éxito de esta prensa está asegurada sabiendo manejar los dos tópicos principales de la misma, los que

Arthur Brisbane resume en deportes para los hombres y amor para las mujeres.

El siguiente cómputo nos hará ver fácilmente la parte que cada uno de los hechos sociales tiene en el periódico:

I. Noticias.	55.3	*a)* Noticias de guerra			17.9
		b) Noticias generales.	21.8	Extranjero.	1.2
				Política. . .	6.4
				Crimen. . .	3.1
				Miscelánea.	11.1
		c) Noticias especiales.	15.6	Negocios. .	8.2
				Deportes. .	5.1
				Sociedad. .	2.3
II. Ilustraciones					3.1
III. Literatura					2.4
IV. Opiniones..	7.1	*a)* Editoriales			3.9
		b) Controversia por correspondencia.			3.2
V. Anuncios...	32.1	*a)* Ofertas de trabajo			5.4
		b) Ventas			13.4
		c) Medicinales			3.9
		d) Políticos			2.0
		e) Miscelánea			6.0
		f) Del mismo periódico			1.4

Y esta propensión á ocuparse en sólo lo llamativo é interesante para el público, crece con la circulación del periódico, como se desprende del cuadro siguiente:

	New York.	Filadelfia.	Chicago.	San Luis.	San Francisco.
Crimen.	5	3	2	8	4
Deportes . . .	6	5 1/2	3 1/2	5 1/2	3 1/2
Política	5 1/2	5 1/2	6	6 1/2	6 1/2
Negocios . . .	7 1/2	7 1/2	10	10	7 1/2
Literatura. . .	3	3 1/2	5	1/2	2 1/2

De los anteriores cuadros se deduce la preponderancia que la prensa «sensacional» tiene en las grandes urbes. El objetivo del grande rotativo es, empleando una frase de *argot* americano, *to doctor* ó *make-up,* las noticias; es decir, inflar ó rellenar un suceso hasta el punto que, cuantitativamente, el periódico sensacional consagra un 20 por 100 más que el conservador á los sucesos. Cualitativamente, ó en su aspecto, el periódico sensacional todo lo subordina á la atracción de las miradas del comprador: títulos sugestivos, grandes cabeceras, ilustraciones y dibujos llamativos y á varias tintas, anuncios eléctricos, luminosos, cinematográficos, en fin, nada se perdona para llamar la atención del público y estimular la compra; por eso Mr. Bennett, al replicar á un joven colaborador que le interrogaba sobre la misión del periódico moderno, dice que no es la de instruir al pueblo, sino la de divertirle ó alarmarle. Y éste es el eje sobre que gira casi toda la prensa americana. El periódico americano tiende, como dice J. E. Rogers, á «dar una especie en que el bien está mezclado con el mal, pero en la que el mal es mucho más accesible y atractivo; no por eso hemos de negar que nuestro periódico es el más grande educador nacional de todo el pueblo, viejo y joven, aunque un educador nefasto». Sin embargo, no puede discutirse la ventaja de este procedimiento pedagógico; mientras el periódico se deslice por esos cauces, su obra, si grande, será perversa, no desarrollando las facultades intelectuales del lector, ni cultivando y despertando la conciencia social, y en esa balumba enorme de hechos triviales y de sensación

vulgar, verdaderamente jingoista, se pierden los esfuerzos de unas cuantas voluntades que están al frente de las mejores publicaciones americanas. La obra de Richard Watson Gilder y Roberto Underwood Johnson, en *The Century;* H. M. Alden y G. Harvey, en *Harper's;* de Baker y Tarbell en el *The American;* Abbott y Th. Roosevelt, en el *The Outlook;* W. Page, en el *The World's Work;* Albert Shaw, en *Review of Reviews;* Paul E. More, en *The Nation;* Mc Clure, en *Mc Clure's:* Ridgway, en *Everybody's;* Bliss Perry, en *The Atlantic Monthly;* Norman Hapgood, en *Collier's;* Bok, en *The Ladies' Home Journal;* Lorimer, en el *Saturday Evening Post;* R. M. La Follette, en *La Follette's;* William Bryan, en *The Commoner,* y otros muchos representa la conciencia intelectual americana; pero no es la expresión del grito popular que, como en todas partes y más que en todas partes, busca sólo la satisfacción de sus deseos y pasiones, y el déspota que la quiera dirigir y subyugar ha de ser pródigo en el *panem et circenses.*

Nueva York, 1910.

UNA ESCUELA DE VERANO

Remoto, salubri, amoeno loco.
CICERO, *Epist. ad Fam.*

Mr. X. es profesor en una Universidad afamada; goza de reputado nombre y trabaja con ahinco en su labor pedagógica. Pero Mr. X. no cuenta con grandes bienes de fortuna, y sus necesidades no pueden ser satisfechas con los ingresos que los emolumentos de profesor le producen. Mr. X., como buen americano, ha tenido que ingeniarse para encontrar otras fuentes de subsidios, y he aquí la solución dada al problema financiero. Allá en la frontera del Canadá y los Estados de la Unión hay bellos parajes, rincones ignorados donde la Naturaleza se presenta con una magnificencia exuberante, sublimemente hermosa. Bosques vírgenes, nunca pisados por la destructora huella del hombre; bosques de arces, abetos, ayas y abedules que en el centro del verano, con su tupido y enmarañado ramaje, forman sotos y ombrajes encantadores que convidan al reposo y á la contempla-

ción, y que en el otoño, en la estación melancólica que incita al espíritu á filosofar y arranca al poeta sentidas estrofas, toman un aspecto y una coloración de fuego sobre el fondo azúreo de las aguas de un lago, siempre rientes por el suave movimiento que las imprime el céfiro. Es Massawippi Lake. Fué allí á reparar sus fuerzas después de una temporada de trabajo excesivo, y encantado de las ventajas del lugar, decidió abrir una escuela de verano—una *summer school.*—La idea no es nueva en América; la creencia de que es preciso consagrar á la holganza los meses estivales no se practica aquende los mares, y siguiendo el aforismo de «á Dios rogando y con el mazo dando», buscan el deleite del cuerpo sin suspender el ejercicio del espíritu, asistiendo á alguna de estas escuelas, creadas no como instituciones básicas de cultura, sino más bien como agradable pasatiempo que mantiene latente el esfuerzo hecho durante el curso escolar, prepara para tareas invernales y cultiva la inteligencia por medio de conferencias de arte, botánica ó entomología.

No quiero referirme en mi artículo á las grandes instituciones culturales que abren sus puertas ó sus cursos durante el verano; baste saber que la mayor parte de las Universidades, como Harvard, Chicago, Columbia, etcétera, establecen cursillos bimensuales de conferencias con profesores especiales. Otras instituciones dedícanse á las tareas pedagógicas sólo en el verano, y entre ellas, y como tipo especial, encuéntrase Chautauqua. Chautauqua, nombre extraño para un europeo, es conocido en toda América, designando un lago de 18 millas

de largo y dos de ancho cerca del lago Erie. Circundado de colinas y valles siempre verdes, constituye uno de los puntos de reunión de los veraneantes de los Estados del centro y del Este; allí se levanta la institución que no está representada por grandes edificios, suntuosos dormitorios de estudiantes y grandiosos anfiteatros, sino por una infinidad de villas diseminadas, que dan la idea de un campamento, haciendo la vida del estudiante más higiénica, más campestre. Esta institución, fundada en 1874 por Lewis Miller y por J. H. Vincent, recibe anualmente miles de estudiantes á los cuales da toda clase de enseñanzas, desde los cursos verdaderamente superiores hasta las clases más elementales para niños. El presupuesto anual de gastos pasa de ciento noventa y cinco mil dollars, recaudándose por inscripciones más de ciento setenta y cinco mil, siendo éstas sumamente módicas, pues se pagan seis dollars por un curso completo y doce dollars por tres cursos, entendiéndose por curso completo la enseñanza de una materia durante seis semanas. Los gastos de pensión varían mucho. Desde cuatro dollars diarios hasta seis dollars por semana.

Si bien esta institución se fundó con miras religiosas, puesto que J. H. Vincent era obispo metodista y se propuso crear una falange de pastores que supiesen llenar cumplidamente la delicada misión espiritual, hoy día ha perdido ese carácter confesional hasta en la parte religiosa que pueda tener, pudiéndose decir que no es ni siquiera *undenominational,* sino *alldenominational,* poniendo especial cuidado en inculcar como principios

educativos las ideas religiosas. «Precisa ante todo considerar como verdadero fundamento de la educación á la religión—nos dice J. H. Vincent.—El temor de Dios es el principio de toda sabiduría; debemos, por consiguiente, admitir la existencia de Dios y sus derechos sobre nosotros como seres morales; la unidad y la fraternidad de la raza con todas sus consecuencias; la armonía entre todos los hombres tomada como ideal de la vida en el tiempo y la eternidad; la propulsión al buen uso de toda ciencia capaz de desenvolvernos; el acrecentamiento de un amor respetuoso hacia Dios y de la disposición al sacrificio, á trabajar de buen grado por el bienestar de la humanidad.» Por eso, en ese respeto mútuo de creencias y sublime tolerancia de opiniones, han llegado á buscar un terreno neutro, una zona común donde todos los estudiantes puedan congregarse y elevar su espíritu hacia el Todopoderoso, y han erigido un suntuoso templo con el genérico nombre de *Aula Christi*. En él celebran las reuniones científicas, morales, artísticas; allí se dan las lecciones ó conciertos; en fin, todo lo que nos hace amar y conocer la vida, remontándonos á las complacencias del espíritu y sintiendo la influencia indeleble de Dios.

Como se ve, Chautauqua es una institución ya arraigada y con vida próspera, cuya influencia es verdaderamente social. Pero la que tratamos de estudiar es la pequeña escuela creada por los esfuerzos de un sólo hombre y dirigida á la educación de unos cuantos jóvenes con toda la modestia de los medios que un profesor pueda aportar. En las orillas de Massawippi tenemos un

ejemplo. Dirige la *Massawippi summer school* mi amigo Mr. X., y recluta como personal docente algunos profesores amigos suyos que encuentran en las deliciosas tierras canadienses, punto admirable para estación de verano. El cuerpo escolar no es muy numeroso, la escuela nace ahora; pero, á pesar de ello, los estudiantes son los suficientes para llenar el presupuesto de gastos. Allí se les prepara para la entrada en las Universidades, pueden seguir cursos de lenguas vivas, y en la vida campestre que llevan, bajo la tutela del profesor, estudian prácticamente las ciencias naturales. He aquí el programa de los cursos: *Composición latina*, *Composición griega*, *Elementos de griego*, *El Teatro griego* (Esquiles, Sófocles y Eurípides), *Francés superior*, *Alemán superior*, *Elementos de castellano* (the best Madrid pronunciation is taken as a standard), *Elementos de italiano*, *Ciencias naturales*. Este ejemplo que os doy de una escuela de verano promovida, creada y dirigida por la iniciativa de un solo individuo, es una prueba manifiesta de esa energía americana, fruto el más preciado del espíritu democrático de este pueblo, capaz de dominarse y aleccionarse en los más duros trances de la vida para llegar á la satisfacción y logro de sus propósitos.

North Hatley (Quebec).

EL ALMA AMERICANA

Recientemente, á propósito del intercambio de profesores entre Estados Unidos y Francia, Van Dyke, profesor en la Universidad de Princeton, expuso un ensayo de psicología del pueblo americano. Tarea de coloso es llegar á tal objetivo. Echad una ojeada sobre las estadísticas de emigración, y ellas os darán claramente el porqué. El pueblo americano está todavía en un período sociológico de formación por accesión ó aglomeración, determinando una mixtura donde han predominado diferentes elementos étnicos: unas veces el anglosajón, otras el germano, hoy día el latino y razas mediterráneas. Vano esfuerzo sería el proponerse deducir de la prepotencia de uno ú otro elemento de raza la supremacía del espíritu en esa colectividad. Lo único que lleva el inmigrante consigo son los tópicos raciales antropológicos, no los psíquicos; son elementos sin valor moral cotizable fuera de una gran voluntad para el esfuerzo ante el lucro y la riqueza. Llegando ayunos de cultura fácilmente se moldean con las

particularidades de la pedagogía yanqui, que, con una labor de hormiga, constante y paulatina, hace prodigios educativos, despertando voluntades dormidas, afilándolas en la dura muela del estímulo para la competencia y el *struggle for life*. Esta lucha por la vida ha cambiado por completo el aspecto moral del pueblo yanqui. La inmigración, el maquinismo, las grandes explotaciones agrícolas é industriales, la sed de oro, etc., han trocado el aspecto primitivo de ese pueblo dando á su facies el rictus contraído y cejijunto de la tenacidad por el dinero. Esto viene á representar el esfuerzo muscular, que, á lo sumo, se traduce en una seudoliteratura sensacional y extravagante de magazines y novelas á veinticinco centavos.

Ahora bien; ¿posee el pueblo americano una literatura propiamente dicha? Esta ha sido una controversia largamente sostenida en el palenque de la originalidad. Si los yanquis, decían muchos detractores de la autonomía literaria americana, para expresar las modalidades de su espíritu emplean el idioma de Shakespeare y Chaucer, los que en el manejo de este léxico hayan sobresalido deben ser agrupados en el campo de la literatura inglesa. Pero esto supone una mezquina concepción de la literatura. Las floridas sartas de palabras hermosas no cautivarán nuestro espíritu sino por las ideas que ellas representan y por el concepto que de la composición se desprenda: lo que constituye el fin, tendencia, orientación literaria, etc., etc. En este sentido, América tiene su literatura y sus adalides literarios, que pueden y vienen á representar con inmarce-

sible gloria el alma americana. Y ésta se presenta sustantiva y autónoma, con un sello genuinamente peculiar y que desde los primeros tiempos coloniales hasta hoy día, de esplendorosa manifestación imperialista, lleva ingente el espíritu puritano, es decir, de tenacidad y fortaleza, á pesar de las diversas variantes y modificaciones que la historia política de la Unión ha sufrido.

De querer determinar en grandes ciclos esas fases ó etapas del pensamiento americano, podríamos decir que todo ese largo período de tres siglos, desde la llegada de los peregrinos del Mayflower hasta nuestros días, puede dividirse en tres jornadas: la *religiosa,* circunscrita al siglo XVII; la *política,* que abarca la centuria XVIII, con el movimiento de independencia y las luchas políticas intestinas, hasta llegar al tranquilo asiento de la Federación; la tercera, *literaria,* concretada al siglo XIX, en cuyos albores, ya por la estabilidad de los pueblos confederados, ya por el comercio literario con la vieja Europa, el alma americana surge potente y galana, enseñando al viejo continente que es apta para modular los más inspirados matices del estro poético.

***

Al comenzar el siglo XVII, las luchas religiosas, que en el continente europeo habían cuarteado la unidad y fortaleza de los imperios, repercutían también con igual fuerza y envenenado rencor en Inglaterra. Ellas no fueron más que el eco lejano del espíritu de la Reforma, que, adaptándose á la idiosincrasia y cualidades

del pueblo sajón, determinaron, en lo religioso, la *religio purissima,* y, en lo político, la revolución. El individualismo inglés y la independencia política en que habían vivido en Inglaterra, como tópicos ancestrales de los anglosajones, dieron una interpretación originalísima á las tendencias de la Reforma, llegando al libre examen, á la libre conciencia del hombre para interpretar las sagradas Escrituras. Ya el embajador de España escribía á Felipe II los temores de que ese arraigo que la herejía había tomado entre los ingleses fuera un peligro para la tranquilidad política, señalando que «los que se llaman partidarios de la *religio purissima* aumentan más y más cada día. Llámaseles puritanos, porque, rechazando toda ceremonia, toda forma externa de culto, atiénense sólo á las autorizadas por la simple interpretación de la Biblia... Algunos de ellos han sido reducidos y encarcelados, pero ninguno teme la prisión». Abnegación y desinterés que más tarde habían de llevar á la separación cuando ese movimiento de religioso se convirtiera en político, produciendo ese paréntesis esporádico y anodino de la historia de Inglaterra, que encarna un hombre, absorbente por su ambición, rey y tirano sin mandato dinástico, y que cierra él mismo al dejar las riendas del poder: Cromwell.

Si los puritanos representaban un principio de libertad religiosa y política completamente nuevo, de quererlo poner en práctica habían de buscar un paraje libre de influencias extrañas, sin presión alguna que pudiera prostituir la pureza de los principios de su religión. Por eso América aparece ante los ojos de esta

secta como la tierra de promisión, y allá se encaminan á sentar los jalones de su creencia y la cuna de un nuevo pueblo, previendo el desarrollo y esplendor que la nueva colonia había de tener, como Drayton nos dice en sus versos memorables. Pero al desembarcar en la bahía de Massachusetts con los peregrinos, desembarcó también su ideal religioso y político, que, siendo un trasplante de las ideas y creencias de la madre patria, había de adolecer de los mismos defectos de aquélla. De ahí que la principal dificultad para el gobierno de la nueva colectividad fuera, más que la vecindad de los indios, el mismo espíritu de intransigencia que animaba á Winthrop y Dudley. Muchos de los que les acompañaban iban guiados, más que por el espíritu religioso, por el cebo de empresas comerciales y exploraciones; por eso al punto se puso de manifiesto la divergencia de orientación en los habitantes de aquella colonia. Si los directores con su puritanismo creíanse genuinos representantes de una religión nueva, los principios de ésta, que podían ser gérmenes de renuevo social, éranlo también de lucha religiosa, porque se sostuvo la infalibilidad del Credo con un fanatismo tal, que al poco determinaron las persecuciones más obstinadas. Y la misma libertad religiosa, bajo cuyo amparo ellos habían combatido, había de revolverse contra ellos desde el momento que, tratando de hacer obra política, impusieran como norma obligatoria las reglas de un credo. Por eso la colonia de Massachusetts conviértese muy pronto en una irritante teocracia en la que, fieles á sus creencias, en vez de

carta política se instaura la Biblia; á ella se recurre para todo, sus preceptos y textos se invocan como fórmulas de jurisprudencia, y erígense en definidores del derecho y amparadores de la justicia los mismos ministros que eran los representantes de Dios en la tierra. Imagínese la dificultad de la vida en una sociedad semejante; allí donde, faltos de toda constitución política, sólo los preceptos de la Santa Escritura prevalecían; donde el buen parecer del ministro era la ley para los casos no previstos en los textos sagrados, las persecuciones se habían de presentar al punto, concediendo á esos mismos magistrados el poder absoluto de proscribir á los ciudadanos indignos, creyéndolos impuros *(they were not fit to live with us)* por el solo hecho de no pensar como ellos. Para mantener la cohesión social necesitan de principios coactivos, y en el orden teocrático son éstos visiones espeluznantes de endriagos y vestiglos, de penas y suplicios enormes para aterrar las imaginaciones fanáticas del pueblo sencillo é ignorante, que de ese modo permanece sumiso y adicto á los ministros del culto. Terroríficas por demás son las predicaciones de Jonathan Edwards y de John Norton y Cotton Mather, produciendo con sus descripciones demoníacas más de un caso de locura entre la multitud de histéricas creyentes. Ese estado fué el reflejo de los períodos de crisis religiosa europea, que, al final del siglo XVI y en el XVII, determinaron, tanto en Inglaterra como en Alemania, Francia y España, la época de los encantamientos, supersticiones y brujerías. En América se desarrolló esta tenden-

cia supersticiosa y fanática hasta apoderarse de todas las conciencias, y la reacción persecutoria fué obstinadísima, bastando la más leve delación para llevar á la hoguera ó al destierro (destierro de una sociedad que se llamaba civilizada para habitar entre los indios, muchas veces más hospitalarios que los rostros pálidos) y señalar con el infamante sello de *An open and obstinate cotemner of Gods holy ordinances.*

Entre todos los ministros del culto, que á su vez ejercieron una preponderancia política en la vida social de aquella colonia, la personalidad de Cotton Mather destácase con sobresaliente relieve. Educado en el famoso colegio de Harvard, afanóse en el estudio de los clásicos, que quizás llegaron á formar torcidamente su espíritu por la gran diferencia que resaltaba entre sus conocimientos y el estado general de los habitantes de aquella colonia. Mather vino á ser la consagración de toda una dinastía de grandes hombres, de hombres puros inflamados de los principios religiosos que habían provocado años antes la partida del Mayflower. Desde muy joven dedícase á la predicación y difusión de las ideas morales. Su finalidad es hacer el bien, llegando por una red complicada de principios á constituir todo un sistema de moral utilitaria, que, basado en la inconmovible piedra de la religión, se convierte muy pronto en tiranía inquisitorial. Resumió sus teorías en sus ensayos para obrar bien: *Essays to do good.* Admite y proclama el principio de inspección ó vigilancia de la conducta moral de los demás, procedimiento sumamente peligroso é indiscreto, que quiso sustituir á

la confesión, y que determinó una continua sospecha y desconfianza, una irritante hipocresía. Quizás el mismo conocimiento minucioso de los clásicos llevóle á una prescripción detallista y pequeña de la vida, considerando que en todos los actos de la misma la divinidad se mostraba de una manera particular y directa, y que en ellos podía adorarse á Dios. Esto nos recuerda el cúmulo formulista y casuístico de los romanos que Varron nos presenta en sus *Indigitamenta* al tratar de reunir todo el calendario olímpico de divinidades. Cotton Mather, en su afán por las fórmulas religiosas, inventa una para cada necesidad de la vida, y así, cuando se fermenta la cerveza, él exclama: «Señor, procúranos en un Cristo glorioso la eterna provisión que ha de calmar la sed de nuestras almas»; el ordinario y vulgar amasijo que en el hogar procura el pan nuestro de cada día, le sugiere: «Señor, que un Cristo glorioso sea nuestro pan de vida», degenerando en un ridículo espantoso la influencia excelsa que la religión debe de tener. Sin embargo, á pesar de sus exageraciones, Mather era de una bondad evangélica, toda intención, toda misticismo. Sus infinitas producciones literarias, naturalmente inspiradas y sostenidas por su exaltación puritana, formarían un largo catálogo, pudiendo, de algunas de ellas, sacar elementos de valía para la historia americana.

En sus *Magnalia Cristi Americana,* obra la más culminante de Mather, pinta con vivos colores, quizás en un estilo demasiado ingenuo, los propósitos de los *pionniers* de la Nueva Inglaterra y la lucha épica que

hubieron de sostener contra las inclemencias del clima y las hostilidades de los indios. Pero el *leit motiv* que aparece en todas sus palabras es el incentivo religioso. «Escribo las maravillas de la religión cristiana (nos dice al principio de sus *Magnalia)* huyendo de las depravaciones de Europa y buscando un refugio en las costas americanas. Con la ayuda del Sagrado Creador de nuestra religión, y consciente de la verdad necesaria para obra tan excelsa, por Él, que es la verdad misma, voy á contaros las extraordinarias vicisitudes, consecuencias de su poder infinito, de su sabiduría, de su bondad y de su constancia, cualidades todas que su divina Providencia hizo brotar en el desierto indio...» Esta prosa, inflamada por ardiente misticismo, muestra admirablemente la característica del primer período del pueblo americano, de una exaltación beatífica aguijoneada por la necesaria lucha diaria contra los indígenas y el medio ambiente.

***

Al período de fundación sigue el de evolución y arraigo político. Las colonias de la Nueva Inglaterra van poco á poco desenvolviéndose con orientación distinta á la de la madre patria. Sus necesidades no son las mismas; su ideal diferente; el lema de todo nexo social es la libertad y respeto para toda creencia y asilo para toda persecución. Y esta diferencia fué divergiendo más y más cada día, sobre todo después de la restauración inglesa, llegando ya á marcarse la hos-

tilidad de los colonos hacia la metrópoli. El motivo buscado diólo Inglaterra con su política colonial; el acta de navegación, los mandamientos de auxilio y las actas fiscales sobre el azúcar y el té abrieron las compuertas de odios mal reprimidos, iniciándose el movimiento separatista. La literatura mal puede ser cultivada en tal estado de cosas; sólo se oían voces de protesta, alegatos *pro justitia* de los colonos, resumidos en la célebre frase *no taxation without representation,* hasta que el instinto de defensa hizo concebir la necesidad de reunir un Congreso americano que elevase la voz autorizada de las colonias ante el Gobierno central. Ahondadas las diferencias, comienzan las hostilidades en Lexington, siendo el primer hecho de armas de la campaña que había de terminar con la independencia. Aquel hálito místico y teocrático de los primitivos colonos transfórmase en ardimiento y acendrado valor por la lucha y defensa de las libertades; todo el mundo se disputa el honor de morir combatiendo por la independencia, y cantos de guerra, cantos épicos, mantienen ese espíritu, enardecido por soflamas como la que *New England Chronicle* publicaba:

Hark! 'tis Freedom that calls, come, Patriots, awake
To arms. My brave Boys, and away:
'Tis Honor, 'tis Virtue, 'tis Liberty calls
And ubpraids the too tedious Delay.

. . . . . .

Triumphant returning with Freedom secured
Like men, we'll be joyful and gay.

. . . . . .

It will smooth Life's dull Passage, it will slope the Descent
And strew the Way over with flowers (1).

En todo este período dos hombres sobresalen como ejes y resumen del movimiento separatista: Washington, en lo militar; Franklin, en lo político. Si bien otros muchos pudieran citarse, como Adams, Sherman ó Livingston; sólo Franklin es el perfecto modelo y patrón del tipo americano: abnegado en la fe por salvar á su pueblo; obstinado en la lucha para hacerse á sí mismo hombre; no reparando en dificultades y salvando todos los obstáculos para presentar ante el mundo la fuerza de su inteligencia, amasada y hecha con el poder de una voluntad de acero. La vida de Franklin, contada por él mismo, es una de las lecturas que hoy día constituyen el libro necesario en todas las escuelas; en América, su autobiografía tiene la misma finalidad que *Il cuore*, de Amicis, en las escuelas italianas. Franklin, obrero y luchador; Franklin, político y estadista; Franklin, hombre de ciencia y sociólogo; Franklin, moralista y virtuoso, es un modelo único en

---

(1) Escuchad! La Libertad nos llama. Alerta! patriotas.
A las armas, queridos hermanos, adelante!
El Honor, la Virtud, la Libertad lo exigen
reprochándonos nuestra negligencia.
. . . . . .
Volviendo vencedores con la Libertad triunfante
seremos como hombres gozosos y satisfechos.
. . . . . .
La Libertad dulcifica la vida y la muerte,
sembrando su duro camino de flores.

su género, una de esas estrellas que señalan una época en la historia de un pueblo. Indudablemente que la obra de Mather, *Ensayos para hacer el bien,* contribuyó á formar la conciencia de Benjamín Franklin. Pero su espíritu es mucho más abierto y depurado que el del exaltado puritano, y, persiguiendo sin desmayo la perfección moral, nos da una serie de reglas que tienden á la formación de un conjunto de virtudes, puntales necesarios para la constitución de una conciencia pura. La templanza, el orden, el silencio, la resolución, la economía, el trabajo, la sinceridad, la justicia, la moderación, la higiene, la tranquilidad, la castidad y la humildad, esas son las armas que todo buen ciudadano se ha de procurar para vencer en la lucha por la vida. Es innegable que en Franklin se alumbra la llama del puritanismo, pero sin las exageraciones y fanatismo de los primeros tiempos. Ha sido un hombre forjado en la lucha diaria, y consiguió para su patria honor y gloria.

Los días de lucha fratricida han pasado; los espíritus, inflamados por el canto de Key: *the Star spangled Banner* (la bandera estrellada), se han aquietado, y la paz de Gante, al afirmar la personalidad política de los Estados de la Unión, dió una estabilidad más propicia para el desarrollo de la cultura. Entramos en la dichosa era de los buenos sentimientos *(era of Good feeling):* pero ese empuje, necesario á todo pueblo joven para luchar por el progreso y la prosperidad nacional, no es propicio á los vuelos del espíritu. Como nos dice Schalck de la Faveri: «hermosa es la vida consagrada

á las verdades eternas: libertad, igualdad, fraternidad... Pero para vivir es preciso comer. Precisa, ante todo, hacer la casa sólida para desarrollarse físicamente; después se pensará en hermosearla para que el espíritu encuentre en ella digna morada». Por eso estos primeros años de vida independiente y asiento político de los Estados de la Unión se consagran más al desarrollo de los mismos, á la explotación de las fuentes de bienestar y, por consiguiente, al desenvolvimiento casi exclusivo de la energía y la voluntad, facultades que conducirán al individuo vencedor en la ruda lucha por la existencia. Sin embargo, comienza ya en esta época á marcarse los dos estímulos de un pueblo: el sentimiento de la prosperidad material y el anhelo por el culto del espíritu. Los modelos ingleses más en boga pasan el Atlántico y se difunden entre los intelectuales del naciente pueblo. Byron, Wordworth, Walter Scott, Coleridge, Hallam, etc., son objeto de estudio y crítica en los círculos literarios y publicaciones americanas, y son varias las revistas que cultivan las letras en Boston y New-York.

De este ambiente han salido las dos estrellas más importantes de la era propiamente literaria: Washington Irving y Longfellow. De educación literaria inglesa Washington Irving tiene un aspecto eminentemente americano, pudiéndosele llamar, como hace Thackeray, el primer embajador de las letras que el Nuevo Mundo envía á la vieja Europa. Terminada su educación en el Colegio de Columbia, propónese hacer la peregrinación obligada de los hombres de letras; recorre Fran-

cia, Inglaterra, España, y de toda esa peregrinación forja su espíritu, saturándolo de esa fina nota antonomásticamente británica: el *humour*.

Acontece la aparición de Washington Irving en el palenque de las letras con nombres como James Fenimore Cooper y William Cullen Bryant, al mismo tiempo que los Henry Clay, Andrew Jackson, John Calhom, Daniel Webster aparecen en la esfera política, hombres todos que, al decir de Trent, habían de sustituir á las tendencias británicas ó francesas un americanismo á ultranza. La juventud de Irving, enfermiza y enclenque, hízole vivir apartado de la fragorosa lucha por la existencia y rodearse de ciertos mimos y cuidados, que le pusieron más en comunicación con la Naturaleza. Y la Naturaleza en América es causa emotiva de suprema fuerza. Las adversidades y contratiempos de los primitivos *pionniers* para llegar á asentar sus reales en las márgenes del Hudson; sus luchas episódicas con las tribus indias; la esplendorosa gama lumínica de la Naturaleza, todo, en fin, ejerció presión en el alma del joven Irving, determinando en él la verdadera tendencia americanista. Y que en América ya se iba formando y tomando cuerpo un cenáculo literario nacional que sabía degustar las bellezas escritas inspiradas en la patria, lo prueba el éxito que obtuvo *Diedrich Knickerbocker,* seudónimo de Irving al publicar la *History of New-York,* mezcla de historias imaginarias y reales y, como dice un crítico literario americano, «la primera obra en donde se ve una originalidad real y un encanto sutilísimo». Tanto ese seudónimo de *Knickerbocker*

como el de *Jonathan Oldstyle* hicieron de Irving el literato más conocido en su tierra. Los editores comienzan á disputarse sus escritos en perspectiva de pingües negocios, y las misceláneas humorísticas del *Salmagundi* y el *Sketch Book* (Libro de notas), *Christmas Eve* (Nochebuena) y *Tales of Traveller* (Cuentos de un viajero), divirtieron por mucho tiempo al público americano. Washington Irving residió bastante tiempo en España; Granada fué su cuartel favorito de inspiración y la que le sugirió sus obras más importantes, como la *Life of Columbus* (Vida de Colón), *The Conquest of Grenade* (Conquista de Granada) y *La Alhambra*. Algunos de estos libros constituyen hoy las lecturas de los niños en las escuelas; son libros nacionales.

Si Washington Irving representa el primer alarde afortunado de una literatura nacional, el pensamiento poético no encuentra una expresión adecuada á las sutilezas del espíritu sino en Longfellow. Con razón puede dársele el dictado de poeta americano por antonomasia; porque así como en Washington se descubre el espíritu observador y escrutador de los tipos sociales, Longfellow lo ve todo á través de su naturaleza, finamente poética, y todo lo traduce en fugas admirables de espíritu, que, al revelarse en sus poemas, se convierte desde ese instante en cantos nacionales, epopeyas de un pueblo que encuentra en ellas reflejada su alma. La carrera literaria de Longfellow tiene algunos puntos de contacto con los principios de Washington; como aquél, una vez decidida su vocación por los estu-

dios literarios, emprende un viaje de estudios para observar las viejas literaturas europeas y estudiar sus moldes poéticos. Recorre España, Francia, Italia, Alemania, y con un afán desmedido de conocerlo todo, de averiguarlo todo, consigue con su portentoso talento asimilarse el espíritu de esos pueblos. Díganlo si no, como admirable ejemplo, las hermosas traducciones que de las obras maestras de las literaturas europeas lleva á cabo, y son las *Coplas* de Jorge Manrique, ó imitaciones de Lope de Vega y Calderón, lo que toma de la literatura española; y es á Dante, con su *Divina Comedia,* lo que toma de Italia, ó los difíciles ensayos de Charles de Orleans ó de Malherbe de la literatura francesa, ó versiones tan admirables y sentidas como las de Muller y Goethe, que demanda á las letras alemanas. Sobre todo Alemania fué para Longfellow la divina inspiradora y sus maestros los que él siguió y tomó como pauta de un lirismo y sentimiento que habían de hacer de él el primer poeta de América. Revélase como tal en el *Hyperion* ó en el *Salmo de la vida,* aun cuando sus cualidades versificadoras se hayan discutido por algunos críticos; en *The day is done* es de una armonía perfecta y sus versos están repletos de imágenes. Con una agudeza de alma extraordinaria para comprender los estados del espíritu, Longfellow se presenta como poeta de los poetas por su gran simpatía humana y optimismo consolador. En todos sus versos flota un verbo religioso que hace inspirar una fe ardiente hacia un más allá. Donde Longfellow se ha mostrado genuinamente americano es en *Kavanagh,*

*

cuadro sencillo de costumbres rurales; *Evangeline*, poema sublime en que condensa toda la historia de una raza, como en la *Canción de Hiawatha* se convierte en el cantor de los indios, llegando á «la epopeya de los Pieles Rojas por uno de sus vencedores», como afirma un crítico contemporáneo.

La corriente americanista iniciada por Washington Irving y Longfellow, tiene su más excelso representante en Nathaniel Hawthorne. Como moralista y poeta, de sentimiento nada común, sobresale Hawthorne con la fiereza propia del sentido puritano ancestral y teniendo á gala el no haberse orientado en las literaturas europeas. *The Scarlet Letter* (La carta escarlata), *The Housse of the seven Gables* (La casa de siete torres) y *The Blithedale Romance* (La novela del valle alegre), consagráronle en el palenque de las letras como talento original en la concepción del tema novelado y sencilla exposición.

En otro orden literario se destaca Ralph Waldo Emerson. Es un alma universal por su comprensión universal de las cosas y su misticismo filosófico, que le coloca en la primera línea de los pensadores americanos. Su larga estancia en Inglaterra contribuyó á formar su espíritu y sus relaciones literarias, en especial Carlyle, á difundir su nombre y á hacerlo apreciar en su valor. Su filosofía, clara y sencilla, tiende á reconfortar al hombre con la práctica de la virtud, inspirándose en el mismo naturalismo que se observa en sus poemas.

Ya mediamos en este estudio el siglo XIX. La vida

americana se transforma; no solamente la raza se altera con la inmigración, que lanza oleadas de gentes diversas á las playas de Nueva Inglaterra, sino los gustos literarios cambian y casi desaparecen ante el rudo luchar diario. Muchos cultivadores, sin embargo, engalanan las letras americanas. Y lo son por el mantenimiento de ese verbo religioso que distinguió á los fundadores y que persiste en casi todas las épocas que hemos mencionado. Edgar Poe no podríamos considerarlo un autor genuinamente americano, y á pesar de todo hay algo en él que delata su alma del Nuevo Mundo. El humorismo contemporáneo de Marc Twain quizás parezca pegadizo y extranjero. Pero en todas sus narraciones, en todos sus cuentos, lo extraordinario y sorprendente llena más que las finezas y exquisiteces dirigidas al espíritu. En él se ve bien al americano.

***

En esta trayectoria que hemos trazado á vuelapluma, ha sido nuestro propósito hacer resaltar la persistencia de un espíritu de fortaleza y voluntad que constituyen el temple de una raza. Desde los puritanos hasta hoy día se observa el mismo aliento, con las variantes que las vicisitudes histórico-políticas han impreso en el cuerpo social. Y ese espíritu cristaliza en unas cuantas inteligencias privilegiadas en forma poética ó de moral dogmática, que sirviendo de enseñanza educativa contribuyen en un todo á la formación del gesto psicológico de un pueblo que se llama ALMA.

CIVIS AMERICANUS SUM...

Civis americanus sum... Y el americano, con este santo y seña, recorre todo el mundo, seguro de sí mismo y de que detrás de él se encuentra el pabellón estrellado que le protege y ampara. Es el resultado natural de la evolución política de los Estados de Norte América; las antiguas colonias inglesas, una vez independientes, ya en el primer tercio del siglo XIX, asisten al despertar fiero y guerrero de las colonias españolas que, poco á poco, tratan de sacudir el yugo de la metrópoli, aprovechándose del estado de debilidad en que España se encontraba al alborear esa centuria. Las voces de Bolívar y San Martín encuentran eco en sus hermanos de América del Norte, y conscientes éstos de su cohesión y fuerza, erígense en amparadores y sostenedores del movimiento de independencia, y, por último, en definidores de un principio de derecho internacional que había de tener importancia vital para el desarrollo de los Estados americanos. Ese principio fué lanzado el 2 de Diciembre de 1823 por el Presiden-

te Monroe, transformándose desde aquel momento en un Credo que había de ser, con el transcurso del tiempo, modificado y tergiversado para cohonestar las ansias de expansión y dominio que el pueblo americano manifiesta en todo el siglo XIX, y que corona en los umbrales del XX con uno de los hechos más inauditos que la historia contemporánea registra. El pensamiento de Monroe es comprensible y natural. Monroe quiso dar estabilidad á los Estados de la Unión; todavía las potencias europeas, sobre todo Francia, Inglaterra y España, representaban una fuerza en el continente americano; las mismas colonias tenían como vecinos á franceses y españoles, sin que se hubieran marcado de manera clara las fronteras de los dominios de unos y otros. Entonces Monroe comprendió que era preciso definir un principio que les pusiera á cubierto de una intervención, y aprovechándose de la inestabilidad política europea en que Napoleón había dejado el Viejo Continente, como un reto, lanza el famoso mensaje, que en substancia viene á decir: «Si nosotros estamos en nuestra casa tranquilos y pacíficos, ¿por qué entrometeros en nuestros asuntos? Discutid cuanto os plazca sobre vuestras cosas; nosotros nada tenemos que ver con ellas, pero consentid que la parte de América que se ha hecho independiente se gobierne como tal. Si os empeñáis en intervenir en nuestras diferencias, los Estados Unidos intervendrán también en las vuestras.» Es decir, teorías que ordinariamente se resumen en la frase *América para los americanos*.

Una vez lanzado este principio era cuestión de apli-

carlo, y el primer punto motivo de discusión encontrólo la joven república respecto á la rectificación de la frontera de Alaska, con Rusia. Al principio, Rusia quiso mantener sus derechos, pero como en realidad las colonias de Alaska y pesquerías del mar de Behring no tenían para ella una importancia decisiva, teniendo en cambio que prestar más atención á su política continental, esquilmada y debilitada por las campañas napoleónicas, y, sobre todo, ante la actitud de Inglaterra, que *sotto voce* aprobaba las intenciones de los americanos, como lo prueba la actitud de Lord Castlereagh, tuvo que someterse á las pretensiones de los americanos, y en la conferencia de San Petersburgo recibieron amplias satisfacciones y el primer trato de potencia americana. Libres ya de cuestiones en la frontera Norte y Noroeste, habiendo asegurado la tranquilidad en el Centro y Sur, por las adquisiciones de la Luisiana á Francia en 1803 y la Florida de España en 1818, tendieron la vista hacia las posesiones españolas que trataban de independizarse, y dando una primera interpretación á las doctrinas de Monroe, erigiéronse en fomentadores del movimiento. Claro es que en todo ello, como en la cuestión con Rusia, encontraron decidido apoyo en los hombres de Estado ingleses, y como la situación especial de Portugal y España impedía reprimir con mano fuerte los movimientos de rebelión americanos, poco á poco estos pueblos alcanzaron la independencia. La política de los Estados Unidos veíase satisfecha; los auxilios y favores con que había contribuído á ese movimiento afianzábanla en su orgullo y asegurábanla su propio valer.

Esto era el primer punto de un imperialismo que, entonces naciente, se había de convertir de nacional en continental y consagrar, últimamente, con el dictado de mundial al salir de las tierras americanas para invadir otras esferas. Pero en la misma América tenían que desarrollar su ambición. Poco á poco se había de consolidar la República por medio de la extensión territorial, y poniendo en práctica este pensamiento, dirigen su acción primero sobre Texas, luego sobre Méjico y California. La Historia nos presenta manifestaciones singulares de la política americana, hábil y diplomática como ninguna. Invadir un territorrio, hacer resonar los gritos de guerra y el fragor de las batallas, son incidentes que quitan gran parte del derecho, cuando no descalifican é invalidan una gestión. Pero apoderarse tácita y paulatinamente, con astucia y refinada insidia, es el desideratum de los pueblos que quieren ejercer una hegemonía, pasando, además, como amparadores de débiles é importadores de la justicia. Esa política realizaron los americanos con sus vecinos de Texas; y los descontentadizos con el Gobierno central mejicano volvieron la vista á la gran República federal y pidiéronle su apoyo, y, finalmente, su adhesión. El derecho internacional americano, que como inglés y americano es muy gráfico, tiene apotegmas de una claridad admirable. Dicen ellos que la fruta no es preciso cogerla verde, sino esperar á que, ya en sazón, caiga del árbol; entonces es mucho más cómodo recogerla y es más sabrosa. Siguiendo esos principios, ¿por qué tenían que violentarse interviniendo en las diferencias de Texas con Méjico? Esperaron

que la fruta estuviera madura y Texas hizo ese camino declarándose, primero independiente, y más tarde *sponte sua,* celebrando un Tratado de anexión á la República de la Unión que, si bien se discutió al principio en el Senado americano por ciertos escrúpulos de vergüenza, al fin se sancionó en primero de Mayo de 1845. Este había de ser el primer paso de la política de anexión. Las diferencias á propósito del Yucatán hiciéronle romper con Méjico, y conocedores de su fuerza aceptaron gustosos la guerra que Méjico vióse obligado á declarar, invadiendo el territorio mexicano, llegando á flotar el pabellón estrellado en la misma ciudad de Méjico. La guerra terminó con el Tratado de Guadalupe-Hidalgo de 2 de Febrero de 1848. La ambición de los yanquis veíase satisfecha; no era sólo Texas cuya anexión se sancionaba, eran también los inmensos territorios de Núevo Méjico, Arizona y California los que venían también á redondear el ya inmenso territorio de la Unión. Y todo por el famoso pensamiento de Monroe: era preciso defender á América contra los extranjeros, pero convenía más hacer á *América para los americanos*. Para quien siquiera someramente conozca las condiciones de los territorios anexionados, échase de ver la importancia de tal suceso. De los inmensos territorios de la Unión, los que constituyen su principal fuente de riqueza son precisamente los que agregó después del Tratado de Guadalupe-Hidalgo; Nuevo Méjico, Arizona con sus riquezas mineras, Texas con su producción algodonera y la fertilísima zona agrícola de California, son hoy día los Estados que contribuyen con

un activo más saneado en el balance nacional de producción. Sobre todo California, que abrazaba toda la costa del Pacífico, era una necesidad para el desenvolvimiento político de los Estados Unidos; su posesión ha dado origen y suscitado una serie de problemas político-internacionales que no hubieran tenido lugar de no ondear la bandera americana en San Francisco ó Seattle. Desde California los yanquis miraron á Hawai, Samoa y el extremo Oriente, y por California hicieron hincapié en retener en 1898 las Islas Filipinas como base de influencia en el Imperio de China y posibles contigencias con los japoneses.

Otro destello de esa política imperialista que se inicia en Monroe había de dárnoslo la cuestión de los Canales inter-oceánicos. Sólo el pensamiento de que algún día pudiera realizarse la comunicación entre el Atlántico y el Pacífico sin el gran rodeo del Cabo de Hornos, puso en conmoción á todos los políticos americanos. Al principio tomóse el pensamiento como pura quimera imposible de realizar, pero más tarde, cuando vieron que se exhumaban los planes que un día tuviera Felipe II y á la sazón removiera Bolívar, prestaron atención más cautelosa considerando que, si el proyecto se realizaba, había de ser por los Estados Unidos, ó de lo contrario era una dejación inmensa de poder para caer en manos de la Potencia que amadrigase la idea. Y á eso tendieron todos los planes políticos, llevando una gestión de tira y afloja con Inglaterra, única poderosa rival que estimaba el valor de la obra y que tenía intereses que defender en las costas americanas y en las islas que

enfrente de éstas poseía. Alternativamente fueron pactando, ya con Colombia, ya con Nicaragua, para entorpecer y entretener cualquiera maniobra que adelantase la realización de alguno de los proyectos, hasta que por fin el Tratado de Clayton-Bulwer de 1850 vino á ser un compás de espera en la ejecución de las obras de alguna de las vías inter-oceánicas. Por esta convención los Estados Unidos y Gran Bretaña garantizaban la neutralidad del Canal proyectado estipulando que ninguna de las partes contratantes tendría derecho á ocupar, fortificar, colonizar ó dominar Nicaragua, Costa Rica, el litoral de los Mosquitos, ni ninguna otra parte de la América Central. Los principios sustentados en la convención no eran, ni más ni menos, que una interpretación amplísima y tendenciosa de la doctrina de Monroe. Continuaban los yanquis queriendo América para los americanos, y si habían entrado en negociaciones con Inglaterra fué porque ésta no era en el concierto internacional una *quantité négligeable*. Pero asuntos de índole interior, sobre todo las grandes luchas intestinas entre antiesclavistas y esclavistas, Estados del Norte y Estados del Sur, hizo de nuevo abrir un paréntesis en la cuestión de los Canales. Dada la importancia que tal tema tenía para los Estados Unidos, puede calcularse la sorpresa que causaría la idea de llevar á cabo el proyecto de comunicación inter-oceánica bajo los auspicios del Gobierno francés utilizando los proyectos de Lesseps. Una Compañía formidable, como formidable había de ser el capital necesario para emprender los trabajos, se constituyó con el nombre de Compañía

Universal del Canal de Panamá, habiendo elegido este último punto como de más fácil trazado y aprovechando la región montañosa y de lagos del Istmo, toda vez que el trazado por Nicaragua no era libre, pues sobre él habían versado las capitulaciones de Clayton Bulwer. Hasta en esto favoreció la suerte á los Estados Unidos; la sensación enorme que en un principio causó la idea del Canal de Panamá, fué, poco á poco, mitigándose ante la imposibilidad que en la práctica ofrecía la recaudación del capital. Para oponer á la Compañía Universal del Canal de Panamá y sus trabajos una entidad parecida, constituyeron los americanos otra sociedad que, con el nombre Maritime Canal Society, trataba de activar los trabajos del Canal de Nicaragua; tampoco dió resultado esta sociedad, y todos sabemos el horroroso *crac* y funestas consecuencias políticas que el *affaire* de Panamá tuvo para Francia. No es nuestro intento hacer un estudio de pormenor de esta cuestión con respecto á los Estados Unidos; la mencionamos, y á grandes rasgos, porque es uno de los accidentes ó etapas de su política internacional. Por eso, llegando al desenlace de la cuestión de los Canales, podemos trasladarnos al 1903 en que se firmó el Tratado de Hay-Herran. Ya se comprenderá los manejos y maquiavelismos que había tenido que poner en práctica la República de la Unión para llegar á adquirir todos los derechos, propiedades y franquicias de la nueva Compañía de Panamá y las sutilezas que hubo de poner en juego para interpretar en su favor aquella cláusula que impedía al primitivo concesionario «ceder ó hipotecar sus derechos á ninguna

nación ó á ningún grupo financiero extranjero». Como la cesión de los trabajos implicaba la cesión de la zona en que éstos se habían de realizar, claro es que estando en manos de los Estados Unidos la propiedad de dicha zona, suponía una pérdida de soberanía por parte de Colombia. A ello opúsose el Congreso de Bogotá, y al querer los Estados Unidos sincerarse, con donosa fraseología nos dicen «que los derechos y privilegios concedidos á los Estados Unidos no afectarían para nada á la Soberanía de Colombia, sobre el territorio en el cual estos derechos y privilegios se ejercieran. Que los Estados Unidos reconocían dicha Soberanía, protestando de cualquiera torcida interpretación que pudiera menoscabarla ó aumentar su propio territorio á costa del de Colombia ó de cualquiera otra República de la América Central, y al mismo tiempo, proclamaban su sincera voluntad de robustecer el poder de las Repúblicas, promover, desarrollar y mantener su prosperidad é independencia.» El resultado de todo ello fué la revolución que estalló en el Estado de Panamá contra el Gobierno de Colombia; la constitución de la República de Panamá, con cesión completa de la zona necesaria para los trabajos del Canal y entera soberanía para los Estados Unidos. El rápido reconocimiento de la República por parte de Roosevelt y el envío inmediato de una escuadra á las aguas colombianas, es la razón suprema de que no eran los Estados Unidos completamente extraños á dichos manejos políticos y que la fórmula monroista subsistía con miras un poco más ambiciosas: *América para los americanos del Norte.*

Doloroso es tener que hacer mención de otro paso político de los Estados Unidos, que viene á demostrar su política de ambición imperialista: en el frenesí de megalomanía ya no podían poner coto, y el proyecto por largo tiempo pensado y madurado se realizó con la intervención armada en nuestra guerra de Cuba. Callemos piadosamente al llegar á este punto, que tan hondamente nos afecta en el alma de patriota y de conocedor de los hechos. La Historia algún día descorrerá el cendal con que oculta, entre nosotros, la verdad de los acontecimientos. Entonces será el momento de lamentarse, pero un momento tardío para la revulsión de la conciencia popular que, quizás de conocer la trama de las desdichas, hubiera sufrido antaño. Indigna y arrebata el seguir paso á paso nuestra política colonial si la comparamos con la que en nuestras mismas colonias siguieron los Estados Unidos; á nuestra indiferencia y desatención respondían ellos con los manejos más hábiles para tenernos continuamente en jaque y hacer que la desafección hacia España cundiese. Lo más triste del caso es que los hechos viniesen á dar la razón á los reproches que hicieran sobre nuestra política en Cuba y Filipinas. Cuba á los pocos meses de dominación yanqui se vió transformada y dotada de los medios de progreso que España, con tanto siglo de imperio, nunca creyó oportuno implantar; las epidemias, azote cruel de extranjeros, desaparecieron con una higiénica y rigorosa labor de profilaxis; la enseñanza primaria, sillar primordial de la cultura, se fomentó y propagó, quintuplicando el número de escuelas, etc., etc.

Si, á todo esto, añadimos la intromisión de los Estados Unidos en la política europea, en la cuestión de Marruecos, en la protección de los judíos de Rusia, en las fundaciones americanas del Asia menor, veremos siempre latente el espíritu de Monroe, pero en una evolución agresiva é irritante. Y al lado de la nación y amparado por ella, se encuentra el individuo que refleja la orientación nacional en su carácter con un tono de soberbia y altanería del que está confiado en la fuerza, y por eso puede muy bien repetir, glosando la frase romana: *Civis americanus sum.*

ÍNDICE

	Págs.
Dedicatoria	V
Prólogo	VII
Cosmópolis	1
La emigración en los Estados Unidos	4
Nueva York	13
Los Mecenas americanos	25
Hudson-Fulton	29
Sorolla y Zuloaga	33
España en América	43
Brochazos sociológicos	49
Haciendo patria	55
Aires de fronda	59
Québec	62
Ante el Niágara	67
¿Un vivero feminista?	74
Cómo se viaja	85
Una colonia española en Norte-América	94
La Bowery y Chinatown	104
Los Tenements	111

Págs.

El Alma Mater..... 120
El Tap Day..... 132
La mujer americana..... 137
La prensa americana..... 148
Una escuela de verano..... 159
El alma americana..... 164
Civis americanus sum..... 182

YB 36731

E168
G33

447700

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY